

PUNTO DE VISTA

Revista de Cultura

Nº 21, Agosto de 1984

\$a 150

IMAGENES DE LA IZQUIERDA HISTORIA Y CULTURA

Altamirano, Aricó, Sarlo

LA MODERNIDAD Y SUS CRISIS:

Jürgen Habermas

LAS CARTAS DEL EXILIO

FOUCAULT por Oscar Terán



Ilustraciones de
Juan Carlos Romero

CATALOGOS SRL

PUNTO DE VISTA

AÑO VII, NUMERO 21
Agosto 1984

De nuestro fondo editorial

- U. Eco., *El nombre de la rosa*, Ed. Lumen
J. Gelman, *Sí, dulcemente*, Ed. Lumen
J. Gelman, *Hechos y relaciones*, Ed. Lumen
E. Kant, *Transición de los principios metafísicos de la Ciencia Natural a la Física*, Editora Nacional de España
E. Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, Ed. Siglo XXI
E. Galeano, *Memorias del fuego*, Ed. Siglo XXI
J. Lacan, *Escritos* (dos volúmenes), nueva edición corregida y aumentada, Ed. Siglo XXI
Varios autores, *Modos de producción en América Latina*, Ed. Siglo XXI
D. Viñas, *Los dueños de la tierra*, Ed. Orígenes
E. Galeano, *Días y noches de amor y de guerra*, Ed. Catálogos
J. Amícola, *Astrología y fascismo en la obra de Arlt*, Ed. Weimar
C. Marx, *El capital*, ocho volúmenes, Ed. Siglo XXI
D. Viñas, *Cuerpo a cuerpo*, Ed. Siglo XXI
Varios autores, *Legados del monetarismo*, Ed. Solar
Revistas *Nueva Sociedad*, *Crítica & Utopía*, *Ultimo Reino*, *CEDES*, *Escrita*
L. Mercier Vega, *Autopsia de Perón*, Ed. Tusquets
N. Busslinger, *Armonía de fragancias*, Ed. Tusquets
A. Vallejo, *Para una epistemología del psicoanálisis*, Ed. Seibal

Consejo de dirección

Carlos Altamirano
José Aricó
María Teresa Gramuglio
Juan Carlos Portantiero
Hilda Sabato
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Directora:

Beatriz Sarlo

Diagramación:

Carlos Boccardo

PIDALOS EN SU
LIBRERIA

Catálogos S.R.L., Avda. Independencia 1860
Tel. 38-5708 — (1225) Buenos Aires

Suscripciones

Suscripción en la Argentina:

Un año \$ a 800

Suscripción en el exterior: seis número por correo aéreo:
25 dólares.

Los grabados que ilustran este número forman parte de la obra *Gritos*, de Juan Carlos Romero.

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49 (B), Buenos Aires, Argentina.

Punto de Vista fue compuesta en Talleres Gráficos HUR, Av. Juan B. Justo 3167, 855-3472. Películas: Carlos A. Tirabassi, 921-1723. Impresa en los Talleres Gráficos Litodar, Vial 1444, Buenos Aires. Hecho el depósito que marca la ley. Registro de propiedad intelectual en trámite.

UNA ALUCINACION DISPERSA EN AGONIA

A Hernán Invernizzi,
que sabe pensar su pasado.

En una mesa redonda sobre Literatura y Testimonio, de la cual participé, el público, sobre todo los jóvenes, nos interrogó sobre una cuestión que podría definirse en los siguientes términos: cómo re-establecer una continuidad entre las experiencias de los últimos diez años y el presente. Esta pregunta, que no es simple, encierra al mismo tiempo varios interrogantes y algunas comprobaciones.

Para empezar con las comprobaciones. Parece ser un sentimiento difundido que la fractura vivida por la sociedad argentina, atraviesa también la dimensión subjetiva, afectando la trama de las relaciones entre los hombres y de los hombres con su pasado más inmediato. El recuerdo se presenta así no sólo como un derecho, que fue abolido por la dictadura militar, sino como una condición para entender y actuar en el presente. Si al comienzo de la década del setenta, la izquierda y sectores del peronismo estaban ocupados por completo por el futuro, disparados hacia adelante y, en consecuencia, seguros de los proyectos que predecían el porvenir y contribuían, ilusoriamente, a convertirlo en presente, en los años ochenta (y especialmente hoy), entender lo que nos pasó a los argentinos se erige en condición no sólo de la intervención pública sino también de la restauración de una subjetividad destrozada. Probablemente, esta subjetividad pasó por su última ilusión de reconstruirse en el episodio Malvinas: levantando la bandera que la propia dictadura militar le entregaba, convirtiéndola en bandera patriótica, se pensó que, pese a los mismos militares que habían desencadenado la aventura, los argentinos podíamos ponernos una vez más de pie, reconocernos en una tarea colectiva. El fracaso de estas ilusiones patrióticas contribuyó a completar la obra de los años posteriores al golpe de estado. Perdedores y engañados, habíamos tocado el fondo de los fondos.

Los que vivimos en la Argentina durante los años del proceso, sabemos las dificultades no sólo objetivas que se alzaron frente a la revisión de lo ocurrido. Cercados férreamente por el poder del Estado que mostraba su cara más perversa, parecía casi imposible pensar razones que pudieran articularnos con el pasado inmediato y por lo tanto que nos abrieran la posibilidad de actuar sobre el presente. Es innecesario recordar los límites que la represión ponía a las revisiones públicas. Pero, más allá de estos límites objetivos, estaba la disposición a realizarlas. Bajo la presión de la dictadura militar era difícil pensar en qué nos habíamos equivocado, cuáles habían sido las fallas que habían provocado no sólo el fracaso sino el delirio colectivo de la primera mitad de los años setenta. Por otra parte, los intelectuales de iz-



quierda sentíamos que éramos sólo una parte de un campo más vasto: el exilio había atrapado a nuestros amigos y a nuestros interlocutores, a aquellos con los que queríamos revisar el pasado. Obstáculos dobles y triples para la memoria: muerte, cárcel, fragmentación de los sujetos, barreras intersubjetivas.

Hoy asistimos a la hora del recuerdo, pero una hora marcada por ese sentimiento del que hablaba al comienzo: debemos recomponer los pedazos dispersos de una subjetividad que no sabe cómo evaluar su pasado ni, en consecuencia, cómo reconectarse con él. El pasado, claro está, no puede ser la pura negación de lo sucedido, porque la pura negación es simplemente otra cara de una propuesta de olvido y no de memoria. Recomponer los fragmentos no significa tampoco inventar una nueva unidad imaginaria, que nos restituya a las seguridades de la década anterior o las reemplace por otro sistema de certidumbres inmovibles. Pero recuperar la memoria, no significa tampoco recordar sólo *lo que nos hicieron*, aceptar la pasividad de las víctimas y presentar, como todo pasado, la lista de nuestros padecimientos. Recuperar la memoria, nos compromete a recordar también *lo que hicimos*, no para proponer una tranquilizadora equivalencia entre pueblo autoritario y régimen autoritario, entre ferocidad terrorista y ferocidad represiva, entre guerra justa y guerra sucia. Creo, precisamente, que recuperar la memoria supone, quizás en primer lugar, no apostar a ningún sistema de equivalencias simétricas, que nos asegure una perspectiva de hoy desde donde mirar los lugares preteritos.

Pero para volver a la pregunta. Yo creí descubrir en ella varios puntos oscuros: los jóvenes suelen referirse con cierta frecuencia a la ausencia de maestros, cuya existencia habría marcado la constitución de las generaciones anteriores. También hablan, no sé si con nostalgia, con envidia o con curiosidad, del elenco de seguridades que nos animaron a los que vivimos la política de los años sesenta y setenta. Finalmente, vuelven a plantear el interrogante sobre el lugar del intelectual en la sociedad. Todos los signos de interrogación, aunque en nombre del presente, remiten al pasado. Y sin duda, éste es el gran tema. Michelet escribió que había concebido la historia de Francia como su autobiografía. La historia de la Argentina que hoy nos ocupa es casi imposible escribirla de otra manera. Nos encontramos de cara con procesos que nos tuvieron como actores o como víctimas, procesos que no soportamos simplemente (como pudo haber sucedido en el caso de la represión) sino que parecían realizar algunas de nuestras ideas, una cierta zona de nuestros deseos, y de los que nos sentíamos protagonistas. Por eso esta autobiografía, que será la historia argentina, no empieza en 1976, ni siquiera en 1973, sino que, a través de sus capilares más finos llega hasta la década del sesenta. Estamos hoy enfrentados con todo nuestro pasado y, se sabe, allí no todas las condenas ni todas las acusaciones pueden tener a los militares como objeto. Nuestra autobiografía tiene un lugar abierto para nuestras responsabilidades: somos una parte de lo ocurrido en la Argentina, y haber sufrido más no es una razón para que en la reconstrucción del pasado nos olvidemos de nosotros, cuya soberbia nos hizo creer, en algunos momentos, que en la claridad de la revolución futura nos habíamos convertido en amos de la historia.

Fragmentos de todos lados

Del *grand-guignol* que montaron las revistas y la televisión cuando comenzaron a descubrirse las tumbas NN a lo que esa misma televisión transmitió con el programa de la Comisión Nacional por la Desaparición de Personas, se abre un abismo intelectual y moral. Puedo imaginarme una pregunta que *Nunca más* contestó durante una hora y media: ¿cómo hablar de la muerte? ¿Cómo puede un discurso sobre la muerte ser escuchado desde la perspectiva de la vida? Es más: ¿cómo puede soportarse un discurso sobre la muerte? Estamos justamente en el límite donde una reflexión sobre la sociedad y la política se convierte en reflexión filosófica, toca esos oscuros puntos ocultos, de los que han surgido las religiones, el mito, la literatura, los proyectos de la Razón y sus Ensueños.

Precisamente, en ese programa, la muerte fue hablada, relatada, razonada. Hombres y mujeres que habían estado próximos a la muerte y a la degradación física pudieron lograr que esas experiencias cruciales tuvieran una forma de palabra. En el curso de una hora y media de televisión, la muerte había sido exorcizada mediante un procedimiento en apariencia sencillo, pero que no lo era. Para presentar lo siniestro de la crueldad, del ensañamiento, de la locura homicida se había elegido el *medio tono*. Los hechos que hasta el momento habían sido silenciados por los militares, en nombre de una guerra que ellos definieron como sucia pero justa, aparecieron en su dimensión más profunda, precisamente porque al silencio de los opresores no siguió el grito o la exaltación de sus víctimas. Esos mismos hechos que, en los últimos meses se fueron convirtiendo en materia degradada del sensacionalismo de películas que representan con un sadismo casi fascista a la violencia o de las publicaciones amarillas, que se deleitaron en la mostración de restos humanos, fosas abiertas, reconstrucción de asesinatos, evocaciones truculentas de la tortura, eran hablados *sin énfasis*. Al exceso descomunal de la violencia de Estado no se respondió con el grito de sus víctimas. Lejos de toda crispación justamente porque se estaba hablando de algo grave, en todos los sentidos de la palabra. Asistíamos a un momento

solemne: la sociedad argentina daba comienzo, de manera colectiva, trascendiendo los límites de los grupos que, quizás por haber sido los más afectados, lo supieron todo muy tempranamente, a la reflexión sobre el pasado de la violencia. El patrimonio de saber que habíamos llevado como una carga pesada durante estos ocho años, en este momento estaba siendo devuelto a la sociedad toda, a ese colectivo que, en parte, lo había ignorado, había dado su espalda al horror porque, se sabe, es difícil convivir con lo siniestro.

Nunca más nos presentaba algunos fragmentos de esa biografía colectiva: una decena de personas que sólo podían hablar de su experiencia y lo hacían sin crispación, casi con pudor, con el pudor de haber sido parte de las víctimas y haber sobrevivido a esa condición límite. Si la muerte pone a prueba las posibilidades y las condiciones de nuestra razón, porque justamente nos señala nuestros límites, los testigos de *Nunca más* se ubicaron en esa tenue línea de peligro. Estaban vivos pero algunos de ellos habían pasado cerca de la muerte. Una estadía en el infierno: los campos de concentración que existieron en la Argentina. El fulgor mate de una muerte secreta.

El programa estuvo precisamente iluminado por este fulgor. Al verlo, podía pensarse: esta gente está contando cosas ciertamente atroces, que sucedieron sobre sus propios cuerpos o sobre otros cuerpos que les estaban cerca, y las cuenta del único modo que esto puede incorporarse a sus vidas, a partir del momento en que sobrevivieron: con la intensidad a la vez precisa y lejana del recuerdo. Convertir estas experiencias en recuerdo es precisamente la forma de no olvidarlas. Y el recuerdo tiene sus reglas. Creo que el programa propuso un ejercicio colectivo a la sociedad argentina: transformar una pesadilla que quizás todos hayamos soñado pero sólo unos pocos querían o debían recordar al despertarse, en un pasado común que, por más desgarrador que sea, no podemos saltarnos. Tan importante como señalar a los responsables era avisar que esto nos había sucedido. Mucho más elocuentes que los agujeros de balas en los muros contra los que se fusilaba o las fosas en que se acumulaban los muertos anónimos (imágenes por las que no optó el programa) eran la decena de rostros de quienes habían sobrevivido y que, desde la muerte, venían a dar testimonio. Porque esos ojos, que nos miraban desde la pantalla del televisor, habían podido también contemplar el límite.

Frente a *Nunca más* parece casi frívolo escribir la palabra "estética". Sin embargo, la narración del programa estaba pensada desde una estética que, recordando una vieja frase de Barthes, podría decirse que expresaba una *opción moral*. Diría más: la narración de este programa proponía una lección que no hablaba sólo de la muerte y la crueldad sino de cómo pueden representarse, contarse, pensarse, la crueldad y la muerte.

Giussani, en su libro *Montoneros, la soberbia armada*, nombra una incomodidad, que él quizás sea el primero en confesar, pero que de algún modo muchos de nosotros habíamos experimentado. Se trata de los modos de presentar la propia muerte, por parte de aquellos que la habían practicado en nombre de la revolución. Giussani señala un exceso, un plus (él utiliza esta palabra) ideológico en el discurso de los Montoneros, ya en el exilio, sobre la represión militar en la Argentina. Wagnerianamente, el discurso montonero citaba a la muerte y la tortura de sus militantes como antes había representado la muerte de sus enemigos. Giussani se pregunta por este exceso estilístico (que no afectaba, por ejemplo, las denuncias hechas por la izquierda chilena): el discurso recurría a todo un arsenal retórico para representar cruelmente a la crueldad, exasperadamente a la exasperación, exageradamente al exceso. La muerte, entonces, siempre exaltada, ya sea en calidad de autor o de víctima.

Esta crispación estaba ausente en *Nunca más*. Los que nos contaban su proximidad con la muerte, habían renunciado a todo énfasis. Escuchamos: "yo soy licenciada en física; mejor dicho, fui licenciada en física hasta el día que me secuestraron". En este deslizamiento entre el pasado y el

presente estaba condensada toda la tragedia de alguien que había perdido, por lo menos, una parte de su identidad. Simplemente en un verbo que dice en tiempo pretérito lo que podía haber sido tiempo presente. Soy/fui. Y en verdad todos fuimos lo que no somos ya hoy. En esa medida todos estamos afectados y el programa parecía inducirnos a reconocerlo. No se me ocurre otra manera para contar y volver a hacer presente como memoria lo ocurrido en el escenario de la violencia que una parte inmensa de los argentinos ignoró estos ocho años. El énfasis operístico que despertaba la alerta de Giussani ante el discurso de los Montoneros, ha desaparecido en *Nunca más* para convertirse en el pudor del medio tono.

La "espectacularidad montonera", señala Giussani, como manera de relacionarse exaltadamente con la muerte. Convertido el asesinato en una de las formas de la política, la ideología de la guerrilla iba también a encontrar su estética. Desde la narración truculenta del secuestro y fusilamiento de Aramburu a la militarización del comando montonero en el exilio, que representaba, mediante disfraces, títulos y jerarquías, la continuación en Europa de la política anterior a 1976, los montoneros citaban a la muerte para ponerla en escena. Se moría con felicidad, con heroísmo: Vicky Walsh, evocada en la famosa carta de su padre, Rodolfo, que la imaginó vestida con un largo camión blanco, recordada en el espacio de un balcón o de una cornisa, con su hija de meses a pocos pasos, riendo frente a las balas del enemigo y enarbolando su pistola. Un capítulo más de la violencia argentina, desde *El Matadero* a *Facundo*, está escrito en esa carta. Se trata ahora de una heroína romántica, que es también: Ifigenia, lista para el sacrificio, aceptándolo con una exaltación casi dichosa.

No me resigno a pensar sólo en un heroísmo, cuyos objetivos, por otro lado, tampoco parecen fáciles de compartir. No se trata acá sólo de política, de decisiones objetivas y subjetivas por las que un puñado de militantes decide ofertar su vida a la causa de la revolución y cobrar algunas vidas enemigas a cambio. También como Giussani, creo que hay aquí un plus. La carta de Rodolfo Walsh no es sólo el testimonio de un padre que ha perdido su hija. Narrador, Walsh imagina la muerte de Vicky, la escribe y, en un cruce de afecto y estética, la propone a sus amigos. Poco después, como samizdat, la conocerán cientos de personas. Nunca pude entender esta carta y durante mucho tiempo no pude hablar de ella. ¿Qué había querido hacer Walsh? Comunicar una muerte sucedida en combate absurdamente desigual, con el dolor tranquilo de quien ya estaba seguro de que había una bala en su propio final. Sí, pero también estetizar esa muerte. Su hija no sólo moría por la revolución a la cual ambos habían apostado, sino que moría bellamente. Se estaba escribiendo un *arte de morir*, un plus agregado a la ideología. Entretejidas con ella, la violencia y la muerte convierten a la política en un absoluto. La muerte totaliza todo lo que toca y la política se vuelve, a su contacto, totalitaria, porque se juega toda en el límite último de la razón, allí donde la razón ya no puede intentar su discurso.

Muerte estética, muerte futura que transfigura a los que ya llevan el signo. Gelman escribe en *Exilios*, fechándolo el 29 de mayo de 1980: "Y después te mataron. Te ibas volviendo cada vez más hondo para entonces, más alegre y más humano." Se trata de Paco Urondo: se ha ido transformando. Hondo, alegre, humano, Gelman lo escribe citando todas las cualidades del mártir. Totalizante, estética, moral, la violencia política se ha convertido en una religión: "Paco Urondo murió por la felicidad de los millones que, no aspirando a escribir o prestigiarse, quieren vivir humanamente", afirma Gelman. Urondo, un poeta, que podía escribir, que tenía prestigio, eligió tomar el lugar de los otros y convertir su muerte en un Ersatz de la muerte ajena, expiar las fallas de una sociedad, redimirla. Si la muerte había estetizado a la política, la redención le proporciona una dimensión teológica.

Exilios y recorridos

La historia de estos últimos ocho años alguna vez tendrá que ser contada en paralelo. Como en 1840, la Argentina se estiraba más allá del Río de la Plata. Buenos Aires-París, Buenos Aires-México, Buenos Aires-Madrid, Roma, Caracas. El exilio mutilaba a los argentinos que nos quedábamos y mutilaba a los que se iban. Si es preciso volver a tejer la trama de la sociedad argentina, la causa no está sólo en los vacíos dejados por la muerte, sino también en la fragmentación producida por las separaciones. Los militares hicieron lo suyo y sus explicaciones no nos sirven. Pero también nosotros actuamos, elegimos, defendimos nuestras causas, sin dudar que eran invariablemente las mejores y que conocíamos los mejores caminos para realizarlas. Los militares son el mal y nos resulta fácil hablar de ellos. Pero es hora de que también hablémos de nosotros.

Durante estos ocho años algo se hizo, además de algunas polémicas voluminosas. Recuerdo un artículo de Héctor Schmucler en *Controversia* donde, por primera vez que yo sepa, se escribía esta pregunta sencilla: ¿acaso Rucci no tenía también derechos humanos? Schmucler se había atrevido a formularla, algunos nos sentimos representados en ella, nos dijimos, quizás en voz demasiado baja: bueno, por fin, alguien abre la discusión. Cuatro años después, lo escuchamos a Sábato en la televisión: hablaba sobre la inmundicia del crimen, le daba a los muertos y a los torturados un lugar de dignidad. También Giussani escribe un libro donde están muchas de las preguntas necesarias. Si el heroísmo se había convertido en un mito de la guerrilla, que afectó a toda la izquierda a quien le resulta extremadamente complicado juzgarlo, Giussani propone formas para pensar las razones de ese mito. Buenos Aires/México/Roma, la Argentina fragmentada comenzaba a construir su memoria.

Leí con avidez *Exilios* de Gelman y Bayer. "Desde mi llegada (escribe Bayer) me siento en Alemania como en casa... Porque aquí está todo lo humano, lo demasiado humano, así de pronto, a la vuelta de la esquina. Están siempre presentes Kafka, Hölderlin y Heine. Están Carstens y

EL BI
MESTRE
político y económico

Publicación del Centro
de Investigaciones
Sociales sobre el Estado
y la Administración
(CISEA)



ES LA MEMORIA DE LA OPINION PUBLICA

Y le ofrece en sus secciones:

CRONOLOGIA:

La síntesis de toda la información de la prensa porteña sobre el país, sistematizada por temas y ordenada cronológicamente, de enorme valor documental.

LOS TEMAS

DEL BIMESTRE:

Una introducción a la *Cronología* que destaca los ejes dominantes del acontecer de cada bimestre y sus interrelaciones.

TEMAS PARA EL DEBATE:

Dedicada al análisis en profundidad de los tópicos más importantes de la coyuntura.

EDITORIAL:

Una toma de posición lúcida frente al período.

DOCUMENTOS:

Los más destacados que se producen durante cada bimestre.

MAS DE DOS AÑOS REGISTRANDO LA INFORMACION
SOBRE LA ARGENTINA

SUSCRIBASE: Un año (6 entregas): Argentina \$a 600.-
América US\$ 25. Resto del mundo US\$ 30.
Cheques* a nombre de CISEA - Pte. de la U. 510 - 6to. piso -
1032 Buenos Aires - Argentina - Tel. 87-8284 y 87-7874

* En Argentina, sobre plaza Buenos Aires; en el exterior, sobre plaza EE.UU.

Heinemann, Strauss, Schmidt, Brandt y Dutschke, Himmeler, Eichmann, Rudel, Galland, Gollwitzer, Kurt Scharf y Niemöller". Bayer escribió este texto como "Imagen de Alemania Federal de un exiliado latinoamericano". Debía leerlo en una reunión organizada por el gobierno alemán, pero fue rechazado. Sucedió que Bayer, como en el párrafo que he citado, hablaba de las diferentes tradiciones que ese país había producido: poetas y teólogos, socialistas y nazis. Pensé en una Argentina posible donde un texto equivalente no fuera proscripto, quizás un país que nos hiciera "sentir como en casa". ¿Una nueva utopía: la de una sociedad reflexiva y tolerante?

Sin duda. Por eso resulta tan difícil entender los textos de Juan Gelman. La experiencia del exilio empapada en el sentimiento de la patria lejana, está animada por una certidumbre opuesta a la de Bayer. Los argentinos somos intraducibles: "Pasa el tiempo y la manera de negar el destierro es negar el país donde se está, negar su gente, su idioma, rechazarlos como testigos concretos de una mutilación: la tierra nuestra está lejana, qué saben estos gringos de sus voces, sus pájaros, sus duelos, sus tormentas". Gelman no encuentra a Kafka ni a Heine en sus recorridos del exilio. Y es por eso que a "la decencia a parquimetro, la honradez de consumo, el fino individualismo brutal" de los europeos le ofrece la dudosa madrugada de nuestra revolución: "Apenas tengo de ofrecerle los rayos de luz que iluminaban el combate por la dicha, las generosidades de la muerte, es decir, de la vida, los estallidos de la dicha, esta derrota por ahora". Un poeta de más de cincuenta años sentado a pensar en su cocina de Roma sobre la patria y los amigos que murieron en su nombre, escribe estos textos previsibles sobre las generosidades de la muerte que era, en realidad, vida. ¿Qué es esto? ¿Es posible que la nostalgia de la patria clausure los lugares de la razón? ¿Es posible que el sentimiento sólo puede producir estas páginas ensopadas de melancolía y de una reafirmación dura de las experiencias de la década? Gelman inscribe entre los deberes del exilio "no olvidar las razones del exilio/la dictadura militar/los errores que cometimos por vos/contra vos tierra...". Esto en el texto V y llegamos al último, texto XXVI, sin que la sombra de esos errores se cruce nuevamente. No sé si es injusto pedirle al exilio algo más que la poetización de la nostalgia, o pedirle a un poeta que al escribir su experiencia me represente. Podría contestar que la poesía no debe realizar estos trabajos y posiblemente tuviera razón. Pero no estoy segura de que Gelman contestaría eso. Hojeo sus obras completas, recién editadas en Buenos Aires, y me parece que esa respuesta sería imposible. Que Gelman, no todos los poetas, pero sí Gelman escribió con sus afectos, con sus obsesiones, con la literatura que amaba o detestaba y también con sus ideas. Además estos textos muestran todos los signos de que el yo que los recorre es Gelman, un yo nada elusivo, fechado, vinculado a nombres, a personas, a lugares. Nada en ellos me induce a que los crea inmateriales, transideológicos, inalcanzables y, en consecuencia, fuera de esta discusión.

¿Sólo así puede escribirse desde la emoción del exilio? Mientras leía a Gelman esta pregunta me incomodaba. Desconocía en carne propia ese desgarramiento. Encontré en la última novela de Héctor Tizón, *La casa y el viento*, la narración de un viaje hacia lo inarticulado, un texto que decía cosas nuevas sobre el exilio. Quizás porque eligió no hablar del exilio. Un hombre va a abandonar el país, pero antes realiza un largo recorrido por su provincia. Debe escapar, pero se detiene porque para poder irse necesita llevarse las voces y las imágenes que van a constituir su única forma de memoria. El exiliado futuro reconstruye, en su recorrido, el país que lo acompañará cuando viva lejos de la patria. Eso es todo. El hombre que se va está seguro de muy pocas cosas. Sus sentimientos tienen la ambigüedad que suele encontrarse en las situaciones de tensión o de límite. Va en busca de su gente, a través de su provincia, recorrida buscando a los que cree amar, pero al mismo tiempo siente que "odiaba a este pueblo, a esta gente pobre y resignada; a este

país lleno de sol y de sombras". El tema es la memoria futura, es decir, la producción de fragmentos de recuerdo para poder seguir viviendo en el exilio. Por eso, la partida va alargándose indefinidamente, parcelándose en las historias de hombres y mujeres encontrados al azar, aunque este azar tiene su lógica. El narrador busca reconstruir la vida de un coplero jujeño, como luego, lejos de la tierra, deberá reconstruir la propia.

El texto de Tizón convence por su belleza y también por su inseguridad. La experiencia es fragmentaria ¿cómo reconstruirla? La verdad es fragmentaria ¿cómo rodearla, acercarse, tomarla de sorpresa, examinar cada uno de sus lados? "Sé que lo que de noche escribo en estos cuadernos no es la verdad. O, al menos, no es toda la verdad, sino retazos, trozos de la vida aparente, de mi vida y la de los otros, que de pronto vuelven a narrarse. ¿Pero acaso la historia no es eso? Sólo un puñado de momentos lúcidos, iluminados, unas cuantas imágenes despedazadas."

El recorrido tiene dos direcciones: en su transcurso, el hombre que se va pierde las seguridades de su pasado, las rigideces del decálogo (aprende que "no se puede servir a la verdad desde la rigidez y la fuerza"); adquiere, al mismo tiempo, la seguridad de que no todo va a ser olvidado y que su partida irá madurando a medida que se complete ese "inventario del adiós", que nosotros leemos como el texto conmovedor de la novela.

Me pareció que *La casa y el viento*, libro cuyo único tema es la memoria, proponía una de las formas posibles para las cuestiones que he tratado de organizar a lo largo de estas notas. Muchas veces la literatura ha tenido ese privilegio, especialmente cuando se trata de pensar aquello que se resiste, como lo siniestro, a ser pensado. Y llegamos, de nuevo, a la pregunta que recordé en el comienzo: cómo reestablecer una continuidad, que contenga nuestras experiencias del pasado y al mismo tiempo pueda someterlas a crítica. Una mujer joven, cuyo trabajo es la literatura, hablaba hace poco sobre el libro de Giussani: le parecía mal escrito, y no podía estar de acuerdo con su perspectiva porque algo debía salvarse de todo lo que nos había sucedido en estos años, algo debía quedar en pie. Cuando le pregunté por qué creía que ese libro estaba mal escrito (algo que de ningún modo me parecía evidente) no pudo armar una respuesta. Muchas veces la había escuchado juzgar con precisión formal y técnica textos de literatura. En consecuencia, me sorprendió la vaguedad incómoda de las frases, que no podía atribuir a una diferencia sólo estética con el ensayo de Giussani. La incomodidad y el desacuerdo frente a ese texto eran más profundos y la objeción a su escritura me parece que también era la objeción a la radicalidad de la crítica. Y, sin embargo, la crítica es un movimiento imprescindible para saber cómo fue realmente ese pasado, sobre el cual la violencia militar quiso practicar una ablación sangrienta, pero que tampoco puede recuperarse como si fuera un fósil, intacto y a la vez petrificado.

Referencias

El programa "Nunca Más" de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas fue proyectado el 4 de julio de 1984, por el Canal 13 de televisión de Buenos Aires. Como lo señaló Ernesto Sabato en su intervención de cierre, lo que se vio en pantalla fue una "infinitesimal parte de la enorme documentación que hemos recogido en estos seis meses, que conforma un conjunto de más de 40.000 páginas de testimonios".

Pablo Giussani, *Montoneros. La soberbia armada*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1984.

Juan Gelman/Oswaldo Bayer, *Exilios*, Buenos Aires, Legasa, 1984. El volumen incluye los textos de Gelman: "Bajo la lluvia ajena (notas al pie de una derrota)", fechados en mayo de 1980, en Roma; y de Oswaldo Bayer: "Residencia en la amada tierra enemiga", "El cementerio de los generales prusianos" y "Ante la tumba de Elisabeth Käsemann".

Héctor Tizón, *La casa y el viento*, Buenos Aires, Legasa, 1984.

IMAGENES DE LA IZQUIERDA



Perseguida, demonizada, reprimida como nunca después del golpe de 1976, la izquierda, o mejor dicho, los partidos de la izquierda argentina reaparecieron de manera pública y abierta en el último tramo del régimen militar. Primero, durante la guerra de las Malvinas, en cuyo apoyo fueron más lejos que nadie; después, tras el colapso de la dictadura provocado por el revés militar, durante la rápida transición que desembocó en las elecciones del 30 de octubre del año pasado. La mayoría de las organizaciones que se dispusieron a intervenir en los comicios, desde el Partido Comunista al Partido Obrero, lograron sortear las restricciones que impuso la última administración del Proceso a la participación electoral, y el número de afi-

liados que reclutaron para obtener personería, aunque lejos de los "grandes", el peronismo y el radicalismo, no dejaba a la izquierda en mala colocación respecto de las formaciones menores del centro y la derecha.

Pero, a la hora de los votos, los partidos de la izquierda se redujeron hasta el borde de la inexistencia, como para demostrar que aquella seguía siendo más un área del espacio ideológico de la Argentina que una alternativa política. Pese a las grandes novedades que el desenlace electoral puso de manifiesto en el cuadro político nacional, respecto del ciclo abierto a mediados de la década del '40, la izquierda volvía a encontrarse en el lugar marginal en que la había dejado la emergencia del peronismo. Los desplazamientos en las expectativas, que fueron notables aunque se le resten al alfonsínismo los votos circunstanciales que obtuvo el 30 de octubre, no obraron ni aun parcialmente en favor de los partidos que se identifican con el socialismo (con el socialismo a secas, con el socialismo "nacional" o con la "liberación" como momento preliminar del socialismo). Incluso allí donde se alteró la lealtad obrera hacia los candidatos peronistas, estos votos fueron conquistados por el radicalismo.

Comparado con otros procesos de democratización emprendidos tras el agotamiento o la crisis de regímenes autoritarios —Grecia, Portugal, España, Bolivia, Perú—, en que surgieron izquierdas consistentes, capaces de reunir un consenso popular más o menos amplio, la experiencia argentina, aparte de su celeridad, se mostró también original en este punto.

Es verdad, como ha sido dicho repetidamente, que la confrontación electoral volvió a adoptar el carácter de una disyunción polarizada entre dos opciones políticas y que eso "simplificó" la mayor complejidad y diversidad presente en el terreno de las ideologías políticas. Tanto la izquierda como la derecha aparecieron subrepresentadas, por decirlo así, en los resultados electorales y es probable que sus partidos recuperen franjas perdidas —en principio, los votos que se fugaron a la hora de la opción—, dado que sería aventurado considerar la distribución de fuerzas del comicio pasado como una cristalización duradera. De cualquier modo, parece difícil que la izquierda tal como emergió tras la clausura impuesta por el régimen militar, logre salir de la posición subalterna en que se halla confinada desde hace casi cuarenta años: expuesta a la voluntad y la iniciativa de otros, cuando busca aliados; aislada en el "clasicismo" y el maximalismo verbal cuando busca un perfil propio. (Dejamos aquí de lado el período que va de 1969 a 1973 porque merece una consideración aparte y específica.)

La izquierda no permaneció inmóvil, sin embargo, en el curso de esas décadas. Dos libros publicados por el Centro Editor, *El Partido Comunista*, de Oscar Arévalo, y *La Izquierda Nacional y el FIP*, de Norberto Galasso, pueden servir de referencia para indicar el sentido en que se desplazaron las ideas a lo largo de un ciclo político que hoy parece concluido. Un partido político, por un lado, una constelación ideológica, por el otro, ambos resultan emblemáticos de dos capítulos de la izquierda argentina: ala avanzada del bloque "progresista", primero, ala radicalizada o socialista del "campo nacional", después. No pretendo que pueda incluirse dentro de esos dos conjuntos todo el espectro de las agrupaciones que reclaman la representación del socialismo, sino subrayar, hasta la exageración si se quiere, la curva dominante recorrida no sólo por el discurso sino también por las apuestas políticas de la izquierda.

El volumen de Arévalo —un vocero autorizado en cuestiones de ortodoxia partidaria— ha sido redactado, según se aclara, a partir de una "serie de encuentros y debates sobre el movimiento obrero y confunista de Argentina, realizados en el año 1982". Se trata, pues, de una actualización casi oficial del *Esbozo de historia del Partido Comunista*, publicado en 1947. Concebido en "futuro anterior", es decir, concebido para encontrar en el pasado las anticipaciones de

las posiciones políticas del presente, ni aun con la mejor buena voluntad podría ser considerado este "esbozo popular" como un esfuerzo de interpretación histórica. Nadie podría extraer de su lectura una idea aproximada de las relaciones entre la III Internacional y su sección argentina, ni del grado en que la dirección y las resoluciones de aquella condicionaron la visión, la línea política y los cambios de línea de esta última. (Después de la disolución de la Internacional Comunista en 1943, el PC local nunca hizo ningún secreto sobre cuál seguía siendo el partido y el Estado "guías".) De modo que la evolución del comunismo, según esta versión destinada a hacer conocer "las claves de su conducta y trayectoria", transcurre con las vicisitudes propias de una formación política puramente local. Pero aun asumiendo esta ficción, resulta difícil de comprender la suerte de un partido que cíclicamente aparece, en unas páginas, avanzando y creciendo, y en las siguientes resurge en el mismo lugar, clamando ante aliados que a última hora desertan de su papel. ¿Por qué el diablo mete siempre la cola?

No obstante su escaso valor historiográfico, el libro de Arévalo tiene su interés como compendio de la representación que el PC ofrece de sí, de su visión del país, de los momentos en que ésta fue fijándose como línea y como mentalidad. Aparecen así, después del momento fundacional (1918), los años de la búsqueda de la definición programática, en que dominan las divisiones y en que los futuros líderes máximos del partido, Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, están siempre en minoría. Hasta el VIII Congreso (1928), cuyas tesis habrán de establecer el esquema básico de la línea del PC hasta nuestros días: la revolución democrático-burguesa, agraria y antiimperialista, como etapa previa al socialismo y la dictadura del proletariado. "En las Tesis se apreciaba justamente el carácter latifundista, con restos feudales de nuestro agro, lo que, juntamente con la dependencia del imperialismo, ubicaba a la Argentina entre aquellos países cuyo camino al socialismo transcurre a través de la revolución democrático-burguesa (agraria antiimperialista), debiendo centrarse el fuego contra el imperialismo y la oligarquía latifundista y ganadera, diferenciando a la burguesía nacional de los monopolios imperialistas y de la oligarquía". Este esquema permanecerá desde entonces, si bien en los años inmediatos a su aprobación y hasta 1935 estará sumergido bajo el izquierdismo que impulsó en todas sus secciones nacionales el VI Congreso de la Internacional.

Después de aquellas Tesis de 1928, el otro momento clave —y, sin dudas, el más decisivo en la formación del mundo ideológico del Partido Comunista— tiene lugar en la segunda mitad de la década del 30, bajo la inspiración de las resoluciones del VII Congreso de la Internacional. "Los sucesos internacionales en donde se planteaba tajantemente la opción democracia o fascismo, los éxitos obtenidos en distintos países en la aplicación de la línea del frente popular contra la reacción y el fascismo, aprobada en el VII Congreso de la IC, y la ola de solidaridad que rodeó y defendió a la República Española, pusieron en movimiento a grandes masas también en la Argentina. El Partido Comunista... emprendió el acercamiento a los otros partidos democráticos, la unidad sindical con los socialistas, el estrechamiento de las relaciones con la izquierda socialista, etc." (pág. 35). El esquema de la revolución democrático-burguesa será refundido, por decirlo así, en la línea del frente popular contra la reacción y el fascismo, y de esa matriz surgirá no sólo una visión y una estrategia políticas, sino también una historiografía, una problemática cultural y una *forma mentis* perdurable. Si hubiera que mencionar un texto que, aparte del célebre informe de Dimitroff al VII Congreso de la Internacional, contribuyó a formar el núcleo teórico "duro" de los cuadros comunistas en el período que abarca los años de la II Guerra, ése es, sin dudas, el *Compendio de Historia del Partido Comunista (b) de la U.R.S.S.* La obra contenía, aparte de la codificación staliniana de la historia de los bolcheviques, con las lecciones y enseñanzas a extraer de cada

una de sus vicisitudes, las dos famosas síntesis de Stalin sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico.

En fin, la alianza con los sectores liberal-democráticos y el PC como ala avanzada, pero a la vez motor, del campo "progresista": todo un capítulo de la cultura política de la izquierda funcionará sobre esas premisas. Con ese bagaje se enfrentó el PC (y no únicamente él) al crucial período de 1943 a 1946, con los resultados conocidos.

No podía menos que despertar cierta curiosidad el conocer la forma en que Arévalo daría cuenta de los comienzos del peronismo, el ascenso de Perón, la confrontación electoral de 1946 y la derrota de la Unión Democrática. Esos temas que, como todos los referidos a la "cuestión peronista", están desde hace décadas en el centro del debate de la izquierda, fueron también desde 1946 un motivo recurrente de división en el PC. Triunfante el peronismo, ¿se estaba ante un movimiento "progresista" o ante un movimiento "reaccionario"? (dejo a un lado, para subrayar la disyunción, todas las acotaciones con que se particularizaba cualquiera de las dos opciones). Una y otra vez, la cuestión volvería a plantearse ante el desafío de ese movimiento que englobaba a la mayoría de las clases populares. Si se recuerda la figuración partidaria de algunos de los disidentes, desde Rodolfo Puiggrós hasta la tardía heterodoxia populista de Ernesto Giúdice, pasando por el caso más intrincado de Juan José Real, se puede notar que a lo largo de los años la discusión afectó también a los círculos dirigentes del partido.

Pues bien, el libro de Arévalo se atiene en lo que concierne a aquel problemático período, al canon ya establecido en el *Esbozo de historia...*, mencionado más atrás. El propio título del capítulo dedicado a los años que van de 1941 a 1945 adelanta la clave con que están ordenados los conflictos y las alternativas de la política local: "Los años de la guerra y la victoria de los pueblos sobre el nazifascismo". Se mantiene, pues, la guerra y la actitud ante ella no sólo como cuestión dominante de la actividad de los comunistas, sino también como principal dilema de la sociedad argentina. La neutralidad de los gobiernos argentinos frente a la contienda recibe el mismo juicio que ya tenía en la versión canónica: esa política no podía tener otras bases y otro sentido que el profascismo. Finalmente, cuando encara los acontecimientos más específicamente referidos a la formación del peronismo, la exposición pone de relieve las intenciones declaradas de algunos de los protagonistas de aquellos años (los oficiales nacionalistas del GOU, el propio Perón) y la escasa experiencia sindical y política de un sector de la clase obrera, cuya incorporación al mundo industrial era reciente. Tal como ya ocurría en el *Esbozo*. Nada de lo que la investigación histórica de la más diversa procedencia ha producido, sobre todo en los últimos veinte años, acerca de aquel período, parece haber perturbado el espíritu del redactor.

Hay, sin embargo, una innovación en el libro de Arévalo. Aparece en las líneas que le dedica al 17 de octubre de 1945: "Se trató de la acción de un sector heterogéneo y amplio de las masas populares, ante todo trabajadores, que salió a la calle imbuido de sentimientos antioligárquicos y antiimperialistas, buscando una orientación acertada a sus anhelos de cambio". La innovación es fuerte si se tiene en cuenta la versión propuesta en 1947. Ahora ha desaparecido la referencia a las fuerzas de la policía y el Ejército, que anteriormente figuraban como los actores dominantes de la movilización, y el sector popular es colocado en primer plano. Es novedosa también la afirmación de los móviles "antioligárquicos y antiimperialistas" de la acción, si bien el párrafo está compuesto con el cuidado de no caracterizar en función de esos móviles (los "sentimientos") el significado de aquella movilización. Queda así latente el juicio acerca de la "orientación" que las masas populares encontraron para sus "anhelos" de cambio, es decir queda latente lo que sería una interpretación general del acontecimiento que es, indudablemente, el de mayor irradiación mítica de la Ar-

gentina contemporánea. Podría decirse que esa interpretación se halla en potencia y no hay que ser sutil para encontrarla en la reivindicación de la Unión Democrática, en la referencia a las intenciones o los discursos de Perón, etc., que se desarrollan a lo largo del capítulo.

Este procedimiento por el cual se elude la atribución de un significado general, o dominante, a procesos políticos determinados, reaparece cuando Arévalo caracteriza al peronismo en el gobierno. Retoma el análisis comunista de 1946 y de nuevo estamos frente a lo heterogéneo: "El XI Congreso al caracterizar al gobierno de Perón señaló que el mismo era heterogéneo y al mismo tiempo incluía, visto políticamente, desde sectores democráticos y progresistas hasta grupos profascistas de la entonces llamada Alianza Libertadora Nacionalista y sectores reaccionarios del ejército, la policía y el clero". Sería vano buscar a lo largo de todo el capítulo dedicado al período de 1946 a 1955 otra definición que esta enumeración empírica. Ahora bien, como el procedimiento es correlativo de una táctica y ambos forman un conjunto teórico-práctico que se aplicará (no sólo en el libro) ante los más diversos gobiernos y regímenes, sus tres casos esenciales merecen un resumen: 1) composición heterogénea del gobierno, que está integrado por o está sometido a intereses y fuerzas contrapuestos; 2) si el gobierno del caso responde a los impulsos de su ala progresista y se apoya en los sectores democráticos, antiimperialistas, etc., de la sociedad, el proceso político tomará el rumbo adecuado; si, en cambio, hace lo contrario (cede a la presión de su ala reaccionaria, etc.), las cosas se encaminarán en sentido opuesto; 3) la táctica comunista es: apoyar lo positivo, criticar lo negativo.

Este conjunto teórico-práctico infalible porque está abierto a todas las eventualidades, con que el grupo dirigente del PC coronó su bagaje político (revolución democrático-burguesa, línea del frente democrático contra la reacción y el fascismo), se empleará a lo largo de casi cuarenta años y ante los gobiernos más diversos, como dijimos más atrás. Ante los primeros gobiernos de Perón y ante la Revolución Libertadora. Así una y otra vez, hasta llegar a su realización más baja: frente al golpe de estado de 1976 y la última dictadura militar. Nuevamente el PC se hallaba frente a lo heterogéneo, el ala reaccionaria y el ala democrática, los "pinchetistas", por un lado, y los generales Videla y Viola, por el otro. Y una vez más, se aplicó a apoyar lo positivo y a criticar lo negativo, así como a proponer, a los jefes de la dictadura incluidos, el frente democrático que, desde 1975, se había remozado con el nombre de convergencia cívico-militar. Como escribía en 1978, el entonces secretario general Arnedo Alvarez: "Algunos dirigentes del país, y en particular el propio presidente Videla, se refirieron reiteradamente a la necesidad de alcanzar una convergencia cívico-militar. Los comunistas desde hace tiempo que reiteran de manera consecuente esta propuesta. El problema consiste en cómo abrir camino hacia esa meta".

Si bien aquel dispositivo teórico-práctico contenía desde sus comienzos todas las premisas y las coartadas para el pragmatismo más oportunista, nunca alcanzó un empleo tan degradado y deshonroso como en los años del último régimen militar. Durante los peores momentos del terrorismo estatal, el PC tuvo como uno de los ejes de su actividad el de alertar contra el peligro de un golpe de estado reaccionario. ¿Qué era, pues, lo que había ocurrido el 24 de marzo de 1976? ¿Cuál era en definitiva el carácter del régimen instaurado entonces? Nuevamente sería inútil buscar una respuesta en el libro de Arévalo. En sus páginas sólo encontraremos un eco atenuado de lo que fue la línea de apoyar lo positivo y criticar lo negativo y cuyo complemento internacional era el esfuerzo por diferenciar, en los más diversos foros, el "gobierno militar argentino" de las "dictaduras" del Cono Sur. De cualquier modo, fue un secreto a voces que la clave de esa actitud frente a un régimen que conducía a la cárcel y al martirio a muchos de sus afiliados, eran las excelentes relaciones económicas y diplomáticas

de la URSS y sus aliados con la dictadura argentina (si bien no todos los jefes de ésta aprobaban el cultivo de esa amistad de conveniencia).

El libro de Arévalo llega hasta 1982. La imagen final del Partido Comunista es la pujante, de siempre: "está creciendo en organización, en número y en influencia política, especialmente entre los trabajadores". ¿Quién no la ha leído antes, durante décadas?

La imagen de otra izquierda aparece en el libro de Norberto Galasso. Rival y crítica de la anterior, ésta ya no tiene como espacio de referencia el bloque "progresista", sino el "campo nacional", dentro del cual se incluye como su ala socialista. Y si se piensa en el lugar dominante que tienen hoy en el discurso de la izquierda los temas de la patria irredenta y el antiimperialismo, así como la actuación de sus partidos en ocasión de la guerra de las Malvinas, habría que convenir con Galasso en que la "izquierda nacional" no ha batallado en vano.

Por supuesto que sería difícil atribuir ese desplazamiento hacia los temas de un nacionalismo más o menos radicalizado a una sola causa, y más difícil aún que esa única causa sea la larga labor polémica de un grupo ideológico. Pero no creo, tampoco, que para una explicación satisfactoria baste la remisión a la situación (o condición) del país, la "dependencia", si es que esta abusada palabra, hoy buena para todo y no importa qué, ha de recuperar un significado específico fuera de la nebulosa ideológica donde ha ido a parar. Mientras tanto, cabe únicamente observar que si la idea del movimiento nacional o nacional-popular se halla sólidamente arraigada en los dos partidos mayores de la vida política argentina, buena parte de la izquierda se sitúa también dentro del área de atracción de esa idea (¿acaso el Partido Intransigente, el más numeroso de los que se ubican en la izquierda del espectro político, no ha disputado con el alfonsinismo y sobre todo a través de su principal dirigente acerca de la titularidad sobre el llamado "tercer movimiento histórico"?). En ese contexto, resulta imposible desconocer la larga actividad del grupo inspirador de la "izquierda nacional" y su capacidad de sugestión intelectual a través de la elaboración de temas que, con el tiempo, se tomarían moneda corriente dentro del conjunto de la izquierda argentina.

Los comienzos de la "izquierda nacional" nos remiten al mundo ideológico y a las discusiones de los reducidos círculos trotskistas hacia los años 30 y principios de la década siguiente. Los nombres más conocidos de "ese mundo asfixiante y clandestino" (Galasso) eran los de Héctor Raurich y Liborio Justo. Las cuestiones centrales del debate (al menos las de mayor relevancia para el surgimiento de la "izquierda nacional"): la caracterización económico-social de la Argentina —¿país capitalista a secas o semicolonias?— y la definición del tipo de revolución —¿socialismo o liberación nacional?—. Es decir, la discusión del programa. Enteramente marginal aun respecto de la izquierda, dominada entonces por los partidos Socialista y Comunista, esa controversia no tenía en general otro efecto práctico que las divisiones, las subdivisiones y los reagrupamientos de los mismos personajes. Aparte de la libertad que les concedía a todos ellos la escasa conexión con los problemas de la política efectiva, gozaban de otra: la que provenía de la falta de un centro de autoridad internacional ideológica y política equivalente a la Internacional Comunista. Cuando sobrevino la Segunda Guerra, todos los grupos trotskistas, cuya existencia se reducía prácticamente entonces a la publicación de algunas hojas periódicas, denunciaron a la contienda como guerra interimperialista y se opusieron hasta el final a la elección que haría el resto de la izquierda en favor del bloque de los aliados.

Y bien, ha de ser dentro de uno de esos círculos, el del periódico *Frente Obrero*, y cuando el peronismo aún se hallaba en trance de constitución (1945), donde hallarían su primera articulación tres ideas que después alcanzarían amplia fortuna: 1) el peronismo como continuación del yri-

goyenismo, ambas expresiones de los sectores nacionalistas-proteccionistas del capitalismo local; 2) la distinción, a propósito del movimiento surgido del golpe del 4 de junio de 1943, entre la "fuerza económica" que impulsaba a sus dirigentes y las "exterioridades ideológicas" (filofascistas) de que se habían revestido: a ninguna persona se juzga —según la célebre fórmula de Marx— por aquello que piensa de sí misma; 3) la necesidad de valorar todo el proceso político entonces en curso a partir del carácter semicolonial del país. Para Galasso "con *Frente Obrero* nace la Izquierda Nacional como corriente ideológica" y, efectivamente, en las ideas aparecidas en los dos números del periódico, está contenido *in nuce* todo lo que esa corriente habrá de desarrollar posteriormente en polémica con el resto de los grupos trotskistas, pero sobre todo con los partidos Socialista y Comunista. La "cuestión nacional" como clave de la problemática argentina y línea divisoria más apropiada que la de izquierdas y derechas a la hora de examinar la posición de los partidos y las ideologías; la alianza con el peronismo no sólo en razón del carácter plebeyo de sus bases, sino también por la orientación nacionalista de su jefe; el proyecto de un socialismo arraigado en la tradición de los movimientos nacional-populares: todo ello provendrá de la expansión de aquel núcleo ideológico original.

Aparte de la trayectoria particular del grupo expresamente identificado con los inspiradores de la "izquierda nacional", ¿la historia de un sector amplio de lo que se llamó "nueva izquierda" no transcurrió, a partir de la década del '60, en el esfuerzo por elaborar y conferir alcance práctico a alguna variante de aquellas ideas? Es verdad que para ese entonces ya había tiempo que otras voces, sin vínculos con la tradición trotskista, como la de los antiguos disidentes del comunismo (Astesano, Puiggrós), o la que surgía del peronismo (Hernández Arregui), se habían incorporado a la obra de "nacionalización" intelectual de la izquierda argentina. Es verdad, también, que desde los comienzos de los '60 soplaban otros vientos internacionales para la izquierda y, sobre todo, que era el dato político dominante del peronismo lo que proporcionaba el argumento más persuasivo de esa empresa ideológica. Como quiera que sea, no parece exagerar Galasso cuando reclama para su grupo la paternidad de muchas de las ideas que después ingresarían en el "sentido común" de un sector creciente de los que emergían por esos años al mundo y los debates políticos de la izquierda. Ninguno de los otros grupos aplicados a la misma tarea de persuasión "nacional" desarrollaría una actividad publicística equivalente (libros, revistas, empresas editoriales) y ninguno, tampoco, contaría entre sus filas con un equivalente de Jorge Abelardo Ramos.

En el libro de Galasso, la figura de Ramos aparece rodeada de ciertas reservas, no obstante los reconocimientos que se le hacen por su labor de principal "divulgador" de las tesis de la "izquierda nacional". Otros nombres, como los de Enrique Rivera o J. E. Spilimbergo, son señalados aquí y allá como representantes de un mayor rigor historiográfico o teórico. Es posible advertir en esas reservas el eco de las divergencias que dividieron en más de una oportunidad a las formaciones políticas de esa corriente. Sea como fuere, no tiene sentido ponerse exigente con Ramos como historiador ni como teórico. De sus atributos como dirigente político, el escaso éxito de sus sucesivas empresas a través de décadas tendría que decirlo todo. En realidad, pocos encarnan como él ese gusto por la "actuación vicarial" que Real de Azúa encontraba en el amigo uruguayo de Ramos: Methol Ferré. Se trate del peronismo, de la burguesía industrial argentina o del Ejército, en términos políticos él ha apostado en general a la "misión histórica" de otros. Y más de una vez, sus rivales trotskistas, han hecho la antología de la veleidad de sus opiniones.

Pero Ramos le dio algo más que difusión a los estereotipos ideológicos de la "izquierda nacional", le dio también su estilo intelectual y literario. Pocos poseen como él, no sólo entre sus compañeros de causa, el talento para compo-

ner visiones históricas y políticas sugestivas, no importa cuánto puedan éstas resistir a un análisis más o menos escrupuloso. Ninguno ha empleado tan bien un lenguaje de izquierda cultivado e imaginativo para sostener las causas del nacionalismo económico y cultural, un lenguaje que puede tornarse insolente y ferozmente maximalista cuando las emprende contra sus blancos favoritos: el "progresismo" y la cultura de las capas medias "ilustradas". A través de sus ensayos, la vieja condena del cosmopolitismo de los intelectuales argentinos tomó la forma de una categoría y se incorporó a una concepción general, de filiación marxista, de la dominación imperialista sobre el país. En fin, toda una "puesta en forma" que no sólo hace de Ramos uno de los pocos buenos ensayistas políticos, sino que también ha contribuido a conferirle fuerte sugestión a las ideas de la "izquierda nacional".

Galasso, después de recapitular las sucesivas tentativas de pasar a la acción política por parte de la "izquierda nacional", llega a la conclusión de que esos experimentos han sido decepcionantes. Supone entonces la existencia de una contradicción entre la riqueza de la vida ideológica de aquella y la pobreza de sus resultados políticos. "Así, paradójicamente, mientras la Izquierda Nacional no lograba consolidarse como partido y vivía el drama de sus repetidas escisiones, sus ideas ganaban terreno en otros grupos y círculos intelectuales de la sociedad argentina". En realidad, no parece haber nada paradójico en esta situación. Los grupos identificados con la "izquierda nacional" aun cuando adoptaron la forma de partido (desde 1962 todas esas experiencias estuvieron presididas por Ramos), funcionaron antes que nada como formaciones ideológicas orientadas a influir sobre el peronismo, confiando en el papel de éste como centro de agregación del "movimiento nacional". Con o sin la mediación de una organización partidaria, la empresa ha sido en todos los casos la misma: proporcionar al peronismo un imagen de sí en la que éste pueda reconocerse para que, reconociéndose, lleve a cabo la misión que, como escribe Galasso, "la Argentina clama": la revolución nacional interrumpida. Empeñada en esta labor de inculcación (cuyos destinatarios podían ampliarse según la extensión que se asignara al "campo nacional"), ha contribuido a inspirar "en otros grupos y círculos intelectuales" el mismo afán. Todos, más viejos o más recientes en el afán, con la idea compartida de que el peronismo podía ir más allá de sí mismo por la vía de un socialismo "criollo".

Aparte del conglomerado que se orienta en el sentido de la "izquierda nacional" —no importa aquí que sus diversos componentes se reconozcan en una misma tradición teórica o política— y del PC, la izquierda no ofrece hoy otra opción que un maximalismo confinado en algunas fracciones del movimiento estudiantil y reducidos círculos de activistas en la clase obrera. Después del terrible ciclo de los partidos armados, el terrorismo estatal, el belicismo aventurero y la general barbarización de la vida pública, las organizaciones de este sector del mundo político argentino que lograron sobrevivir, proponen las mismas alternativas que una década atrás. ¿Todo ello no torna necesario para la izquierda una reforma intelectual y política que la arranque de su posición subalterna, una reforma que la libere del doctrinarismo en la formulación de los problemas y las alternativas y que, a la vez, sustraiga a la cultura y la investigación crítica de su politización (su "facciosidad") inmediata? ¿O no ha llegado aún la hora de una izquierda capaz de agregar voluntades en la arena de la lucha política porque ha encontrado nuevos caminos e iniciativas para las aspiraciones a una sociedad sin miseria y sin miedo?

Notas

¹ "Argentina y el mundo actual", en *América Latina* No. 2, Moscú, Editorial Progreso, 1978.



José Aricó

ORIGENES DEL COMUNISMO: PARA CONSTRUIR UNA HISTORIA NO SACRA

En el desolador cuadro de las publicaciones dedicadas a los problemas de la sociedad argentina corresponde señalar la presencia de una iniciativa que siendo por sí misma valiosa, la pobreza de un mercado editorial afectado por la crisis y la represión política hasta hace poco tiempo le otorga, además, un sitio de excepción. Me refiero a la "Biblioteca política argentina", que bajo la dirección de Oscar Troncoso publica el Centro Editor de América Latina. Semanalmente los pequeños volúmenes de la colección, pulcramente editados y a precios módicos, ponen al alcance de un público que supongo curioso y desconocedor a la vez, la historia de las formaciones políticas argentinas, de sus figuras más representativas, de los movimientos sociales que las precedieron o acompañaron, en fin, la reconstrucción de un pasado y un presente histórico sin el conocimiento de los cuales resulta inimaginable pensar una Argentina futura. Y digo desconocedor porque la errática vida civil y democrática que caracteriza a nuestra sociedad no puede menos que dar como resultado esa extravagante manera de incorporar a la historia que es el signo distintivo de la manera de pensar de los argentinos. Porque estoy firmemente convencido de que la arraigada pobreza de la conciencia histórica nacional es un obstáculo poderoso para la formación de una cultura política democrática y de transformación, me siento empujado a enfatizar la importancia de una propuesta editorial que hace honor a esa avanzada del pensamiento democrático que es, desde su nacimiento, el Centro Editor.

Es verdad que la abrumadora suma de volúmenes publicados en tan corto tiempo no permite realizar con facilidad un análisis de conjunto de una colección que pretende mantener más bien una pluralidad de voces que un perfil ideológico muy definido. Pero lo que despierta mi mayor interés es el espacio significativo que Troncoso otorga a la reconstrucción del pasado del movimiento obrero argentino y a las formaciones políticas que contribuyeron a constituirlo y acompañaron sus luchas. Y creo que esto es importante porque refuta una curiosa y arbitraria creencia a que dio lugar la hegemonía conquistada por el peronismo entre los trabajadores. Dicha creencia, como es harto sabido, insiste en datar míticamente a mediados de los cuarenta la génesis

de un movimiento que, por el contrario, nació muy tempranamente en nuestro país y mostró a comienzos del siglo veinte una desusada extensión y vitalidad.

La insistencia en una utilización ideológica de un criterio periodizante fundado como era, en definitiva, el de 1945-1947, conducía a una descalificación y de allí a un desconocimiento u ocultación de todo un pasado pleno de experiencias obreras, sin cuyo conocimiento la historia nacional acaba soportando una reconstrucción refractada y mítica. Volúmenes como los del propio Troncoso (*Fundadores del gremialismo obrero*, 2 tomos), o los dedicados a los partidos y formaciones de izquierda, a luchas obreras y populares significativas, a figuras como Juan B. Justo o Alicia Moreau, la reimpresión de clásicos de la historiografía obrera como el libro de Oddone, permitirán sin duda un conocimiento más acertado del movimiento de las clases trabajadoras, del mismo modo que el notable, y por varios motivos excepcional texto de Juan Carlos Torre (*Los sindicatos en el gobierno. 1973-1976*) contribuye a mostrar hasta dónde resulta falaz y analíticamente estéril subsumir la compleja dinámica del movimiento obrero y de sus instituciones propias en sus filiaciones políticas e ideológicas.

Me propongo detenerme aquí en dos recientes volúmenes de la colección que analizan temas tan separados en el tiempo como los orígenes del comunismo en los años veinte y la formación del movimiento obrero y socialista en el último tercio del siglo pasado. Sin embargo, encuentro en ambos enfoques nuevos sobre momentos poco profundizados en la historiografía existente. El surgimiento del comunismo argentino, por ejemplo, estaba tan desdibujado en el tiempo como para que un investigador de rigurosa formación histórica y de filiación socialista como fue José Luis Romero, afirmara en la primera edición de su libro sobre *Las ideas políticas en Argentina* (1946) que el partido comunista nació al producirse en el socialismo una escisión encabezada por el senador Enrique del Valle Iberlucea. Pero esta curiosa versión, idéntica, por lo demás, a la ofrecida por otros militantes que, como Nicolás Repetto, fueron protagonistas de los episodios que desembocaron en la crea-

ción del Partido Socialista Internacional, es posible que no se deba exclusivamente a un error histórico, sino, como veremos, a la ambigüedad de las fuerzas que confluyeron en la constitución del comunismo argentino.

Hasta la publicación en 1947 del *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, nadie recordaba que muchos años antes, en 1919, el grupo de internacionalistas que rompió a fines de 1917 con el Partido Socialista dejó consignado en un documento enviado a la dirección de la Segunda Internacional las motivaciones que lo impulsó a la creación de una formación política nueva, a la que distinguió del viejo partido con el aditamento de "internacional" (*Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*, Buenos Aires, 1919).

La desaparición o dispersión de las fuentes documentales para estudiar el comunismo argentino, debidas no sólo a la represión estatal que sufrieron sus miembros e instituciones sino también a su propia resistencia a reconstruir de manera no ideológica una historia que no siempre validaba sus fluctuantes posiciones, convirtió al *Esbozo* en la casi exclusiva fuente de referencia. Aun para autores como Rodolfo Puiggrós o Jorge Abelardo Ramos, que se propusieron cuestionar de distinta manera una reconstrucción que tenían fundadas razones en considerar una versión falseada de los hechos, la utilización de ciertos documentos a los que no tenían acceso directo los obligaba a recurrir al *Esbozo* y a someterse al uso arbitrario que de ellos hacía. Es por tal motivo que, al menos hasta 1974 y para el período inicial, el *Esbozo* logró el objetivo que se propuso de ofrecer a los comunistas una identidad política construida sobre la base de la continuidad del desarrollo del pensamiento "marxista" que, con la conformación del núcleo dirigente codovilliano, alcanza su punto de consumación. Digo hasta 1974 porque es entonces cuando Emilio Corbière comienza a publicar en la revista *Todo es historia* sus trabajos sobre la prehistoria del comunismo argentino. Su mérito consiste en haber destruido en parte la tradición que el *Esbozo* pretendió construir manipulando las fuentes, desvirtuando los hechos y silenciando a los vencidos. Son esos trabajos, con algunas correcciones y agregados, y con una interesante documentación adjunta, los que hoy publica con el título de *Orígenes del comunismo argentino. El Partido Socialista Internacional*, Biblioteca Política Argentina, vol. 58, Buenos Aires, Centro Editor, 1984.

Corbière construye una crónica viva y documentada de la formación en el seno del partido socialista de una corriente de izquierda que en 1912 funda el Centro de Estudios Carlos Marx. A tal efecto apela a fuentes documentales de muy difícil acceso como los periódicos socialistas de la época y a entrevistas con los pocos sobrevivientes de un período pleno de experiencias trágicas y deslumbrantes como la guerra, la revolución de octubre, la reforma universitaria y las grandes luchas sociales que conmovieron al mundo y al país. Del texto de Corbière se deduce en forma clara que el PSI expresaba más la continuidad de la tradición humanitaria y pacifista del ideal socialista que la "traducción" a las condiciones nacionales de la teoría y la práctica sustentada por Lenin y los bolcheviques. Aunque Corbière se sienta tentado muchas veces a subrayar la dimensión leninista del grupo que constituyó el nuevo partido, resulta evidente que ésta sólo habrá de alcanzarse a mediados de los años veinte, cuando luego de sucesivas fragmentaciones y pérdidas de militantes la escuálida organización sobreviviente recorra el llamado proceso de "bolchevización". Desconocedores de los elementos esenciales de la tradición teórica marxista, los internacionalistas argentinos accedieron al conocimiento de Lenin a través de la canonización que de su pensamiento hicieron Zinóviev, primero, y luego Stalin.

Corbière muestra de manera incontrovertible la importancia de dirigentes como Juan Ferlini, Pedro Romo y José F. Penelón en el origen del nuevo organismo, destruyendo así la versión que ofrecen el *Esbozo* y la historiografía que

de él arranca (vg. Oscar Arévalo, *El Partido Comunista*, Biblioteca Política Argentina, vol. 6, Buenos Aires, Centro Editor, 1983) de un núcleo dirigente liderado desde el inicio por Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, que logra finalmente imponerse al destruir las corrientes de izquierda ("chispistas"), centristas ("terceristas") y de derecha ("penelónistas"). Contra esta construcción mitológica, que en la biografía de Codovilla ofrecida por el soviético V. Goncharov (*El camarada Victorio*, Editorial Progreso, Moscú, 1980) alcanza su forma más burda, se perfila aquí nitidamente la fuerte personalidad política de Penelón y su papel decisivo en todo el proceso de bolchevización del comunismo argentino. Fueron sin duda estas circunstancias las que le permitieron acceder a la excepcional condición de único latinoamericano miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en 1924 y a dirigente máximo de su secretariado sudamericano.

Tengo la impresión de que Corbière ha escrito su libro con el deliberado propósito de hacer justicia a esta figura tan relevante del movimiento social argentino, otorgándole el sitio que le corresponde en una historia que los triunfadores de la oscura lucha de fracciones que signó la vida del nuevo partido se empeñaron en quitarle. Y es tan fuerte la seducción que ella ejerce sobre nuestro autor que, en ciertos momentos, lo arrastra a incurrir en anacronismos tales como el de hacer de Penelón una suerte de predecesor del eurocomunismo, o a extender acaso en forma indebida una investigación dedicada a los "orígenes" del comunismo argentino y no a su historia posterior. En tal sentido pienso, por ejemplo, que hubiera sido más pertinente incluir en la documentación adjunta un texto de la importancia del informe de 1919, en lugar de la declaración de los penelónistas cuando rompieron con la dirección mayoritaria del PC en 1927. Pero no creo que el criterio con que se escogió la documentación sea caprichoso, sino que, por el contrario, refleja bastante fielmente la mirada con que Corbière observa una historia a la que se siente tentado a reconstruir como el ascenso y la caída de un líder.

La lectura, permítaseme la expresión, "penelónista" de los orígenes del comunismo argentino conlleva, sin embargo, un riesgo que el texto no alcanza a sortear con éxito: la tentación por otorgarle a ciertos acontecimientos un peso desmedido con respecto a otros, contrariando así el fin sentido histórico que exige el análisis de un proceso de confluencia o fusión de tradiciones muchas veces antagónicas como fue aquí —al igual que en otras partes— la constitución de una corriente comunista. Si, como pienso, el hecho de la revolución de octubre y la experiencia bolchevique inicial fue el crisol decisivo donde se fusionaron tendencias preexistentes en la sociedad argentina, la ruptura que condujo a la formación del PSI en los años cruciales de la guerra debe ser considerada, por lo menos hasta que se demuestre lo contrario, solamente como una de las tendencias del proceso. Lo cual obliga, como es lógico, a indagar las otras, aunque el resultado final condujera a aplastarlas como efectivamente ocurrió. Porque es el análisis de cómo y en virtud de qué las cosas sucedieron de tal modo, de las alternativas que tal confluencia liberaba y fueron recorridas o suprimidas por los antagonistas, de lo que pudieron dejar como herencia los vencidos, de los obstáculos que no supieron o quisieron superar los vencedores, es todo esto y mucho más lo que puede ayudarnos a comprender de manera cierta y no hagiográfica las razones de la manifiesta incapacidad del comunismo de convertirse en una gran corriente política de masas, orientadora de las transformaciones de la sociedad y de la cultura argentina. ¿Y no es el propósito de explicar este fracaso el que, en definitiva, nos lleva a preguntarnos por los orígenes y las vicisitudes de una experiencia política que intuimos pudo ser distinta de lo que acabó siendo? Alguien podría decir que la apelación al fracaso introduce una inadmisiblemente anacrónica en la reconstrucción histórica, pero comprometidos como estamos en la recomposición de una tradición política de izquierda socialista —y creo

en esto coincidir con el propósito de Corbière— no podemos soslayar una perspectiva contrafáctica. Como es la historia de los vencidos, antes que la de los vencedores, aquella a la que nuestras convicciones nos empujan a revivir, detenernos en una coyuntura tan crucial para los trabajadores argentinos como fueron los años de la primera posguerra es también una manera de irrumpir en el presente, de admitir que las vicisitudes del socialismo y la congénita limitación del comunismo de antaño sigue siendo para nosotros un problema de hoy.

Pero si a instancia de lo aquí dicho hacemos nuestra la afirmación benjaminiana de que sólo a la humanidad redimida le concierne enteramente su pasado, colocarnos en una perspectiva "de izquierda" reclama de nosotros tener presente la verdad de que "nada de lo que se ha verificado está perdido para la historia" y, por lo tanto, escapar a la tentación de sacrificar los pequeños acontecimientos a los grandes (cf. Walter Benjamin, *Tesis de filosofía de la historia*, núm. III).

¿Cuáles son los "pequeños acontecimientos"—para seguir la expresión de Benjamin— que en mi opinión Corbière subestimó o dejó de lado? Sólo me referiré a dos porque creo que de ser incorporados a la narración modificarían por completo esa lectura unilineal de todo el proceso a la que nos habituó la historiografía comunista, y en la que sin tener plena noción de ello nuestro autor recae. El primero versa sobre la llamada corriente "tercerista", esto es, sobre el grupo de militantes que dentro del Partido Socialista se inclinaron en favor de la revolución de octubre y pugnaron por la incorporación de éste a la Tercera Internacional. Como tengo la impresión de que su peso en el interior del partido y su gravitación en el campo cultural de la izquierda era bastante mayor del que le asigna Corbière pienso que algo de razón hay en los recuerdos de aquellos que, a muchos años de distancia, identificaban el surgimiento del comunismo con los afiliados expulsados del PS luego de su congreso en Bahía Blanca (1920). "La penetración de las ideas comunistas en nuestro país —señala Repetto en sus memorias— comenzó poco después del estallido y triunfo de la revolución rusa [...] Una parte considerable de nuestra clase obrera creyó ver en los hechos tan dramáticos que ocurrían en Rusia, la solución del problema social tanto tiempo esperada". Y agrega: "profunda y grave fue la penetración comunista en las filas de nuestro partido". Si aceptamos este testimonio, confirmado como fue por el elevado porcentaje que lograron en el citado congreso quienes propugnaban la adhesión incondicional a la Comintern, se torna evidente que los "terceristas" eran algo más que el pequeño núcleo que decidió finalmente incorporarse al Partido Comunista. Tanto el *Esbozo* como el texto de Corbière retacean la magnitud de esa corriente que alimentó durante largo tiempo las tendencias de izquierda, por así decirlo "soviéticas" pero no comunistas, y que acaso estimuló luego, en los años treinta, la emergencia de nuevas formaciones políticas de las que el Partido Socialista Obrero fue el ejemplo más significativo.

El segundo "acontecimiento" al que haré mención tiene que ver con lo que con bastante buena memoria Repetto anota en su libro. Porque si es verdad que "una parte considerable" de la clase obrera argentina simpatizó en un comienzo con la experiencia bolchevique, debe haber existido una fuerte corriente anarquista que la expresara, dada la casi absoluta hegemonía sobre los trabajadores que tal idea ejercía. Hay razones para pensar que en la historiografía comunista argentina, la exclusión del filón anarquista obedece a la inocultable antipatía con que las tradiciones socialista y comunista consideraron siempre a esta corriente. Es harto conocida la predilección que sienten los comunistas por buscar sus amigos en la derecha y encontrar sus enemigos en la izquierda, y en el *Esbozo* aparece claramente expuesta la tesis de que la bolchevización del nuevo partido significaba extirpar, aun a costa de costosas expulsiones, la "enfermedad infantil del comunismo". En el caso del texto

de Corbière, creo en cambio que todo se debe a las limitaciones de las fuentes utilizadas. No teniendo acceso a fuentes documentales acaso inexistentes en el país, Corbière no podía conocer la presencia de sectores anarquistas que, al igual que los socialistas internacionalistas y los terceristas, buscaban el camino de Moscú. Es interesante recordar que el primer contacto de los argentinos con la Internacional Comunista se produjo indirectamente en el II Congreso de la IC, en 1920, cuando el grupo anarquista que desde 1916 editaba el periódico *Bandera Roja* envía un informe sobre el movimiento obrero en la Argentina publicado luego en las actas del congreso. Corbière menciona la presencia en Buenos Aires de exiliados rusos que mantenían relaciones con los bolcheviques, y no es descabellado pensar que pudieron haber sido ellos los que mediaron entre Moscú y los anarquistas soviéticos argentinos, pero esto es sólo una conjetura.

Debemos a las investigaciones de un historiador argentino residente en París la exhumación de nuevos documentos que modifican la idea del modelo "italiano" de formación del PCA. La existencia de una vertiente anarquista ya desde la guerra restituye en parte la experiencia argentina de constitución del comunismo a cierto patrón casi uniforme que imperó en otros países como Brasil, México y Chile. En su tesis todavía no publicada como libro (*Aux origines du Parti Communiste argentin. La crise du socialisme: 1912-1920*, París, 1981), Bernardo Gallitelli explora a través de fuentes



NUEVA SOCIEDAD

MARZO/ABRIL 1984

Nº 71

ANÁLISIS DE COYUNTURA

Susana Pezzano: Integración Regional. Un Paso Adelante, Dos Atrás. Omar Davies: Jamaica: Elecciones sin Opción.

TEMA CENTRAL: COMUNICACIÓN: ¿DOMINACIÓN O DEMOCRACIA?

Hector Malavé Mata: Economía Política del Orden Internacional de la Información; Máximo Simpson Grinberg: Comunicación Alternativa y Democracia. Entre la "Vanguardia" y la Teoría de la Dependencia; Oswaldo Capriles: Comunicación y Cultura en el Reino de Big Brothers; Diego Portales C.: Comunicación: ¿Imitación o Identidad? Respuestas a la Crisis; Fernando Reyes Matta: Búsqueda de una Comunicación Democrática. Nuevo Orden Informativo: 1973-1983; Néstor García Canclini: Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, Consumo y Nuevas Formas de Organización Popular; Augusto Góngora: La Mirada Impertinente. El Video Alternativo; Francisco Gutiérrez: Los Radios Comunitarios. Una Experiencia de Comunicación Alternativa.

POLÍTICA-ECONOMÍA-CULTURA

Carlos Andrés Pérez: Centroamérica y el Caribe: Una Propuesta Socialdemócrata; Rita Giacalone de Romero: El Clientelismo Político en el Caribe Anglófono; Julieta Kirkwood: El Feminismo como Negación del Autoritarismo; Ana María Foxley: Inquietud y Vitalidad en el Teatro Chileno; Raquel Ruiz: UNESCO: Itinerario de un Conflicto.

NOTICIAS-INFORMES-RECENSIONES

AHORA PUEDE OBTENERLA EN LA ARGENTINA

POR SUSCRIPCIÓN (incluido flete aéreo)

Anual (6 números): US\$ 20 / Bienal (12 números): US\$ 35.

PAGOS: Cheques en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Apartado 6712 - Chacao - Caracas 1060-A - VENEZUELA.

Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

Y TAMBIÉN EN LIBRERÍAS

Distribuye: Catálogos, S.R.L.

Av. Independencia 1860 - Buenos Aires / Telf.: 385708

aún muy escasas la presencia de tendencias en el interior de la FORA del Vº Congreso, y fuera de ella, que se adhirieron entusiastamente a la experiencia rusa y se vincularon con ella a través del grupo anarco-comunista que con la participación del norteamericano Louis Fraina y del mexicano Felipe Carrillo Puerto formó en la ciudad de México el Buró Latinoamericano de la III Internacional en 1919. La retirada estratégica de la Rusia soviética de inicios de 1921, y el cambio de frente de la Comintern que la acompañó, cegó bruscamente estas manifestaciones del radicalismo de izquierda que tenían en el Buró de Amsterdam de la Internacional —disuelto a fines de 1920— el punto central de agregación. La ruptura violenta entre anarquistas y bolcheviques en el interior de Rusia que se sucede por esos años, coloca nuevamente en bandos enfrentados a aquellas fuerzas que en el mundo la revolución de octubre pareció fundir. Sin embargo, la carga libertaria que arrastraba consigo el anarquismo tendrá largo tiempo la actividad de algunas formaciones comunistas de nuestro continente, hasta que la revolución cubana vuelva a operar, como el octubre lejano, un similar efecto de fusión.

La tesis de Gallitelli incluye en sus anexos las fuentes documentales sobre las que basó su interpretación. Sé a ciencia cierta que Corbière no las conocía, aunque no creo que lo mismo pueda decirse del *Esbozo* y otras obras de historiadores comunistas, puesto que dichas fuentes provienen de publicaciones oficiales de la Comintern a las cuales deberían tener fácil acceso por filiación política y vinculación orgánica. Es por tal razón que descarto la ignorancia y sospecho la exclusión.

Las observaciones críticas aquí apuntadas no pretenden en modo alguno condicionar el juicio favorable que me merece el libro de Corbière. Su propósito de ofrecernos una versión no sacra del complejo proceso de formación del comunismo argentino, su rechazo de las construcciones consagradas, su fructífera búsqueda de nuevas fuentes perdidas en archivos privados, su rescate de figuras hoy olvidadas de la lucha obrera y socialista, su manifiesto deleite por reconstruir pequeñas historias, le ha permitido hacer un trabajo original en la medida en que dilata las perspectivas de la investigación y presenta nuevas pistas a seguir. Y precisamente porque son esas sus virtudes, resulta más fácil encontrar sus limitaciones. Una nueva manera de considerar un momento histórico amplía de tal modo la visual que resulta finalmente inabarcable para quien la presenta. Es verdad que la historia del Partido Socialista Internacional y de las tendencias que confluyeron en la formación del comunismo argentino aún está por hacerse, pero sólo trabajos como los de Corbière y el ya citado de Gallitelli la hacen posible.

Podemos encontrar en el libro de Ricardo Falcón (*Los orígenes del movimiento obrero. 1857-1899*, Biblioteca Política Argentina, vol. 53, Buenos Aires, Centro Editor, 1984) un mismo propósito de colmar algunos verdaderos "hoyos negros" de la historiografía obrera. No podía afirmar, como sostiene el editor en la presentación del volumen, que se trata de un nuevo enfoque sobre el tema de la formación de la clase obrera en Argentina, ni creo que haya que buscar allí lo nuevo y rico que nos ofrece el autor. No porque los capítulos que a esto dedica no sean excelentes, ni ofrezcan la documentación adecuada, sino porque esta documentación ya ha agotado su capacidad ilustradora y hoy se requiere algo más que esto para hacer avanzar el conocimiento de la gestación de una nueva clase en un país un tanto avaro en la elaboración, concentración y conservación de las fuentes estadísticas y documentales. Y no sé hasta qué punto es Europa —donde residió el autor al redactar este libro— el mejor lugar para trabajar el tema de la formación de la clase obrera argentina. Pero lo que sí sé, y aquí está la paradoja, es que sólo en Europa, y más en particular en el Instituut voor Sociale Geschiedenis de Amsterdam, puede escribirse un capítulo como el que el autor dedica a "La Primera Internacional en Argentina" (pp. 39-52) y que justifica por sí solo el volumen. Lo que hasta ahora era confuso e insuficiente, porque aun los trabajos más recientes del soviético Ermolaiev y del chileno Segall no lograron presentar de manera más acabada, Falcón lo logra ofreciéndonos una síntesis convincente y fundada de un momento quizás decisivo en la formación de ese nervio motor del asociacionismo obrero y socialista que fue el grupo de internacionalistas porteños.

Y este hecho me lleva a una última reflexión que no quiero dejar de anotar, aunque vacilo en creer que se justifica del todo. Es verdaderamente penoso que hayamos debido atravesar por los trágicos acontecimientos a que sometió al pueblo argentino la brutal y genocida dictadura militar para que el exilio facilitara a muchos de nuestros investigadores aquello que el Estado y sus instituciones en épocas "normales" se muestra reticentes en dar. Y me refiero no sólo al exilio exterior, sino también al otro, al interior, que acaso pudo ser soportado sin desalientos ni renuncia a la profesión intelectual porque la solidaridad del mundo contribuyó también a ello. No quisiera con esto admitir ningún grado de verdad a la afirmación engelsiana que sostiene que "ninguna calamidad histórica deja de tener por compensación algún progreso". Sólo quiero anotar, quizás a modo de recordatorio personal, que entre muchas otras cosas que nuestros militares no lograron extirpar está también el productivo sobreponerse de la inteligencia.

CICLO 1984 - 2º CUATRIMESTRE

SEPTIEMBRE

- Literatura y política en la Argentina del '55 al '80. A cargo de Lillana Heker. 4 clases, los días martes a partir del 4/9, de 19 a 20 hs.
- Introducción a los dilemas de la democracia moderna. A cargo de Juan Carlos Portantiero. 4 clases, los días jueves a partir del 7/9, de 19 a 20,30 hs.
- Vanguardismo, judíos, radicales y revolución: Boedo-Florida. (De la Semana Trágica al 6 de Setiembre). A cargo de David Viñas. 4 clases, los días viernes a partir del 7/9, de 19,30 a 21 hs. (Grupo hasta 18 personas.)
- Técnica del guión de televisión. A cargo de María Inés Andrés. 10 clases, los días sábados a partir del 8/9, de 11 a 13 hs.

OCTUBRE

- Problemas de la cultura popular y media en la Argentina. A cargo de Beatriz Sarlo. 5 clases, los días martes a partir del 2/10, de 19 a 20,30 hs.
- Las grandes revoluciones del mundo moderno - Del siglo XVII al XX. A cargo de Juan José Sebreli. 5 clases, los días jueves a partir del 4/10, de 19 a 20,30 hs.

Clásica y moderna

Callao 892 - (1023) Capital
T.E.: 44-8707

CRISIS SOCIAL Y PACTO DEMOCRATICO



La recuperación del tema de la subjetividad, así como el renacimiento de las indagaciones sobre la relación entre ética y política, han sido siempre una producción de las situaciones de crisis.

Para algunas orientaciones teóricas inmediatamente ligadas con la acción política, como es el caso del marxismo, esta vinculación resulta históricamente clara: las preguntas revisionistas que la "Gran Depresión" de finales del siglo XIX planteaba a Bernstein; las que —con expresas huellas neokantianas— se formularía inmediatamente después Max Adler, colocando a la voluntad como un elemento de la causalidad social: los replanteos de Gramsci entre los años 20 y '30, para citar sólo algunos momentos cimeros a los que debería agregarse, por su impacto teórico, a la Escuela de Frankfurt, ejemplifican esa constante. Cada uno de esos casos, agrupables por el énfasis puesto en la necesidad de una ética voluntarista como fundamento de la política, han planteado —como bien lo recuerda Paggi (1983:9)— "el problema de los factores 'integrativos' de la sociedad moderna, orientándose hacia la crítica del modelo utilitarista de la economía clásica".

En otro campo teórico, la "reorientación del pensamiento social europeo" entre 1890 y 1930, analizada en el conocido libro de Stuart Hughes (1972), alude a esos mismos interrogantes que habrían de encontrar en el primer Parsons su fundamental plano de síntesis. El pasaje desde una teoría utilitarista de la acción —individual o colectiva— a una teoría voluntarista, horizonte dentro del cual pueden genéricamente colocarse estos intentos por superar una visión determinista de los comportamientos sociales (herencia de la tradición racionalista y positivista que funda al pensamiento social moderno), plantea una rica posibilidad para superar una visión de las conductas colectivas como respuesta a una situación "dada", concebida como metasocial. En el caso

del marxismo, esa reorientación surge como una oportunidad —no siempre utilizada, es cierto— de sobrepasar un esquema de la acción política prisionero de la dicotomía abstracta que separa a las "condiciones objetivas" de las "condiciones subjetivas". En esta dirección vale la iluminadora intuición de Gramsci (1975; II, 1416) cuando señala, en su crítica al *Manual* de Bujarin, que "objetivo quiere decir siempre 'humanamente objetivo', lo que puede corresponder en forma exacta a 'históricamente subjetivo'. O sea: que objetivo significaría 'universalmente subjetivo'".

En un artículo reciente, Lockwood ha resaltado las dificultades encontradas por el marxismo (a partir de algunos supuestos que se hallarían en el propio Marx) para resolver esta superación del enfoque utilitarista (Lockwood, 1981). Desde ya que si eso es cierto, no lo es menos que el pensamiento sociológico tampoco ha podido superar las trampas del reduccionismo funcionalista —tan simplificador como la vulgata marxista— como lo demuestran las dificultades en el pasaje desde una teoría de la acción a una teoría del sistema social, reveladas en la propia obra parsonsiana.¹

El punto es que, como lo ha señalado Habermas (1981: 203), "sistema y mundo vital (acción) suponen paradigmas distintos; cómo pueden acoplarse mutuamente los conceptos fundamentales de la teoría de los sistemas y los de la teoría de la acción es, por tanto, un problema que ocupa a la sociología desde sus comienzos, la cual tan sólo ha encontrado hasta ahora soluciones controvertidas". En un extremo podría colocarse hoy, la respuesta de Niklas Luhmann: disolver a la teoría de la acción, dados sus fundamentos humanísticos, moralistas y subjetivos, en una teoría de los sistemas complejos (Luhmann, 1973). Otra actitud, opuesta, busca colocar al problema de la acción colectiva como una construcción social, contingente, constituida como un sistema de poder y no como un fenómeno natural. En pala-

bras de Crozier y Friedberg (1977), el modelo de inspiración cibernetica que alimenta al análisis sistémico permite "esquivar el verdadero debate y evita sacar todas las consecuencias del carácter irreductiblemente indeterminado, es decir político, de los sistemas sociales." Lo que Crozier y Friedberg buscan subrayar en ese texto es un principio analítico que nos gustaría destacar como punto de partida: el carácter artificial de la acción organizada, irreductible a la fatalidad determinista, así como la centralidad de las relaciones de poder en toda estructura de acción colectiva. Todo lo constituido socialmente (la familia, las iglesias, la escuela, el Estado, la ciencia, etc.) es siempre contingente; no descansa sobre ninguna "necesidad" transhistórica o metacultural sino sobre una relación de fuerzas.

En esta dimensión, el análisis de la(s) crisis adquiere otro sentido. A partir de la definición de Lockwood (1964), recuperada por Habermas (1975) que distingue analíticamente entre procesos de *integración sistémica* y procesos de *integración social*, el tema de las relaciones entre "actor" y "situación" (como replanteo de la dicotomía entre "individuo" y "sociedad" que está en la base de la sociología clásica) puede ser redefinido. En tal sentido, un concepto de crisis debe conectar ambas dimensiones. Si la crisis sistémica alude a la pérdida de la capacidad de control sobre la complejidad del ambiente, la crisis de integración social ataca "la estabilidad de los sistemas sociales conseguida por medio del consenso en los valores y del reconocimiento de las normas de acción" (Habermas, 1981: 203). En ese caso, cuando la crisis se instala en el "mundo vital", adquiere una productividad particular, como brusca iluminación de la artificialidad de la acción colectiva.

La crisis "produce": se convierte en factor "proyectual", aparece como "proyecto político" y como resultante del conflicto entre proyectos políticos" (Cacciari, 1981: 236). La necesidad de definir o redefinir sentidos de la acción y de las entidades colectivas, hace de toda crisis de integración social un momento de explosión de la subjetividad.

La crisis, en ese caso, opera haciendo estallar la percepción reificada de las relaciones sociales como actualización de "intereses" predefinidos y estables. La pérdida de transparencia de las relaciones, sean ellas de cooperación o de conflicto, la emergencia de nuevos intereses y metas, ilumina la idea de la "artificialidad" de los vínculos sociales, de su carácter no natural, de la necesidad de una construcción intersubjetiva de los mismos.

Esa reivindicación de lo construido sobre lo dado hace explotar los roles preexistentes, abriendo el paso a un proceso de diferenciación que se eleva en círculos de creciente complejidad social. En la medida en que la crisis es de diferenciación, realimenta la emergencia de nuevos sujetos portadores de nuevas identidades, que superan el velo de silencio social en que habían sido colocados: el mundo de las *ciudadanías* se disgrega y se complica.

Identidades que aparecían subsumidas en un centro articulador ("la clase", por ejemplo, o "la nación", para nom-

brar a los dos grandes principios articuladores de lo moderno) se fragmentan de manera múltiple a partir de sucesivas escisiones (razas, etnias, sexos, edades, categorías en la división del trabajo) o se reagrupan a través de nuevos "temas de convocatoria" generadores de demandas nuevas de consumo social: nueva relación humana con la naturaleza, por ejemplo. Desde trincheras de marginalidad, la diferenciación ataca a los centros de agregación. Es la "rebelión del coro" (Nun, 1984) que deconstituye súbitamente antiguas identidades y constituye nuevas.

Si una dimensión de la crisis es la multiplicación de los particularismos —en la bella expresión de Gramsci (1975: III, 1808), "elementos sociales de un nuevo grupo que precedentemente no tenían la palabra en la escena y que por el sólo hecho de unirse modifican la estructura política de la sociedad"— la otra, simultánea con la anterior hasta formar con ella un solo movimiento, es la que agrupa a los intentos por recomponer la escisión a través de la jerarquización y subordinación de algunas demandas-roles frente a otros.

En esta operación participan, a través de élites que proyectan el sentido del "buen orden", tanto los grupos dominantes cuanto los dominados. Ambos movimientos suelen compartir una misma definición de la crisis como "función meramente negativo-disruptiva con respecto a los equilibrios o 'leyes' del sistema" (Cacciari, 1981, 235). Para la visión conservadora, se plantea la necesidad de un retorno al compromiso anterior o la instauración transformista de un nuevo equilibrio. Crisis equivale a disfunción. La visión revolucionaria clásica no escapa a estos límites; la crisis expresa (y anuncia) la insostenibilidad del sistema y las condiciones de su "superación dialéctica". "En ambas, la caracterización de la crisis sigue siendo 'negativa'; en la segunda, en ciertos aspectos, este carácter es incluso enfatizado: no sólo la crisis bloquea el desarrollo 'natural' del sistema sino que constituye una especie de continuo *memento mori* del mismo" (Cacciari, *ibidem*).

Así, el proyecto anticrisis del autoritarismo liberal-conservador coloca su núcleo, como tentativa de retorno a la Unidad del Poder, en una reestructuración simultánea de identidades en el individuo atomizado y en intermediaciones como el Mercado y el Estado, tratando de remarcar la distinción entre un espacio privado y un espacio público: el primero como un archipiélago formado por multitud de intereses sólo vinculados por una ética utilitarista; el segundo como una unidad externa que ordena los intercambios y fija normas "técnicas", "neutrales", que aseguran el compromiso social.

A su vez, los grupos dominados viven durante la crisis la tensión entre centralización y autonomía; entre la expansión de los movimientos sociales y su uniformación en los movimientos políticos. La institución centralizadora difiere, pero comparte la característica de estar pre-constituida: el "pueblo-nación" agregado en el Estado-Movimiento (visión populista); la "clase obrera" agregada en el Estado-Partido (visión del socialismo autoritario).

ICARIA

REVISTA DE CRITICA Y CULTURA



Director
Emilio J. Corbière

Relación especular: *Individuo-Estado* en el liberalismo autoritario; *Pueblo-Estado* en el populismo autoritario; *Clase-Estado* en el socialismo autoritario. Tres relaciones simples como diagnóstico y resolución de la crisis social, que tienden a reducirla a un sólo factor substancial y que, para analizarla, se sitúan fuera de su productividad particular colocando, como garante de la recomposición, a algún ordenador exterior: Mercado, Nación, Partido.

Pero, por el contrario, la crisis debe ser leída como construcción, como positividad, como productividad; ella desnuda la falsedad de un mundo "natural" y replantea la imagen de la sociedad como lo que realmente es: un producto "artificial", una sucesión de opciones cuyo resultado está abierto. La crisis desplaza la "objetividad" en favor de la "subjetividad": produce actores y proyectos.

Al escapar de una aprehensión de la historia como si fuera naturaleza y abrir las puertas de la elección entre alternativas, la crisis produce una recuperación de las preguntas de la ética, en tanto hombres y grupos buscan una fundamentación a sus proyectos. ¿Por qué y en qué condiciones es preferible el orden a la anarquía?, la pregunta central de la filosofía política, reaparece siempre —aunque fuere tácitamente— en las situaciones de crisis. Y si bien los "proyectos" no son producto sino causa de la crisis, ello no los exime de diseñar la construcción de un orden, de superar la amenaza de la entropía. Es que ella es intolerable: sólo puede ser aceptada si se la entiende como escalón hacia el orden, hacia la construcción de una nueva situación. El plano en el que el discurso de la crisis social y el discurso de la democracia se articulan es, precisamente, éste: el del diseño de una *re-fundación* que mantenga la hipótesis del descentramiento, que no subsuma el orden futuro a algún principio único, anterior e independiente de las relaciones sociales; *constituyente* pero no *constituido*.

La única metáfora fundadora de un orden político democrático a la altura de la diversidad de los proyectos que en su estallido constituyen la crisis, es la clásica: la del *pacto*. En esta dirección, la democracia se coloca, rigurosamente, como una utopía. Pero no como una utopía de sociedad perfecta, transparente, sino como una utopía de conflictos, de tensiones y de reglas para procesarlos. En eso consiste el orden democrático, como esfera autónoma, irreductible a la esfera económica-social, aunque pueda predicarse una mayor afinidad entre ciertos órdenes económico-sociales y la democracia. Pero la relación no es necesaria sino contingente.

Volveremos sobre esta noción de pacto democrático. Desde el horizonte de la crisis social (y no meramente sistémica) que caracteriza a la época, y colocados en este plano que busca fundar éticamente una decisión entre alternativas, pensamos que una visión de la modernidad ubicada en el interior de sus tensiones y deudora, por lo tanto, de su carácter productivo (y no sólo negativo) debería necesariamente salvar la multiplicación de actores, la explosión de subjetividad que la constituye. Se trataría de no bregar, como lo hacen los discursos autoritarios de todo signo, por

una drástica recomposición de la fragmentación, por un retorno, desde arriba, a la unidad absoluta del Poder en nombre de un principio ordenador simple reificado en el Estado. Parece obvio que cualquier concepción que privilegie a la guerra sobre la política tendrá una afinidad mayor con proyectos que aspiren a una rápida centralización de los múltiples sujetos en el Sujeto omnicompreensivo.

Frente a una visión naturalista, substancialista, teleológica, optimista y finalmente autoritaria de la relación entre crisis y orden, queremos proponer otras miradas: la de una redefinición de la democracia como alternativa que puede ser propuesta desde el interior de la crisis social. Redefinición, decimos, en tanto ella debería superar su imagen elitista de mera "técnica" del poder y la otra, inversa, de "substancia" que se funda en otro lugar (el de la justicia, por ejemplo) y de allí *deriva* a la esfera de las relaciones políticas, *necesariamente*. Como hipótesis de trabajo la democracia será, para nosotros, a la vez "forma" y "substancia", "forma política" y "substancia humana"; articulación a construir entre cierto tipo de procedimiento y ciertos fines éticos, en una relación de mutua justificación.

II. La política entre la guerra y el rito

En este punto parece útil referirse a la conocida distinción de J. Searle entre *reglas normativas* y *reglas constitutivas*. Como se sabe, las reglas normativas son aquellas que rigen "una actividad preexistente, una actividad cuya existencia es lógicamente independiente de las reglas". En términos sencillos, se trata de normas que prescriben la manera correcta, adecuada, en que debe llevarse a cabo una determinada acción que, desde el punto de vista lógico, preexiste a dichas normas y, por tanto, *no es definida por ellas*. Por ejemplo, las reglas que estipulan cuáles son los cambios ventajosos de piezas en el ajedrez suministran a quien las conozca una valiosa ayuda para desempeñarse bien en ese juego, pero de ningún modo forman parte de la definición de ajedrez. Prueba de ello es que se puede perfectamente jugar al ajedrez sin respetar esas normas.

Por el contrario, las reglas constitutivas "fundan (y también rigen) una actividad cuya existencia depende lógicamente de esas reglas"... "Ellas crean o definen nuevas formas de comportamiento. Las reglas del fútbol o del ajedrez... no dicen solamente cómo se juega al ajedrez o al fútbol sino que, por así decir, crean la posibilidad misma de jugar a esos juegos" (Searle: 72-73). Es por ello que las reglas constitutivas son a menudo enunciadas por medio de fórmulas análogas a las de una definición analítica o una convención terminológica (Searle: 73-74).

En nuestra opinión, tanto esta noción de reglas constitutivas, como la distinción entre dichas reglas y las normativas merecen atención en la medida en que aportan elementos útiles para reflexionar sobre aspectos importantes de ese tipo peculiar de actividad —y quizás de juego— que es la política. Yendo directamente al fondo de la cuestión, nuestra hipótesis es que *para captar el sentido de lo político es*

COLEGIO ARGENTINO DE FILOSOFÍA (C. A. F.)

Profesores responsables: Tomás Abraham, Enrique Marí, Alejandro Russovich y Oscar Terán.

Primer ciclo: La filosofía en sus problemas

El poder: La filosofía entre el diálogo y la guerra.
Sus relaciones con el saber.

La razón: Formas conciencia-sustancia-razón-sujeto. Spinoza. Hegel.

El sujeto: Muerte y escisión de la figura Dios-

Hombre. Nietzsche, Marx, Freud.

La existencia. Conciencia y libertad. Heidegger, Sartre.

El conocimiento. Epistemología. El modelo científico. Popper. Wittgenstein.

El deseo. Problemática del deseo e historia de la sexualidad. Hegel. Schopenhauer. Lacan. Foucault.

Informes e inscripciones en Paraná 774 (1º B),
teléfono: 44-2838, de 15 a 20 hs.



preciso concebir a la acción política como una especie de juego colectivo basado en un sistema de reglas constitutivas.²

Antes de proseguir, anticipémonos a una posible objeción: "muy a menudo —se nos dirá—, y particularmente en las situaciones de crisis, las reglas constitutivas, lejos de ser un espacio neutro y predefinido dentro de cuyos límites se desplegaría la acción política, son *aquello mismo que está en juego* en dicha acción. Con otras palabras, en muchas situaciones las luchas políticas son esencialmente luchas por definir la política".

Por nuestra parte, admitiremos sin dificultad que el hecho señalado en esta objeción es indudablemente cierto —y pone de relieve esta capacidad "autorreferencial" de la política, que hace que a menudo ella se tome a sí misma por objeto. Esto, sin embargo, no invalida nuestra hipótesis. En efecto, como de algún modo se verá en lo que sigue, la circunstancia de que a veces la lucha política tenga por objeto la definición misma de la política, no implica en modo alguno que tal lucha se lleve a cabo al margen de todo sistema de reglas constitutivas. El problema (y en ocasiones el drama) radica en el hecho de que, en ciertas situaciones, se debe luchar por el triunfo de tal o cual sistema de reglas del juego político apelando a recursos, estrategias y métodos propios de otro sistema de reglas, diferente e incluso antagónico respecto del que se busca implantar.³ Pero la existencia de este problema refuerza, lejos de cuestionar, la hipótesis de la cual hemos partido.

En lo que sigue trataremos de profundizar en esta línea de pensamiento. Para ello, hemos optado por un camino consistente en postular situaciones extremas, abiertamente excesivas, susceptibles de poner a prueba la fecundidad de dicha hipótesis y en tratar de determinar a qué tipo de conclusiones nos lleva el examen de esas situaciones.

Así pues, propondremos en primer lugar el caso hipotético de una sociedad casi anárquica, esto es, afectada por una extrema anomia política, donde, al mismo tiempo que la capacidad de gobierno se encuentra gravemente debilitada por obstáculos y bloqueos provenientes del funcionamiento mismo del sistema político, se verifica a nivel social una inusitada proliferación de conflictos de toda índole, cuya resolución —si ésta tiene lugar, lo que no siempre es el caso— pasa generalmente por el recurso cotidiano a las formas más agudas de la violencia y la represión abiertas.

Este primer tipo de situación, lejos de ser puramente imaginario, resultará por el contrario harto familiar a quienes han vivido los momentos previos al golpe de Estado de marzo de 1976 en Argentina (e incluso el acaecido en Chile

en setiembre de 1973). En efecto, al margen de las inevitables diferencias entre las dos situaciones históricas, los elementos "disruptivos" antes mencionados se hallaban presentes en ambas.

Plantearemos, en segundo lugar, el caso opuesto: el de una sociedad extremadamente ordenada e institucionalizada; una sociedad regida por un sistema político sólidamente implantado, en el cual los estados de anomia tiendan a cero, y donde la lucha político-social, si se manifiesta, lo haga bajo formas ostensiblemente amortiguadas por el peso de un orden instituido poco abierto al reconocimiento de pugnas y conflictos legítimos.

Este segundo tipo de situación tampoco es ficticio: en América latina, por ejemplo, México se acerca manifiestamente a ese modelo que, por lo demás, es también típico de algunos de los países socialistas.⁴

Dos situaciones extremas, pues; dos casos límites a propósito de los cuales nos interesa interrogarnos tomando como punto de referencia principal la pregunta siguiente: ¿qué concepción de la *praxis* política, y de la política *tout court* —en el sentido antes definido— orienta, de manera implícita o explícita, a cada uno de esos modelos? Ahora bien, a efectos de ofrecer una respuesta tentativa a ese interrogante es indispensable una breve digresión que, como se verá, retoma un punto expuesto al comienzo de este parágrafo.

Se trata de lo siguiente: cuando caracterizamos a la política como una suerte de juego colectivo basado en un sistema de reglas constitutivas, tuvimos cuidado de dejar abierta la posibilidad de la existencia —en el marco de esas reglas constitutivas— de uno a varios conjuntos de reglas *normativas* específicas. Con otras palabras, no excluimos la posibilidad de que, en una cierta forma particular de ejercicio del juego político, existieran al mismo tiempo una distinción y una distancia reconocidas entre reglas constitutivas y reglas normativas.⁵

A partir de esta indicación, retomemos las dos situaciones ("anomia" vs. "orden") antes definidas. Diremos entonces que esas dos situaciones poseen algo esencial en común, a saber, la *propensión, más o menos acabada según los casos, a anular la distancia, a borrar la diferencia, entre reglas constitutivas y reglas normativas*.

Esta propensión se manifiesta de dos maneras, que corresponden respectivamente a cada uno de los casos descritos. Esto es: o bien se planteará que las reglas constitutivas instituidas en un sistema político determinado son al mismo tiempo e indisolublemente las reglas normativas de toda acción política legítima o bien, a la inversa, un subconjunto



X de actores políticos de una sociedad dada postulará que sus propias reglas normativas (aquellas a las que dicho subconjunto adhiere) son al mismo tiempo e indisolublemente las reglas constitutivas de lo político como tal.

Esta última alternativa es la que prevalece en lo que hemos llamado situación de anomia: cada subconjunto políticamente definido de agentes sociales excluirá fuera de la política a todo aquel que se oponga a sus planteos y, por lo mismo, definirá de hecho a la política en términos de una *proyección universalizante de sus propias reglas normativas*. Los adversarios serán automáticamente calificados como enemigos y expulsados, real o simbólicamente, del campo político.

Algo semejante ocurre en la situación que hemos denominado "ordenada". En efecto, también en este caso todo actor individual o colectivo que pretenda afirmar posiciones propias y diferenciadas, que se atreva a manifestar públicamente su disenso o, peor aún, que cuestione la validez de las reglas instituidas, será igualmente excluido de la acción política legítima.⁶

Existe sin embargo una diferencia entre ambas situaciones. Esta diferencia radica en el hecho de que, mientras que en la sociedad "anómica" la identificación entre las reglas normativas y las constitutivas es, por así decir, la obra de los actores políticos (y "se orienta" de las primeras a las segundas), en la sociedad "ordenada" dicha identificación está directamente inscrita en el *sistema institucional* (con otras palabras, es ella misma una regla constitutiva de ese sistema). De allí la abundancia de antagonismos abiertos en el primer caso y su escasa frecuencia en el segundo.

Dicho esto, ¿cuáles son —nos preguntaremos— los modelos de estos modelos? Dicho de otro modo, ¿en qué tipo de *analogon* imaginario se inspiran, en último término, estas dos concepciones opuestas de la política? Nuevamente, sin perjuicio de desarrollarla posteriormente, anunciaremos sin rodeos nuestra posición sobre el particular. A saber: en el caso de la sociedad "anómica" prevalece la tendencia a reducir la política a la guerra; en el de la sociedad "ordenada", a asimilarla al rito. En términos más explícitos, y además relacionados con lo expuesto al comienzo de este parágrafo, en ambas situaciones se trata de la práctica de "una especie de juego colectivo, basado en un sistema de reglas constitutivas"; sólo que en uno y otro caso tales reglas han sido desplazadas de sus jurisdicciones originarias y "trasladadas" al campo político, para servir allí de modelo. Así pues, la guerra en el primer caso y el rito en el segundo, serán los puntos de referencia privilegiados a partir de los cuales se establecerá el sistema de reglas que habrá

de regir (y por tanto de definir) el ejercicio de la política en cada tipo de sociedad.

Es tiempo ya de abandonar el lenguaje descriptivo y preguntarse directamente sobre la pertinencia de cada una de estas concepciones. Así pues, en los párrafos que siguen, se intentará establecer no sólo qué supuestos conllevan y a qué conclusiones conducen tales concepciones, sino también cuáles son sus eventuales virtudes y sus falencias.

En primer lugar, la concepción de la política como guerra. Definir la política en términos de guerra es una vieja tentación periódicamente renovada por los teóricos de lo político y de lo militar. La penúltima versión de esta doctrina, aún vigente en algunos sectores de la izquierda, ha sido asociada —como veremos, no sin alguna parcialidad— al nombre del recientemente fallecido Michel Foucault. Se nos permitirá detenernos sobre este último punto, ya que —como procuraremos mostrarlo— su esclarecimiento permite iluminar algunos aspectos que desbordan ampliamente el plano de la mera exégesis.

En primer lugar, es cierto que en algunos textos más o menos recientes Foucault insiste sobre la posibilidad, o quizás la necesidad, de (re)pensar la política con arreglo a las categorías de la guerra. Alude en particular a la conveniencia de invertir el clásico apotegma de Clausewitz y afirmar, entonces, que la política "es la guerra continuada con otros medios". De acuerdo con esta línea de pensamiento, "el poder político —según Foucault— tendría el papel de reinscribir, perpetuamente, esa relación de fuerza mediante una especie de guerra silenciosa, de inscribirla en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, en fin, en los cuerpos de unos y otros". Asimismo, "la vuelta dada al aforismo de Clausewitz quiere decir... que la decisión final no puede provenir más que de la guerra, de una prueba de fuerza en la que, por fin, las armas serán los jueces. La última batalla sería el fin de la política, sólo la última batalla suspendería, pues, indefinidamente el ejercicio del poder como guerra continua" (Foucault, 1978: 136).

Naturalmente, hubo quienes hallaron en estos, y otros, párrafos de Foucault una prestigiosa confirmación de sus propios puntos de vista teóricos y políticos. Es, en efecto, indudable que en ellos Foucault invita sin ambigüedad a concebir la política con arreglo al modelo de la guerra.

Por nuestra parte, sin embargo, pensamos que una lectura menos urgida por convicciones previas no extraería con tanta prisa la conclusión de que Foucault defiende abiertamente la tesis según la cual existe equivalencia entre política y guerra. En alguno de sus textos, Foucault, aunque reconoce que una parte de su enseñanza se ha inclinado hacia el plan-

teo de dicha equivalencia, no deja de advertir que, en su opinión, dicho planteo debería ser revisado y transformado y que sus nociones básicas —justamente las de represión y de guerra— deberían en el límite ser dejadas de lado.⁷

Con estas acotaciones, que ponen límites a fórmulas demasiado taxativas, Foucault es quizás más consecuente de lo que se cree con puntos de vista que, en algún momento, fueron explícitamente los suyos. Así por ejemplo, en un artículo publicado en 1963, Foucault aludía ya, siquiera sea implícitamente, a esos tópicos (el lenguaje, la muerte, la violencia, el poder) que habrían de volver de manera recurrente en sus trabajos hasta convertirse en la preocupación casi exclusiva de su investigación.

En ese artículo Foucault no habla en términos explícitos de política; pero habla en cambio, de esos dos registros vecinos a la política (y vecinos el uno al otro) que son el lenguaje y la muerte. Su punto de partida es el examen de ciertas "obsesiones" que marcan, indeleble pero también insistentemente, a determinadas expresiones del género narrativo —por lo demás, temporal y culturalmente muy distintas unas de otras—. Y acuerda especial atención a una de esas expresiones: la del relato que se autoconcibe como tentativa de detener la muerte, de ponerle una barrera o aplazarla indefinidamente. Aquello que le interesa en esas narraciones no es en modo alguno denunciar lo falso o lo "ilusorio" de dicha tentativa, sino al contrario poner de relieve el núcleo de verdad que ella alberga. Para decirlo con palabras del autor, esas ficciones exponen, es decir, sacan a la luz "ese espacio cercano a la muerte, pero erigido contra ella, donde el relato encuentra su lugar" (Foucault, 1963: 44).

No obstante, el propio Foucault recuerda en dicho artículo que tal espacio no es privativo de ese tipo particular de discurso que es la narración; por el contrario, el mérito de los relatos que analiza consiste justamente en poner de manifiesto una virtualidad inherente por principio al lenguaje como tal. Podemos entonces permitirnos, sin traicionar el texto de Foucault, proceder a una primera reescritura de la frase antes citada y hablar de "ese espacio cercano a la muerte, pero erigido contra ella, donde el lenguaje encuentra su lugar".

Ahora bien, esa primera sustitución anticipa otra, largamente anunciada en la argumentación precedente: la de la palabra "lenguaje" por la palabra "política". En lo que sigue trataremos de dar las razones de este recambio.

La relación de vecindad entre el lenguaje y la muerte, evocada por Foucault, es —además de un tópico recurrente en la literatura y uno de los temas centrales del psicoanálisis— también una experiencia de la vida cotidiana. Por ejemplo, relación de vecindad jurídica, allí donde la muerte de alguien ha tenido como condición previa la enunciación —por quien de derecho está habilitado para hacerlo— de la condena a morir de ese alguien; asimismo, relación de vecindad inscrita en ciertas prácticas institucionalizadas, como aquellas que, según D. Sudnow, rigen en hospitales de Estados Unidos (y no sólo en ellos): es de hecho el lenguaje de la institución hospitalaria el que constituye a un individuo en "muerto". Suele incluso suceder que un individuo "definido" como muerto no esté (o no esté aún) muerto en términos biológicos.⁸

Mucho más clara aún es la relación que liga la muerte a la política. No hemos de extendernos sobre este punto, ya abordado párrafos más arriba. Sólo recordaremos que la variada y siniestra gama que va desde el asesinato del individuo definido políticamente como enemigo hasta la guerra y las matanzas colectivas prueba más que fehacientemente la existencia de ese vínculo.

Vecindad, pues, del lenguaje y la política con la muerte; a su manera, la concepción de la política como guerra es expresión de esa vecindad y, por lo mismo, alude a ella *no sin alguna pertinencia*. Es más: imposible negar que, harto frecuentemente, la endeble distancia que separa al lenguaje y a la política de la violencia desaparece, de modo tal que la guerra emerge como forma dominante o única de la ac-

ción política.⁹ En tales casos, la proximidad "se precipita" en equivalencia.

Pero, reconocido esto, ¿estamos por ello obligados a trastocar una verdad de hecho en una verdad de razón? Por admitir que la política ha asumido a menudo, perversa o heroicamente, la forma de la guerra, ¿debemos concluir que la guerra es la única Verdad, audible o silenciosa, de la política? ¿No habría lugar para ninguna otra posibilidad? ¿No cabría, en particular, la posibilidad de una política pensada, instituida, practicada como afirmación permanente de una diferencia con respecto a la violencia, la guerra, la muerte?

En su artículo de 1963 Foucault mostraba ya que esa posibilidad se realizaba de hecho en un cierto tipo de lenguaje. Debe entonces poder realizarse también en un cierto tipo de política, a saber, en aquella política que se sitúa en la misma posición que ese tipo de lenguaje mantiene con la violencia, la guerra y la muerte. Una política que de algún modo sea idéntica, en su funcionamiento, a ese lenguaje.

Quizás sea posible aclarar estas reflexiones por medio de una parábola. Esto es: llamaremos *político*, en el sentido que acabamos de indicar, al "método" puesto en práctica por la heroína del relato central de *Las Mil y Una Noches*, Scheherezada, en la medida en que logra aplazar indefinidamente no sólo su propia muerte, sino también la de quienes habrían sido sus sucesoras cotidianas, gracias a una "estrategia" basada por entero en el lenguaje: narrar durante innumerables noches al Rey —es decir, al investido de poder— una historia inconclusa que bien podríamos llamar doblemente diferente.

Esta línea de reflexión —que asumimos— hace posible concebir a la política en los términos de una proximidad real que, de todos modos, insiste en afirmarse como distancia, como la persistencia amenazada, frágil, pero también obstinada de un "más acá" de la muerte, de una terca negación a ver en la eliminación del otro y en la guerra una manera adecuada y virtuosa de resolver las diferencias. Un "más acá" y una negación que pueden ser, pero no necesariamente *deben* ser, antecelas de la muerte y de la guerra.¹⁰ Por cierto, hay que hacerse cargo del hecho de que los conflictos políticos pueden revestir —y de hecho han revestido a menudo— la forma de la guerra *tout court*. Pero nada autoriza a inferir de allí que los conceptos de política y de guerra sean, en primera o última instancia, equivalentes.

Señalamos antes que la identificación de la política con la guerra era errónea pero no arbitraria. Su error consistía en hipostasiar injustificadamente una dimensión —la del conflicto— que, por cierto, es consustancial al ejercicio de toda política (cualquiera sea la forma que ésta asuma). Algo semejante cabe decir de quienes conciben, mucho más en la práctica que en la teoría, la política en términos de ritual. En este caso el rito, como en el anterior la guerra, sería "la política continuada por otros medios".

También aquí es preciso distinguir lo que, para quienes adoptan esa concepción, se presenta como idéntico. En efecto, una cosa es reconocer, tanto en la acción como en las instituciones políticas, una dimensión ritualista, en su doble carácter de actualización ceremonial de identidades colectivas y de reafirmación de un orden subjetivamente prescriptivo, y otra cosa muy distinta es reducir la política a esa dimensión.

Quizás haya quienes entiendan que esta versión es más plausible, o menos condenable, que la anterior. Al fin y al cabo, el orden es preferible a la anarquía, el cosmos al caos. Una política que tendiera a identificarse con el rito no sería otra cosa que una política *excesivamente* inclinada a privilegiar el orden; ahora bien, como suele decirse, siempre es menos malo pecar por exceso que por defecto.

Sucede sin embargo que esta opinión —que para algunos, cansados del sonido y la furia de enfrentamientos inútiles, es también una esperanza— no condice con los hechos. Es que la muerte del otro, aparentemente exorcizada, sigue estando presente en esta concepción de la política como ritual. Y ello por razones que, en lo esencial, ya fueron indi-

cadadas más atrás, a saber, por la imposibilidad —inherente a este enfoque— de concebir el conflicto, y por tanto el disenso, más que en términos de un exterior ilegítimo de la política. Toda lucha, todo antagonismo reales son, para esta concepción, literalmente aberrantes: quien los provoca no merece otra cosa que ser eliminado del campo político.

Pero es también otra forma de muerte la que es inducida por esta concepción ritualizante de la política; muerte, diremos, de la política como creación autónoma de nuevas formas sociales, como producción y renovación de las sociedades por obra de ellas mismas; o bien, visto el problema desde su lado negativo, instauración de la política como automatismo de repetición. Y hoy podemos entrever, Freud mediante, cuán afín a la muerte es ese automatismo.¹¹

III. Conclusión: la hipótesis del pacto democrático

Antes de proseguir, recapitularemos brevemente los principales puntos desarrollados en el párrafo anterior. Habiendo partido de la distinción de Searle entre reglas constitutivas y reglas normativas y propuesto, conforme a ella, una cierta caracterización de la política como un juego plural basado en un sistema de reglas constitutivas, intentamos explorar esta hipótesis tomando como punto de referencia dos casos opuestos de funcionamiento político (la sociedad "anómica" y la sociedad "ordenada"). El examen de cada uno de esos casos nos condujo a las conclusiones siguientes:

1) En primer lugar, que, a pesar de las características polarmente expuestas de las situaciones analizadas, ambas poseían un rasgo importante en común: la tendencia a abolir la diferencia entre reglas constitutivas y reglas normativas, ya sea porque (caso de la situación "anómica") cada actor colectivo definía sus propias reglas normativas como las reglas constitutivas del juego político legítimo, ya porque (caso de la sociedad "ordenada") el sistema institucional identificaba sus propias reglas constitutivas con las reglas normativas de toda política.

2) En segundo lugar, que ese rasgo importante en común no era óbice para que persistiera entre ambas situaciones una diferencia no menos importante, diferencia consistente en el hecho de que mientras que la sociedad anómica pone en obra una concepción de la política traducible en última instancia en la ecuación "política = guerra", la sociedad ordenada tiende por el contrario a identificar la política al rito. El resultado, de todos modos, es en ambos casos el mismo: la exclusión del disidente, del adversario, de toda forma de alteridad real fuera del campo de la acción política reconocida como legítima.

Dicho esto, lo que nos interesa subrayar aquí son los corolarios críticos que extrajimos de esas conclusiones. En ese sentido, aquello que a contrario nos muestran los ejemplos, apenas ficticios, de las situaciones "anómica" y "ordenada" es que la política, como tipo de acción y como campo institucional, sólo adquiere sentido en la medida en que las relaciones entre los actores no operan conforme a un consenso total o una guerra total. Esto es, integración absoluta y fragmentación absoluta son, desde el punto de vista político, casos límites, cercanos al sinsentido.

Dicho de otro modo, la política —con el contenido que hemos tratado de promover en este artículo— sólo es pensable sobre la base de concebir a la sociedad como un esquema mixto de cooperación y de conflicto (Vega: 26). La acción política comprende, por ello, dos dimensiones: es, por un lado, lucha por cuestiones que los sujetos definen como sustanciales; y es, por otro, la forma institucional convenida para solucionar esas luchas. A la vez, entonces, conflicto y orden: disenso y acuerdo.

No es difícil detectar, en el fundamento de esa doble dimensión, aquella distinción, que nos sirviera de punto de partida, entre reglas normativas y reglas constitutivas: las primeras, en la medida en que remiten a posiciones y tomas de partido respecto a la buena ejecución de una actividad predefinida, son susceptibles de desplegarse en múltiples sis-

temas divergentes e incluso opuestos; las segundas, en cambio, definen el horizonte dentro del cual se procesan, y llegado el caso se resuelven, esas diferencias.

De lo cual se infiere que, para que la acción política pueda asumir realmente ese sentido pleno que aquí le hemos acordado, la sociedad y, en particular, el sistema político, deben ser capaces de garantizar el cumplimiento de dos condiciones básicas:

a) la existencia de una clara distinción entre reglas constitutivas y reglas normativas de la acción política y la afirmación, igualmente clara, de su mutua irreductibilidad;

b) el reconocimiento, instituido bajo forma de regla constitutiva, del derecho legítimo a la existencia de una pluralidad de reglas normativas específicas.

El carácter abstracto y aparentemente formal del enunciado de esas condiciones no debe llamar a engaño. Se trata en realidad de condiciones sustantivas, sólo susceptibles de ser satisfechas allí donde exista, si no una cultura, al menos una voluntad democrática sólidamente enraizada en los actores sociales.

Es en las situaciones de crisis cuando esa voluntad se pone a prueba, puesto que debe responder a un doble desafío: por una parte, reconstruir el espacio de juego político y, por otra, hacerse cargo, en esa reconstrucción, de las nuevas problemáticas producidas por la crisis. Ya nos hemos referido a este punto al comienzo de este artículo: cuestionamiento de viejas identidades, emergencia de nuevos sujetos, constitución de lo social con arreglo a una nueva, y har-to más compleja, morfología.

Ocurre sin embargo —y no hay en esto paradoja alguna— que es la misma complejidad del problema lo que hace concebible (aunque no por fuerza necesaria) su superación. Con la crisis han sucumbido certezas y, por así decir, se han liberado nuevos interrogantes; se ha cuestionado no sólo la centralidad atribuida a ciertos sujetos sociales (el proletariado, la nación, etc.), sino la idea misma de centralidad. Junto a la eclosión de la diversidad se verifica de más en más la obsolescencia de los mesianismos.

Esta nueva situación abre el camino para que la autoafirmación de los nuevos sujetos pueda asumir la forma de una reivindicación "igualitarista" de la diferencia, lo cual, además de descalificar cualquier postulación de un Sujeto privilegiado, torna concebible el establecimiento de otra forma de relación entre los actores sociales.

Pensamos que es justamente aquí donde cabe rescatar la idea de pacto democrático, esto es, de un compromiso que, respetando la especificidad de los movimientos sociales, delimite un marco global compartido dentro del cual los conflictos puedan desenvolverse sin desembocar en la anarquía y las diferencias coexistan sin disolverse. En todo caso, el modelo del pacto aparece en el mundo moderno como el único esquema de referencia que permite conciliar la existencia de una pluralidad, potencialmente conflictiva, de sujetos sociales, con un principio ordenador que intermedie en las oposiciones sin anularlas y haga valer los requerimientos de cooperación necesarios para la convivencia social.¹²

Pero no basta, por supuesto, con que el pacto democrático sea posible para que adquiera realidad. Hace falta todavía que los sujetos sociales lo asuman como propio y, por lo tanto, que asuman la necesidad de proyectarse más allá del horizonte de sus particularismos reivindicativos y acuerden prioridad a la construcción de un orden colectivo vinculante.

Lo que equivale a decir que entre las condiciones de instrumentación del pacto democrático figura una dimensión ética insoslayable. En primer lugar, porque se trata de un pacto, es decir, de un compromiso que requiere forzosa-mente un cierto grado de autolimitación de los actores sociales —tema éste que, como vimos al comienzo, ningún modelo utilitarista es capaz de captar adecuadamente. En segundo lugar, porque se trata de un pacto democrático, esto es, de un modo político de convivencia que supone reconocer al Otro, en su diferencia misma, como un semejante cuyos derechos y cuya autonomía son valores intangi-

bles; que supone, asimismo, rehusarse a aceptar ninguna instancia (llámese clase, vanguardia, partido, etc.) ni como absoluta, ni como central, ni como depositaria de "misión histórica" alguna: que supone, en fin, que si algo como la verdad existe en el campo de la política, ningún sitio le está *a priori* reservado en su interior: en el mejor de los casos, la verdad se manifiesta allí bajo las formas del desplazamiento y la alternancia, de las respuestas fragmentarias, de las síntesis provisionales —válidas en tanto se asuman como provisionales—.

Por supuesto, nada garantiza la necesidad histórica de tal pacto ni de la democracia como modo de relación entre los hombres. Pero su existencia o inexistencia futuras tampoco serán meros productos del azar. Entre la geometría y el caos históricos, hay lugar para la elucidación y la responsabilidad.

Notas

¹ La mayor similitud entre los *approaches* del funcionalismo normativo, a la Parsons, y del marxismo contemporáneo se da en una versión de éste, el estructuralismo de Althusser. Comenta Lockwood: "Aun cuando este último no puede ser comparado con el primero en términos de desarrollo analítico, existe una indudable correspondencia entre el concepto de Parsons sobre la 'jerarquía cibernética' de la acción, en la cual los valores tienen el rol de finalmente determinantes, y la noción althusseriana de totalidad social, compuesta de niveles o instantes *relativamente autónomos* y cuya unidad estructural se logra a través de la *determinación en última instancia* por la economía". (1981: 479)

² Sistema que, como veremos, no excluye la posibilidad de que existan varios subsistemas de reglas normativas específicas, es decir, de modos de caracterizar la "buena" política. Sobre las implicaciones de la noción de reglas constitutivas, ver Verón, 1973.

³ A veces, en efecto —y éste es sólo un ejemplo—, la única manera de defender consecuentemente los valores democráticos pasa por asumir la necesidad de la guerra.

⁴ Es el caso, entre otros, de países como Bulgaria, Rumania y Albania —para citar ejemplos que en otros planos difieren sensiblemente—. Pero *no es*, en cambio, el caso de Polonia.

⁵ El reconocimiento de esta distancia, así como la admisión explícita de una pluralidad de sistemas legítimos de reglas normativas, definen, como veremos, dos condiciones *sine qua non* de existencia de un régimen político democrático.

⁶ Esta última alternativa es claramente ilustrada por el caso de los disidentes soviéticos a quienes se confina en hospitales psiquiátricos. Tal confinamiento no significa por fuerza que el régimen considere a los disidentes como dementes: el objetivo real de este tipo de medidas represivas es más bien el de excluir a los disidentes del campo públicamente reconocido de la política. Entre la reclusión de un intelectual en esos hospitales y la brusca designación de un (ex) jerarca político como supervisor en una fábrica de atenuados en conserva la diferencia es importante, pero sólo de grado.

⁷ "...Creo que estas dos nociones de represión y de guerra deben ser reconsideradas, modificadas incluso, en último término abandonadas". (Foucault, 1978: 137)

⁸ Cf. David Sudnow: *Passing on. The social organization of dying*, N. J., Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1967 y Verón, 1973: 272.

⁹ Estas indicaciones no deben entenderse como una defensa del pacifismo "a cualquier precio". Ya hemos señalado que, en ciertas situaciones, la guerra es la única vía para defender un sistema o promover un proyecto democrático.

¹⁰ Sobre este punto cf. Rusconi, 1982 e Ingrao, 1984.

¹¹ Sea dicho de paso, en *Más allá del principio del placer*, Freud vincula la existencia en sociedad (de las células y también de los organismos) con la afirmación de las pulsiones de vida.

¹² Obviamente, el tema del pacto democrático debería ser objeto de un desarrollo mucho más amplio que el que aquí se le concede. Entre la importante bibliografía aparecida recientemente sobre dicho tema cabe citar, además de las obras, ya clásicas, de R. Nozick (*Anarchy, State and Utopia*, New York, 1974) y de J. Rawls (*Teoría de la justicia*, Madrid, 1979) —intentos ambos de reactualización del contractualismo clásico— los siguientes autores: Salvatore Veca, *La società giusta*, Milán, 1982; N. Lechner, *Revolución o ruptura pactada* (mimeo), Chile, 1983 y *Sobre el consenso* (mimeo), Chile, 1983; A. Flitisch, *El fundamento racional de la acción y la libertad del otro*, en Guillermo Hoyos (ed.), *El sujeto como objeto de las ciencias sociales*, Bogotá, 1982; J. C. Portantiero, *La democratización del Estado*, Centro de Economía Transnacional, Buenos Aires, 1984. Para una aplicación de este enfoque a un caso concreto cf. José María Maravall, *La política de la transición*, Madrid, 1981.

Referencias bibliográficas

- Cacciari, M.: "Transformación del Estado y proyecto político", en VVAA, *Teoría marxista de la política*, México, 1981.
- Crozier, M. y Friedberg, D.: *L'acteur et le système*, Paris, 1972.
- Foucault, M.: "Le langage à l'infini", en *Tel Quel*, Nro. 15, Seuil, 1963.
- Foucault, M.: *Microfísica del poder*, Las ediciones de la Piqueta, Madrid, 1978.
- Gramsci, A.: *Quaderni del Carcere*, Torino, 1975.
- Habermas, J.: *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, 1975.
- Habermas, J.: *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, 1981.
- Ingrao, P.: "Contra la reducción de la política a la guerra", en *Punto de Vista*, Nro. 20, mayo de 1984, Buenos Aires.
- Lockwood, D.: "Social integration and System integration", en G. K. Zolshan y W. Hirsch, *Exploration in Social Change*, Londres, 1964.
- Lockwood, D.: "The weakest link in the chain? Some comments on the marxist theory of action", en *Research in the Sociology of Work*, Vol. 1, 1981.
- Lüthmann, N.: *Ilustración Sociológica*, Buenos Aires, 1973.
- Nun, J.: "La Rebelión del Coro", en *Punto de Vista*, Nro. 20, Buenos Aires, mayo de 1984.
- Paggi, L.: "Il lampo del pensiero e le nuove soggettività", en *Rinascita*, Nro. 9, 4 de marzo de 1983.
- Rusconi, G.: "Minaccia. Comunicazione e agire strategico", en *Laboratorio Politico*, Nro. 4, Roma, 1982.
- Stuart Hughes, C.: *Conciencia y Sociedad*, Madrid, 1972.
- Veca, S.: *La società giusta*, Milán, 1982.
- Verón, E.: "Vers une 'logique naturelle des mondes sociaux'", en *Communications*, Nro. 20, Paris, 1973.

C.E.S.S.
CENTRO DE
ESTUDIOS
SANITARIOS
Y SOCIALES
Asociación Médica
de Rosario
España 401
Rosario
R. Argentina

CUADERNOS MEDICO SOCIALES N° 28

El problema del alcoholismo y la crisis del modelo médico hegemónico. Eduardo R. Menéndez

Medicalización y salud. José Augusto C. Barros

Psicogerontología. Elementos de juicio para formular una teoría. Ovide Menín

La investigación sobre el stress en la vida laboral de los países escandinavos. Bertil Gardell

Documentos: La formación de recursos humanos para la medicina en el año 2000. Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Autónoma de Santo Domingo

Oscar Terán

FOUCAULT: UNA GENEALOGIA DE LA MODERNIDAD



El anacronismo argentino ha realizado la paradoja nietzscheana: entre nosotros, efectivamente, "algunos hombres nacen póstumos". Este desfase desconcierta cuando se trata de evaluar algunos rasgos de este pensador de la diferencia desde una geografía donde el despotismo militar (pero no sólo) potenció la represión de esos "otros" —homosexuales, feministas, pacifistas, locos o simplemente "jóvenes"— que pueblan en medio de una mal disimulada hostilidad algunos modestos espacios reconocidos de nuestra sociedad. Pero además, ¿cómo entonar el discurso sobre la diseminación de los poderes, ante un Estado desmantelado y en el seno de una tradición que bascula entre la tentación autoritaria y el pluralismo corporativizado? ¿Cómo hacer, en una palabra, para hablar de la otredad desde un país cuyo culto de lo Mismo es tan evidente y cuyas manifestaciones de ingobernabilidad, tan recurrentes?

Una traducción tentativa consiste en colocar al indudable "Foucault de los encierros" en el interior de una reflexión sobre la modernidad, tal como él mismo se encuadraba al comentar durante 1983 el célebre texto de Kant titulado *¿Qué es la Ilustración?* Sostenía allí que el pensamiento kantiano inauguró las dos grandes tradiciones críticas entre las que se divide la filosofía moderna: una analítica de la verdad y una ontología del presente. "Es esta forma de filosofía la que, de Hegel a la Escuela de Frankfurt pasando por Nietzsche y Max Weber, ha fundado una forma de reflexión en la que he tratado de trabajar."

Respecto de la analítica de la verdad, precisamente en aquel escrito Kant definía el espíritu del Iluminismo mediante la consigna no menos célebre del *Sapere aude!* ("¡Átrévete a saber!"), con la que sintetizaba bien el programa del movimiento ilustrado en su tendencia hacia la progresiva laicización de todos los campos del conocimiento. Y así como la modernidad presencia el pasaje de un jurnaturalismo trascendentalista hacia otro que busca su legitimación en atributos esenciales de la "naturaleza humana", la teoría kantiana del conocimiento —en una operación de vastas consecuencias— prescindía de la hipótesis divina como garante de la verdad. Se expandía de tal modo el amplísimo movimiento de secularización que hallaría su versión alemana en el llamamiento feuerbachiano a la recuperación del sujeto alienado en el fetichismo teológico, y cuyo fraseo humanocéntrico resuena en el joven Marx que en 1843 proclamaba que "la religión es el sol luminoso que gira en torno del hombre mientras éste no se decide a girar en torno de sí mismo". A la realización definitiva de esta "muerte de Dios" alentarán unas décadas más tarde la filosofía de Nietzsche, propugnando la demolición de algunos ídolos o falsos diosillos (*Götzen*) que bajo formas laicas pero no menos enajenantes —el Estado, la Verdad, la Historia— nos proponen el abandono de esa radical immanencia a la que denominó "el sentido de la tierra".

Un siglo después de Kant, la Ilustración cumplía su proyecto antirreligioso más radical, pero en rigor tocaba también los límites de la crisis que albergaba en sus propios supuestos. Esta crisis en la que se buscarán las fuentes culturales del nihilismo europeo ha sido leída en la teoría política como los problemas de integración, legitimidad e identidad generados por el despliegue del proceso modernizador. Puede postularse entonces que Foucault ha conjuntado ambas series de análisis en una estrategia teórica que se

pregunta qué significa filosofar después de Nietzsche y verifica simultáneamente que, cuando crece la convicción de que la sociedad no es un orden natural sino arbitrario o inventado, las instituciones tienden a asumir un carácter sacralizado que es menester cuestionar.

Recolocado como pensamiento crítico de la modernidad, el programa foucaultiano se organiza concretamente mediante la desconstrucción de la "naturalidad" de algunas instituciones de secuestro que han contribuido al diseño de ese producto novedoso que somos nosotros y que llamamos "hombre". Para esta tarea que se identifica con la interrogación por el nacimiento del humanismo moderno y de las disciplinas sociales, Foucault hará un uso distanciador y antropológico de la historiografía, que adoptará con el término de *genealogía*. Porque genealógica es la mostración de la irracionalidad del presente a través del cuestionamiento de la justificación retrospectiva que confiere legitimidad a todo lo duradero hasta hacernoslo aparecer como obvio. Por eso toda genealogía es necesariamente crítica, al desnudar que las raíces de lo que somos y sabemos no se hunden en ninguna esencia última, sino en la exterioridad de lo accidental.

Sobre la base de estas sospechas genealógicas, ahora sólo es preciso mirar hacia aquellos dispositivos de poder-saber que no vemos porque están demasiado en la superficie de nuestras ciudades (cárceles, manicomios, cuarteles, hospitales, fábricas, escuelas...) para observar cómo producen regímenes de verdad que reticulan nuestra identidad por medio de un mecanismo inquietante: puesto que todo régimen de producción de verdad es al mismo tiempo principio de exclusión. La *Historia de la locura en la época clásica* se dedicó por ejemplo a describir el modo en que nuestra razón está involucrada en el encierro de los locos, y *Vigilar y castigar* propuso la tesis de que la constitución de un medio delincuente operó efectos de "normalización" de la fuerza de trabajo al actuar sobre el mundo de los ilegalismos populares y en torno de un poder carcelario que tuvo como centro a la prisión.

Esta genealogía que así se ejercita en dominios concretos es pluralista por definición, ya que describe no solamente del origen como destino sino también del nacimiento único. De allí que se trate de tematizar la formación de saberes a través de prácticas sociales cruzadas por micropoderes que desmienten la imagen monárquica del Estado y que penetran capilarmente en el cuerpo social, al modo como ya Tocqueville había intuido el carácter del poder moderno: "absoluto, minucioso, sistemático, previsor y suave". Genealogía, *origo pudenda*: toda una estrategia de los nacimientos minúsculos, perversos, vergonzantes, donde pueden señalarse algunos de los hilos con que se teje el gobierno de los hombres sobre sí mismos y sobre los demás mediante la producción de verdad.

Herida narcisística del pluralismo, por lo demás, dado que al atacar el etnocentrismo del hombre normal alienta la revuelta de lo particular contra la lógica de la identidad, pujando políticamente por maximizar los códigos según los cuales (como enrostraba Kant al *imperium* paternalista) "nadie puede obligarme a ser feliz a su manera" o en los que (en clave módicamente argentina) "la vida mía no sea la muerte tuya". Pero esa expansión democrática en la cual la diferencia no resulte exiliada ni encerrada sino reconocida y afirmada se abre sobre aquella ortología del presente que a su vez comunica con este interrogante: "¿Qué somos nosotros, que estamos de más en este tiempo en el que no sucede lo que debería suceder?". Lo que "no sucede" es esa Revolución que en su retirada produce un vacío que insiste como deseo y problematización insoslayables. Tan insoslayables que el pensamiento de Foucault ofreció un sesgo evidente que algunos entrevieron como el pivote de una operación tentadora y redituable para la voluntad de la revolución: hacer de todo aquello que el Logos había encerrado y marginado el sujeto plural de una nueva regeneración, ahora que el reformismo de la clase obrera había desquiciado su centralidad transformadora. Se construía de

tal manera una interpretación disponible para procesar una mitología del Marginal como relevo de la figura en retroceso del Trabajador, mitología que al fusionarse con los presuntos márgenes de Occidente dibujaba el inmenso horizonte de las esperanzas tercermundistas.

Es cierto que esta perspectiva impregnada de "frankfurtismo" aproximó excesivamente el programa foucaultiano a los efectos más inmediatos del '68 o inclusive al paradigma del Bastardo sartreano. Pero no lo es menos que, tanto para desmarcarse posteriormente de las posiciones ocupadas por el maoísmo francés como para reconocer lo erróneo de su expectación ante el proceso iraní liderado por Jomeini, Foucault podía apoyarse en algunas variables notorias de sus propios postulados teóricos. Sin ir más lejos, aun su tambaleante intervención en el "debate con los maos" contenida en *La microfísica del poder* se había pronunciado contra el neopopulismo que convierte a los marginados en una sustancia sagrada necesariamente animada por pulsiones antiautoritarias, recordando por el contrario que "esta plebe no proletarizada ha sido racista cuando fue colonizadora; ha sido nacionalista, chovinista, cuando estuvo armada; ha sido fascista cuando fue policial". Y es que si "no existen playas de libertades elementales entre las mallas de la red del poder", si este último no es un bien que se posee sino una relación estratégica que fluye constituyendo sujetos, lejos de aflojar sus lazos en los márgenes, el poder puede simplemente anudarlos de otra manera. No se busque consiguientemente en la escritura foucaultiana un nuevo Sermón de la Montaña que profetice un futuro constituido por otros sujetos mesiánicos ni hipostasiado en los parques naturales de lo "pre": nada nos devolverá el rostro virginal anterior a la Caída, puesto que la genealogía se opone frontalmente al romanticismo del origen y abre en rigor toda una línea de crítica a las ideologías de retorno, permitiendo inferir que no hay locura salvaje, ni pueblo puro, ni barbarie menos artificial que la civilización. En otros términos, si Poulantzas se preguntaba —al calor de la polémica con los "nuevos filósofos"— si podía derivarse una "política" de las investigaciones de Foucault, pienso más bien que una lectura situada de sus propuestas debería recuperar su propia impugnación al izquierdismo que se define centralmente por su "fobia al reformismo" y por la descalificación de toda acción local. En síntesis, aquellas sugerencias deberían regularse por una ética de la responsabilidad, ahora que el imperativo incondicionado del integrista o de la revolución palinogénica han revelado que la otredad tercermundista también produce los monstruos de la intolerancia que la Razón tecnocrática sueña.

Mal haría por fin en ocultar que la táctica seleccionada para la construcción de este artículo ha permitido relativizar —expurgándolo por ejemplo de sus metáforas guerreras— un pensamiento cuyo carácter estimulante soy el primero en rescatar, pero con el cual sería una liviandad identificarse hasta el punto de alucinar un por fortuna inexistente "sistema Foucault". Elijo escudarme para eso en su misma rebelión contra la tiranía del Autor como amo absoluto del sentido de sus palabras, para mejor homenajear a alguien que no quiso sobrevivir a través de las suyas: "El discurso no es la vida; su tiempo no es el vuestro; en él, no os reconciliaréis con la muerte". Lo han sobrevivido, sí, esas marcas que hormiguean sobre el papel y luego de las cuales será más difícil decir sin ruborizarse moralmente que la locura está bien condenada a habitar los arrabales de la ciudad del hombre razonable, o que el cuerpo y sus placeres deben permanecer encerrados en "el lúgubre desierto" del productivismo o la sexualidad, o que nuestro orden no mantiene complicidades con la exclusión de lo Otro.

Y a los que se pregunten qué resta entonces de este hombre cuyo cuerpo borró la enfermedad, o quién habla en su estilo brillante cuando sabemos que "en cada frase reina la ley sin nombre" a ellos sólo podemos ofrecerles "la blanca indiferencia" de su propia respuesta: "¿Qué importa quién habla; alguien dice: qué importa quién habla".

Marcelo Sztrum

LINGÜÍSTICA, ENUNCIACION, DISCURSO. CONVERSACION CON DUCROT

Oswald Ducrot visitó por primera vez Argentina a fines de junio. En el marco de un ciclo, "Lingüística y enunciación", que tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, introdujo a sus alumnos porteños a la marcha actual de su trabajo, sobre todo a partir de la noción central de polifonía. Este concepto —que toma, por cierto, y transforma del cuerpo teórico de Bajtin— busca cuestionar "la concepción tradicional de la semántica, que se basa en dos tesis: la linealidad del sentido y la unicidad del sujeto hablante". La primera, de Descartes a Searle, habría visto siempre en todo enunciado un elemento subjetivo (*modus*, fuerza ilocutoria) que se aplica a un elemento objetivo, de contenido. Ducrot vindica la primacía respecto de un "contenido" entendido como "conjunto de propiedades", de la "articulación de discursos posibles". Todo enunciado es, antes que nada, la puesta en escena y confrontación de una cantidad de voces (puntos de vista, discursos posibles): el resto de la concepción semántica sobre la realidad, sean informaciones o actos lingüísticos, serían meros subproductos de esa confrontación. Por otra parte, señala, el "sujeto hablante" único y unitario de la lingüística moderna debiera descomponerse en tres instancias: el sujeto empírico, productor efectivo de quien la lingüística no tiene nada que decir, el locutor que es quien aparece en el enunciado (por ejemplo por las marcas de persona) como responsable de la enunciación y el o los enunciadore, que serían la fuente, el origen de los puntos de vista articulados.¹

Los comienzos de Ducrot en lingüística, hace veinte años (él procedía de la filosofía, en particular de la filosofía de las matemáticas) estaban ya marcados por el interés hacia la pragmática anglosajona, sesgo original en la Francia estructuralista y martiniana de aquel entonces. Conversamos, terminado el ciclo de la UBA, de esos comienzos, hasta centrarnos en los límites de su trabajo según su visión actual.

O.D.: En ese momento yo tenía la idea, totalmente trivial entonces, de que el sentido de un enunciado eran las informaciones de este enunciado sobre la realidad. El fenómeno de la presuposición me comenzó a fascinar, ante todo, porque era capaz de mostrarme que las informaciones tienen en la enunciación dos estatutos diferentes: el de aserción, lo "puesto", y el de presuposición, lo "presupuesto".² Decir que el sentido de un enunciado incluye la atribución a las informaciones de uno u otro estatuto significaba que allí había algo distinto a las informaciones sobre la realidad. Y en segundo lugar, porque en la presuposición el estatuto dado a las informaciones presupuestas sólo podía definirse, me parecía, por la relación que el locutor introducía entre él y su interlocutor como una condición previa del discurso, como algo que él no puede no aceptar si nuestra conversación, nuestro discurso debe proseguir normalmente. La primera de estas cosas es trivial, todos los que trabajaban en presuposición habían visto estos dos estatutos posibles para las informaciones; la segunda me es más propia, en el sentido de que distinguía mi concepción de la presuposición de la de los filósofos del lenguaje en ese momento. Yo hablaba de *acto de presuposición*, en ese momento, en el sentido de un acto ilocutorio: como la orden, la promesa, la pregunta, el pedido.

M.S.: ¿Y ahora?

O.D.: Si bien ya no hablo mucho de presuposición, sigo considerándola un fenómeno muy importante. Lo esencial, que hay un acto de presuposición definido como una especie de contrato que se impone al interlocutor ("o admitís esto o ya no podemos seguir hablando juntos"), lo mantengo. Pero en el marco de mi teoría actual de la polifonía considero a ese acto un fenómeno relativamente superficial o secundario y que como la mayoría de los actos lingüísticos tiene como fundamento la presentación en el interior de la enunciación de diferentes voces cuyos autores son asimilados a personajes diferentes. Hoy definiría la presuposición como el hecho de hacer hablar a una voz que a la vez se asimila a una especie de voz colectiva, una especie de *on*, que integra las voces tanto del locutor como del interlocutor.

M.S.: Desde el comienzo usted fue de los lingüistas para quienes la pragmática, la teoría de los actos del lenguaje, debe tener un peso dominante en la descripción.

O.D.: Es cierto. Desde el comienzo me interesé en la pragmática tal como la encontraba en los filósofos del lenguaje ingleses. Antes de hacer lingüística yo pensaba, y era la opinión corriente, que el sentido de un enunciado es una información independiente incluso del enunciado en el que aparece y de la enunciación en la cual se manifiesta, y que podría repetirse. Pero si admitimos la noción de acto de lenguaje tal como la definieron los filósofos del lenguaje, el sentido ya no se puede concebir independientemente de la enunciación en la cual aparece, ya que el sentido de un discurso, de un enunciado, es que su propia enunciación está destinada a realizar tal o cual cosa, a ejercer tal influencia, a imponer al interlocutor tal o cual actitud. El sentido de un enunciado es así algo único, irrepetible, y es una indicación sobre su propia enunciación. Cuando hago una pregunta, esa enunciación misma en que la pregunta es formulada con un determinado poder: el de obligar a mi interlocutor a cumplir un comportamiento en particular, que será el de responder. Cada enunciado tiene un sentido distinto en la medida en que en su sentido habla de una enunciación distinta.

M.S.: Quizás convenga recordar aquí la diferencia que usted marca entre la oración (*phrase*), "construcción del lingüista", entidad de la lengua, con significación (= conjunto de directivas, de instrucciones para determinar el sentido de un enunciado), y el enunciado, por otra parte, "segmento de discurso correspondiente a una elección autónoma del

sujeto hablante", entidad del habla, observable y con sentido. Y en este marco delimitar su noción de enunciación.

O.D.: Al comienzo de mi trabajo yo no había percibido la ambigüedad, los muchos sentidos de la palabra enunciación, pero creo que ya entonces yo le daba un sentido diferente al que se le ha dado a veces, en particular en psicolingüística y sociolingüística.

M.S.: ¿Quiénes, por ejemplo?

O.D.: En psicolingüística, en Francia, Antoine Culioli. En sociolingüística William Labov, por ejemplo. Pero también pienso en quienes se ocupaban en Francia de análisis de discurso en torno a la figura de Michel Pêcheux. Para ellos la enunciación es un hecho empírico, la actividad cumplida por un ser humano que produce un cierto enunciado influido por determinada restricción o fuerza (*contrainte*), interna o externa. La enunciación se entiende así, como un proceso de producción. Pero creo que ni yo ni los filósofos del lenguaje en quienes he fundado mi trabajo tomamos nunca enunciación en ese sentido. Para mí la enunciación es solamente el simple acontecimiento (*événement*) constituido por la aparición de un enunciado, el sentido de un enunciado es lo que el enunciado dice de su enunciación, pero de la enunciación vista no como proceso de producción sino como acontecimiento.

M.S.: En oposición a la oración el enunciado es definido por usted como un observable, como un segmento de discurso concreto. Pero creo percibir en su enunciado una dosis mayor de abstracción a la de un segmento de discurso cotidiano cualquiera. Me parece que hay una exclusión en su noción de enunciado de ciertas operaciones de las que se pueden encontrar rastros en un discurso. Que quizás se pueda hablar de discurso y enunciado en un sentido menos abstracto que el que usted propone, con sujetos con más propiedades que los que resultan de su teoría y las de los filósofos del lenguaje. Le cito a Bourdieu: "Todo acto de habla... es un enunciado de series causales independientes por una parte... disposiciones socialmente modeladas... que implican cierta propensión a hablar y decir cosas determinadas y cierta capacidad de hablar definida inseparablemente como capacidad lingüística de generación infinita de discursos gramaticalmente conformes y como capacidad social de usar esta competencia en una situación determinada; por otra, las estructuras del mercado lingüístico, que se imponen como un sistema de sanciones y de censuras específicas".³ Por otra parte, parece obvio que el lapsus, el equívoco, el doble sentido en la dirección en que lo ha escuchado Freud son fenómenos totalmente cotidianos. Encuentro entonces que cabe hallar en un enunciado la marca de un sujeto social en alguno de los sentidos implicados por la definición de Bourdieu, por ejemplo. Y que los fenómenos como el lapsus, de presencia sin duda observable en el enunciado, requieren la postulación de un sujeto enunciator inconsciente, también.

O.D.: Si tengo que situar mi trabajo en relación con lo que dicen del lenguaje los psicoanalistas y los sociólogos, como Bourdieu, diría que lo que ellos dicen concierne a la enunciación en el sentido de la palabra que no es el que a mí me interesa. La cita de Bourdieu es clara: entiende por enunciación el hecho empírico constituido por la actividad de habla de un sujeto hablante y se pregunta por las causas que producen ese fenómeno, las diferentes series de determinación en juego en ese fenómeno. Y Freud cuando analiza un acto de habla real se pregunta por las causas sobre todo inconscientes que lo producen. De ninguna manera creo que ese tipo de estudios no sea interesante, todo lo contrario; pero lo que a mí me interesa es el sentido del enunciado, es decir, lo que se dice en el enunciado sobre la enunciación. Tomemos el caso de una pregunta. Bourdieu dirá que una pregunta es un acto de lenguaje que sólo es posible dadas ciertas condiciones sociales, en particular que el señor X tenga el poder de hacer hablar al señor Y. Eso no

es falso, pero no me interesa como lingüista. Yo me pregunto por lo que se dice cuando un enunciado interrogativo es pronunciado: es decir, que esa obligación obliga a alguien a cumplir un comportamiento determinado, el de respuesta. Que sólo quienes tienen cierto poder de autoridad pueden hacer preguntas es un hecho real, pero que no me concierne. Lo que me concierne es lo dicho por un enunciado interrogativo. Y no creo que un enunciado interrogativo diga algo sobre las series de causas que autorizan a alguien a pronunciarlo.

M.S.: Pero, por ejemplo, ¿una cierta relación social no podría transformar la posibilidad de una pregunta directa en indirecta, en una paráfrasis, y no debiera hablar de esto el sentido de un enunciado? ¿No podría la lingüística hablar de enunciados como fragmentos de discurso en un sentido más concreto? Es decir, ¿cómo justificar la restricción de la noción de enunciación a un acontecimiento sin tener en cuenta que el autor solo sería el locutor como responsable de la enunciación...?

O.D.: Responsable pretendido en el enunciado, aquel de quien se dice en el enunciado que es responsable de la enunciación.

M.S.: ¿Cómo se justifica una enunciación en correspondencia con un discurso que se supone concreto que no sea algo más amplia, como para dar cabida a esos fenómenos perceptibles a nivel "observable", "en superficie"?

O.D.: Para responderle tengo que hacer algunas precisiones. Yo no me intereso en el hecho de que todo enunciado lleve en sí marcas de las condiciones en que fue producido. Es absolutamente cierto que en ciertas condiciones se habla de una manera y en otras de otra: pero no es asunto mío. Lo que yo quiero decir es que el sentido de un enunciado concierne a su enunciación, consiste en indicaciones sobre el hecho de su aparición, sobre el valor de esta aparición. Que esta aparición esté condicionada por factores psico y sociológicos es un hecho indiscutible pero no de mi interés como lingüista, así como tampoco ver que ese condicionamiento tenga huellas en el enunciado. Veamos un ejemplo preciso en que tomo a Bourdieu. El dice que para formular una pregunta o dar una orden es preciso estar en una posición social tal que me confiera el derecho de hacerlo. La producción de una pregunta o de una orden implica un cierto lugar de aquel que lo hace en el interior de la jerarquía social. Pero no es la especie de hechos que me interesan. Me interesa qué se dice cuando se hace una pregunta o cuando se da una orden: que mediante la enunciación misma se impone cierto tipo de obligación a un interlocutor, por una parte, y por otra que se está en cierta situación jerárquica ante este interlocutor, situación que permite imponerle obligaciones. Yo no vería diferencias, desde mi punto de vista, entre la "orden no autorizada", como diría Bourdieu, del soldado dirigiéndose al general y la orden "autorizada" del general dirigiéndose al soldado. En los dos casos hay pretensión de imponer obligaciones al otro y de estar en una situación que permite esa imposición. Que cuando el soldado le habla al general la organización social no se corresponda con la jerarquía construida en el interior del enunciado y si en el caso contrario no me interesa. Yo estaría de acuerdo con Bourdieu en la consideración muy trivial por otra parte, de que dar una orden supone cierta superioridad. Pero hay dos maneras de encarar esa superioridad, y lo que a mí me interesa es más bien que cuando se dan órdenes se construye una situación que puede ser totalmente imaginaria en la que hay una superioridad aunque fuera momentánea sobre el interlocutor que da el poder de imponerle obligaciones. Lo que me interesa es no la jerarquía entre los interlocutores en la organización social, sino la jerarquía construida en el sentido mismo del enunciado. Cuando cumplo, mediante la enunciación de un enunciado, un acto de orden, construyo ciertas relaciones que pueden ser totalmente ficticias entre mi interlocutor y yo, y eso es lo que me interesa.

PUNTO DE VISTA

INDICE GENERAL

Números 1 a 20

1. Indice por materias

C omo para desatar la risa simultánea de Borges y Foucault, *Punto de Vista* presenta el índice general de los números 1 a 20. El trabajo de (re)clasificar, se sabe, supone un saber sobre el mundo. Nada de eso hay aquí, sin embargo: apenas la ilusión de facilitar las entradas a un corpus complicado, el de toda revista.

Hay un sistema de equivalencias que conviene aclarar: ciertos nombres no señalan ningún referente o señalan un referente ficcional. Tal el caso de Cristina Mayer (Laura Corvalán), Fulvio Carpano (Jorge E. Dotti), Silvia Niccolini (Beatriz Sarlo), Carlos Molinari (Carlos Altamirano), Gustavo Ferraris (Nicolás Rosa), Washington Victorini (Altamirano y Sarlo) y Emilio Renzi (Ricardo Piglia).

Los números que siguen a cada artículo designan el año, el número de revista y la página respectivamente.

Próximamente un índice alfabético de autores acentuará la provisoriedad de este (de todo) índice, pero al menos servirá para cuantificar la recurrencia de ciertos nombres.

Todo parecido con la realidad, finalmente, es meramente casual.

Daniel Link

100.000.	Filosofía y epistemología
200.000.	Sociología y política
210.000.	Sociología
220.000.	Política
221.000.	Teoría Política
300.000.	Psicoanálisis y psiquiatría
400.000.	Cultura
410.000.	Historia de la cultura
420.000.	Sociología de la cultura
430.000.	Cultura popular
500.000.	Historia y antropología
510.000.	Historia
511.000.	Historia de las ideas
520.000.	Antropología
600.000.	Educación
610.000.	Teoría de la educación
620.000.	Historia de la educación
700.000.	Literatura
710.000.	Historia de la literatura
720.000.	Sociología de la literatura
730.000.	Teoría de la literatura
740.000.	Crítica literaria
750.000.	Textos
751.000.	Poesía
752.000.	Narrativa
760.000.	Información general
800.000.	Lingüística y semiología
810.000.	Semiología
820.000.	Lingüística
821.000.	Lingüística teórica
822.000.	Lingüística antropológica
823.000.	Sociolingüística
900.000.	Artes plásticas, cine, fotografía y teatro
910.000.	Artes plásticas
920.000.	Cine y fotografía
930.000.	Información general

100.000.	FILOSOFIA Y EPISTEMOLOGIA
100.001.	Carpano, Fulvio. El síndrome heideggeriano. II,7: pg. 30
100.002.	Dotti, Jorge E. La amenaza de la logofobia. IV,13: pg. 25
100.003.	Dotti, Jorge E. Filosofía nacional: profesionalización y compromiso. VI, 18: pg. 15
100.004.	Sazbón, José. Una invitación al postmarxismo. VI,19: pg. 36
100.005.	Sinecura, Miguel. Releer a Heidegger. I,3: pg. 15
100.006.	Terán, Oscar. El error Massuh. VI,17: pg. 4
100.007.	Terán, Oscar. ¿Adiós a la última instancia? VI,17: pg. 46
100.008.	Terán, Oscar. Una polémica postergada: la crisis del marxismo. VII,20: pg. 19
200.000.	SOCIOLOGIA Y POLITICA
210.000.	Sociología
210.001.	Anónimo. Chicanos y navajos: un drama de minorías. I, 1, 27
210.002.	Balán, Jorge. La práctica sociológica en el mundo contemporáneo. V, 16, 10
210.003.	Mateo, Fernando. La cuestión de la crisis. II, 5, 24
210.004.	Oszlak, Oscar. Los sectores populares y el derecho al espacio urbano. V, 16, 15
210.005.	Touraine, Alain. La intervención sociológica. VI, 19, 27

- 220.000. Política
- 220.001. Altamirano, Carlos. La oposición en el socialismo real. VI, 14, 14
- 220.002. Anónimo. Editorial. IV, 12, 2
- 220.003. ¿Democracia del Norte? V, 16, 37
- 220.004. Consejo de dirección. Editorial. VI, 17, 3
- 220.005. Editorial. VI, 19, 2
- 220.006. Gutiérrez, Leandro. Una versión del peronismo. VI, 19, 42
- 220.007. N., Waldemar. La editorial clandestina o cómo imprimir en polaco. IV, 14, 18
- 220.008. Pérez Esquivel, Adolfo. Democracia y participación (reportaje). V, 16, 21
- 221.000. Teoría política
- 221.001. Crespo, Horacio. Marx y América Latina: raíces de un desencuentro. VI, 18, 46
- 221.002. García Delgado, Daniel R. El modelo autoritario. VI, 18, 45
- 221.003. Guariglia, Osvaldo. ¿Qué democracia? VI, 17, 15
- 221.004. Ingrao, Pietro. Contra la reducción de la política a guerra. VII, 20, 12
- 221.005. Nun, José. La rebelión del coro. VII, 20, 12
- 221.006. Portantiero, Juan Carlos. Socialismo y democracia. Una relación difícil. VII, 20, 1
- 300.000. PSICOANÁLISIS Y PSQUIATRIA
- 300.001. Anónimo. Sobre la práctica psicológica. I, 1, 29
- 300.002. Azubel, Alicia. Marie Langer: historia y psicoanálisis. IV, 12, 30
- 300.003. Mayer, Cristina. Historia del cuerpo y su represión. I, 4, 16
- 300.004. Strático, María. Contra la domesticación del psicoanálisis. IV, 12, 30
- 300.005. Vezzetti, Hugo. El lugar de la locura. I, 1, 19
- 300.006. Jacques Lacan. IV, 11, 32
- 300.007. Mínima. IV, 14, 37
- 300.008. Situación actual del psicoanálisis. VI, 19, 4
- 400.000. CULTURA
- 400.001. Altamirano, Carlos. Algunas notas sobre nuestra cultura. VI, 18, 6
- 400.002. Anónimo. *Punto de Vista* señala. I, 4, 24
- 400.003. Sarlo, Beatriz. La izquierda ante la cultura: del dogmatismo al populismo. VII, 20, 22
- 410.000. Historia de la cultura
- 410.001. Gramuglio, María Teresa. "Sur": constitución del grupo y proyecto cultural. VI, 17, 10
- 410.002. Sarlo, Beatriz. Los dos ojos de *Contorno*. IV, 13, 3
- 410.003. La perspectiva americana en los primeros años de "Sur". VI, 17, 10
- 410.004. Viñas, David. Nosotros y ellos (entrevista). IV, 13, 3
- 410.005. Warley, Jorge A. Un acuerdo de orden ético. VI, 17, 12
- 420.000. Sociología de la cultura
- 420.001. Altamirano, Carlos. Raymond Williams: proposiciones para una teoría social de la cultura. IV, 11, 20
- 420.002. Mínima. VI, 19, 51
- 420.003. Bourdieu, Pierre. Los bienes simbólicos, la producción del valor. III, 8, 19
- 420.004. Eder, Rita. El público de arte: una encuesta. II, 5, 7
- 420.005. Rama, Angel. Argentina: crisis de una cultura sistemática. III, 9, 3
- 420.006. Sarlo, Beatriz. Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad (entrevistas). II, 6, 9
- 430.000. Cultura popular
- 430.001. Anónimo. Consagración de la historieta. I, 1, 31
- 430.002. García Canclini, Néstor. ¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular? VII, 20, 26
- 430.003. Mazzioti, Nora. Reconstrucción e identidad de Discépolo. IV, 14, 31
- 430.004. Salinas, Guillermo. ¿La muerte en orsay, che bandoneón? I, 2, 25
- 430.005. Sarlo, Beatriz. La perseverancia de un debate. VI, 18, 3
- 430.006. Mínima. VII, 20, 43
- 500.000. HISTORIA Y ANTROPOLOGIA
- 510.000. Historia
- 510.001. Altamirano, Carlos. Una versión de la historia. VI, 17, 42
- 510.002. Ansaldi, Waldo. Buenos Aires: historia, economía, sociedad. VI, 19, 44
- 510.003. Duby, Georges. Las huellas de la historia (reportaje). IV, 14, 9
- 510.004. Foucault, Michel. El polvo y la nube. VI, 17, 31

- 510.005. Feinmann, José Pablo. Derecho de réplica. VI, 18, 59
- 510.006. Figueira, Ricardo. Las razones del historiador. IV, 11, 35
- 510.007. Halperín Donghi, Tulio. Cinco respuestas sobre historia argentina. III, 10, 3
- 510.008. Enseñanza y práctica de la historia (reportaje). VI, 18, 29
- 510.009. Korol, Juan Carlos. La colonización agraria: ¿crónica de una frustración? VII, 20, 40
- 510.010. Léonard, Jacques. El historiador y el filósofo. VI, 17, 22
- 510.011. Mangone, Carlos. Mínima. VI, 18, 56
- 510.012. Mateo, Fernando. Sociología e historia de Buenos Aires. I, 2, 15
- 510.013. Molinari, Carlos. Del 90 al 30: un capítulo de historia social. I, 1, 16
- 510.014. Estados Unidos: de la Guerra de Secesión a la de Vietnam. I, 2, 16
- 510.015. Niccolini, Silvia. La política del ochenta. I, 1, 25
- 510.016. Palermo, Miguel Ángel. El fin del mundo en Tandil. I, 1, 8
- 510.017. PEHESA. ¿Dónde anida la democracia? V, 15, 7
- 510.018. La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica. VI, 18, 11
- 510.019. Portantiero, Juan Carlos. Nación y democracia en la Argentina del novecientos. IV, 14, 3
- 510.020. Romero, Luis Alberto. Política, nación y Estado en la Argentina del siglo XIX. VI, 18, 11
- 510.021. Historia de lo real y de lo imaginario. IV, 14, 7
- 510.022. Historia política desde las ciencias sociales. VI, 17, 44
- 510.023. Mínima. VI, 19, 51
- 510.024. La cultura peronista: poner las cosas en su lugar. VII, 20, 38
- 510.025. Samuel, Raphael. Reportaje. IV, 14, 12
- 510.026. Tandeter, Enrique. Historia popular: recuperar la experiencia. IV, 14, 11
- 510.027. Torres-Varela, Hilda. Cuando la historia se construye. VI, 18, 52
- 511.000. Historia de las ideas
- 511.001. Altamirano, Carlos. Ingenieros: el mérito de saber. III, 9, 41
- 511.002. Mateo, Fernando. Sociología, política y psicopatología de las multitudes. I, 3, 11
- 511.003. Molinari, Carlos. El primer nacionalismo argentino. II, 6, 28
- 511.004. Real de Azúa, Carlos. Los males latinoamericanos y su clave. VI, 18, 17
- 511.005. Terán, Oscar. El primer antiimperialismo latinoamericano. IV, 12, 3
- 511.006. Vazeilles, José G. Positivismo, política e ideología. El caso de Carlos Octavio Bunge. II, 6, 19
- 511.007. Vezzetti, Hugo. Penalidad y moralización. Para una historia de la locura y la psicología en la Argentina. II, 7, 13
- 511.008. Acerca del poder y la censura. IV, 11, 32
- 511.009. Nacionalidad, raza, disciplina social. Ideología y psiquiatría. V, 15, 11
- 520.000. Antropología
- 521.001. Mateo, Fernando. Antropología estructural: después de la moda. III, 10, 31
- 521.002. Palermo, Miguel Ángel. Antropología e historia de vida. I, 4, 4
- 600.000. EDUCACION
- 610.000. Teoría de la educación
- 620.000. Historia de la educación
- 621.001. Tedesco, Juan Carlos. Directivismo y espontaneísmo en los orígenes del sistema educativo argentino. VI, 19, 17
- 700.000. LITERATURA
- 700.001. Lihn, Enrique. Cada cual tiene sus ilusiones (entrevista). I, 4, 11
- 700.002. Perrone, Alberto M. Diálogo de sombras con Juan Rulfo (entrevista). II, 6, 40
- 700.003. Rossanda, Rossana. Nuestro amigo, nuestro maestro. III, 9, 13
- 700.004. Saer, Juan José. Sartre: contra entusiastas y detractores. III, 9, 11
- 700.005. Sánchez, Jorge. Ciencia ficción, una visión crítica (entrevista). I, 3, 22

700.006.	Sontag, Susan. Recordar a Barthes. III, 9, 16	740.002.	Anónimo. <i>Punto de Vista</i> señala. I, 3, 18
700.007.	Sosnowsky, Saúl. Angel Rama en Maryland. VII, 20, 33	740.003.	Arzeno, Beatriz. Scorza: un cantar campesino. I, 2, 19
700.008.	Zanetti, Susana. Adiós a Angel Rama. VII, 20, 32	740.004.	Beceyro, Raúl. El proyecto de Benjamin. III, 10, 20
		740.005.	Cándido, Antonio. Para una crítica latinoamericana (entrevista). III, 8, 5
710.001.	710.000. Historia de la literatura Altamirano, Carlos. La fundación de la literatura argentina. II, 7, 10	740.006.	Catelli, Nora. Reflexionar y narrar. VI, 17, 50
710.002.	Gramuglio, Ma. Teresa. Continuidad entre la ida y la Vuelta de "Martín Fierro". II, 7, 3	740.007.	La vuelta a la narración. VI, 18, 38
710.003.	Rama, Angel y Cornejo Polar, Antonio. Tradición y ruptura en América Latina (entrevista). III, 8, 10	740.008.	Construir la narración. VI, 19, 48
710.004.	Renzi, Emilio. Hudson: ¿Un Guitardes inglés? I, 1, 23	740.009.	Los mundos interiores de un lector excepcional. VII, 20, 36
710.005.	Romano, Eduardo. Colisión y convergencia entre los escritores del '80. III, 10, 6	740.010.	Cobo Borda, Juan Gustavo. La cocina literaria de Gabriel García Márquez. VI, 18, 32
710.006.	Sarlo, Beatriz. Razones de la aflicción y el desorden en "Martín Fierro". II, 7, 7	740.011.	Conte Reyes, Gabriel. La mentira de Roberto Arlt. I, 4, 7
710.007.	Sobre la vanguardia, Borges y el eriolismo. IV, 11, 3	740.012.	Díaz Arciniaga, V. Kaika y Felice Bauer: el vampirismo y el tribunal. II, 5, 27
710.008.	Victorini, Washington. Martínez Estrada: de la crítica a "Martín Fierro" al ensayo sobre el ser nacional. I, 4, 3	740.013.	Dotori, Nora. Mínima. V, 16, 32
		740.014.	Ferraris, Gustavo. Sarmiento: crítica y empirismo. I, 2, 6
		740.015.	Franco, Jean. Ideología crítica y literatura en América Latina (entrevista). IV, 12, 11
		740.016.	Gramuglio, Ma. Teresa. Juan José Saer: el arte de narrar. II, 6, 3
720.001.	720.000. Sociología de la Literatura Rama, Angel. Encuesta sobre sociología de la lectura. I, 2, 12	740.017.	El discreto encanto de Manuel Puig. III, 8, 33
720.002.	Los efectos del "boom": mercado literario y narrativa latinoamericana. IV, 11, 10	740.018.	El viaje y su relato. IV, 12, 25
720.003.	Rubinich, Lucas. El público de "Martín Fierro" (1873-1878). VI, 17, 40	740.019.	Tres novelas argentinas. IV, 12, 25
		740.020.	Mínima. IV, 13, 30
		740.021.	Increíbles aventuras de una nieta de la cautiva. IV, 14, 27
730.001.	730.000. Teoría de la literatura Franco, Jean. La parodia, lo grotesco y lo carnavalesco. Conceptos del personaje en la novela latinoamericana. I, 1, 3	740.022.	Mínima. IV, 14, 36
730.002.	Jauss, Hans Robert. Estética de la recepción y comunicación estética. IV, 12, 34	740.023.	Mínima. IV, 14, 37
730.003.	Niccolini, Silvia. ¿Cómo leer literatura? Algunas consideraciones sobre el formalismo norteamericano. I, 2, 3	740.024.	Temas y variaciones en la narrativa de Daniel Moyano. V, 15, 22
		740.025.	Mínima. V, 15, 30
		740.026.	Escritura política y política de la escritura. V, 16, 28
740.001.	740.000. Crítica literaria Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. Identidad, linaje y mérito de Sarmiento. III, 10, 14	740.027.	Algunos libros de crítica literaria:

- 740.028. una reflexión que no cesa. VI, 19, 12
740.029. La filosofía en el relato. VII, 20, 35
740.030. Mínima. VII, 20, 43
740.031. Marimón, Antonio. Un best-seller argentino: las mil caras de un pícaro. IV, 14, 24
740.032. Martínez, Carlos D. La literatura del vidente. III, 10, 39
740.033. Onetti: decadencia y destrucción de Santa María. III, 8, 29
740.034. El tejido de la ficción. IV, 14, 28
740.035. Novela policial: la violencia y la ironía. V, 15, 25
740.036. Literatura de la infancia y los márgenes. VI, 17, 49
740.037. Las formas de la diáspora. VI, 18, 54
740.038. El espacio de la provincia y sus discursos. VI, 19, 47
740.039. M., M. Mínima. V, 16, 30
740.040. Pesce, Víctor. Mínima. V, 16, 31
740.041. Mínima. VI, 17, 54
740.042. Piglia, Ricardo. Ideología y ficción en Borges. II, 5, 3
740.043. Notas sobre Facundo. III, 8, 15
740.044. Mínima. V, 16, 30
740.045. Prieto, Adolfo. Literatura/ Crítica/ Enseñanza de la literatura (reportaje). V, 16, 7
740.046. Rest, Jaime. Relectura de Tolstoi. I, 4, 13
740.047. La neurastenia de Franny y el budismo zen de Zooly. II, 5, 18
740.048. Jules Feiffer: un Aristófanes de la sociedad de consumo. II, 7, 28
740.049. Rivera, Jorge B. "La incommensurable tristeza que cabe en un pocillo". II, 5, 21
740.050. Solitarios avatares de la crítica literaria. II, 6, 31
740.051. Sarlo, Beatriz. La literatura en América Latina. Unidad y conflicto. III, 8, 3
740.052. Narrar la percepción. III, 10, 34
740.053. Mínima. IV, 13, 30
740.054. Mínima. IV, 14, 36
740.055. La moral de la crítica. V, 15, 21
Borges en Sur: un episodio del formalismo criollo. V, 16, 3
Literatura y política. VI, 19, 8
Mínima. VII, 20, 44
Mínima. VII, 20, 45
Sazbón, José. La reflexión literaria. IV, 11, 37
Samoilovich, Daniel. Función de la poesía y oficio del poeta. IV, 12, 27
La aventura y la herencia. IV, 14, 30
Mínima. V, 15, 30
Nombrar lo innombrable. VI, 17, 53
Ulla, Noemí. Las cosas y los hombres. III, 10, 36
Warley, Jorge A. ¿Una mirada ingenua? VI, 19, 45
Zanetti, Susana. Como decíamos ayer. IV, 14, 32
Suma crítica sobre novela latinoamericana. VI, 17, 47
Zattara, Enrique. Un realismo cuestionador de lo real. III, 10, 42
- 750.000. TEXTOS**
- 751.000. Poesía**
- 751.001. Alonso, Rodolfo. Las ganas de vivir y otros poemas. I, 3, 25
751.002. Contardi, Marilyn. Recuerdo del padre y otros poemas. III, 10, 44
751.003. Dujovne Ortiz, Alicia. Morir en cuna de oro. I, 4, 19
751.004. Fierro, Enrique. Tía Cheche y otros poemas. III, 8, 40
751.005. Freidemberg, Daniel. Luces que a lo lejos y otros poemas. VI, 18, 44
751.006. Gola, Hugo. Sube y baja del mono. III, 9, 43
751.007. Gola, Patricia. Poemas. IV, 12, 23
751.008. Ielpi, Rafael Oscar. Las últimas poblaciones. V, 12, 23
751.009. Isaías, Jorge. Soy y otros poemas. IV, 12, 23
751.010. Lihn, Enrique. Lihn y Pompier (fragmento). I, 4, 12
751.011. Molinari, Kato. La mirada plural (selección). I, 3, 25
751.012. Marimón, Antonio. La tarde. IV, 12, 22
751.013. Núñez, Angel. Camalote. I, 4, 19
751.014. Oliva, Aldo F. Elegía y otros poemas. V, 15, 20
751.015. Perrone, Alberto M. La piba nuestra y otros poemas. I, 2, 24
751.016. Padeletti, Hugo. "Atención" VII, 20, 48
751.017. Piccoli, Héctor. Poemas. II, 5, 5 y 6

- 751.018. Priamo, Luis. Relato de otros tiempos. IV. 12, 24
- 751.019. Romano, Eduardo. Entre vos y yo y otros poemas. V, 15, 20
- 751.020. Russo, Edgardo. Naturaleza muerta, 4 y otros poemas. V, 15, 19
- 751.021. Saer, Juan José. Reales y otros poemas. II, 6, 4 y ss.
- 751.022. Samoilovich, Daniel. Araca corazón, callate un poco y otros poemas. IV, 11, 22
- 752.000. Narrativa
- 752.001. Di Paola, Jorge. Umbrales. III, 8, 24
- 752.002. Eco, Umberto. Informes de un asesor literario. II, 7, 36
- 752.003. Ford, Aníbal. Ramos generales (fragm.). IV, 13, 19
- 752.004. Gandolfo, Elvio. Un error de Ludueña. III, 9, 33
- 752.005. Heer, Liliana. La sombra del viajero. IV, 14, 20
- 752.006. Kurosaka, Bob. Los que pueden lo hacen. I, 3, 22
- 752.007. Laisea, Alberto. Los magister de la ciudad de Nibelungen (Bizancio Exterior). VI, 17, 37
- 752.008. Martínez, Carlos D. Aquella visita. I, 2, 22
- 752.009. Piglia, Ricardo. La prolijidad de lo real (fragm.). I, 3, 26
- 752.010. Rivera, Andrés. La suerte de un hombre viejo. II, 5, 14
- 752.011. Romero, Amílcar. La otra novela de un novelista. I, 4, 21
- 752.012. Szichman, Mario. El león es cordero asimilado (fragm.). I, 1, 14
- 752.013. Szabón, José. La modificación. II, 10, 24
- 752.014. Soares, Norberto. El 17 de marzo. VII, 19, 40
- 752.015. Ulla, Noemí. Ciudades. II, 7, 19
- 800.000. LINGÜÍSTICA Y SEMIOLOGÍA
- 810.000. Semiología
- 810.001. Escudero Castagnino, Lucrecia. Primer congreso de la Asociación Brasileña de Semiótica. II, 5, 36
- 810.002. Muraro, Heriberto. El discurso político y la crisis del análisis estructural. IV, 12, 16
- 810.003. Rosa, Nicolás. Los combates de la semiología. I, 3, 16
- 810.004. Traducir a Freud: ¿domesticar a Freud? II, 5, 22
- 810.005. ¿Freud contra Saussure? II, 7, 21
- 820.000. Lingüística
- 821.000. Lingüística teórica
- 821.001. Maffia, Diana Helena. Análisis de los actos lingüísticos en la perspectiva de Austin. V, 15, 27
- 821.002. Rosa, Nicolás. La operación llamada "lengua". III, 9, 20
- 822.000. Lingüística antropológica
- 822.001. Vogt, Carlos; Fry, Peter y Gnerre, Maurizio. Las lenguas secretas de Cafundó. III, 9, 26
- 823.000. Socio-lingüística
- 823.001. Sarlo, Beatriz. Mínima. VII, 20, 43
- 900.000. ARTES PLÁSTICAS, CINE Y FOTOGRAFÍA
- 910.000. Artes Plásticas
- 910.001. Anónimo. Escándalos en la Bienal. I, 1, 13
- 910.002. Exposiciones en Europa. I, 1, 29
- 910.003. A., P. Arte latinoamericano en Nueva York. I, 2, 30
- 910.004. García Canclini, Néstor. ¿Uso artístico de los mitos o uso mítico del arte? II, 6, 35
- 910.005. Gramuglio, Ma. Teresa. Exposición de Diego Rivera, México 1978. I, 2, 32
- 910.006. Acerca del premio Benson & Hedges. I, 3, 33
- 910.007. Jornadas internacionales de la crítica 1978. II, 5, 32
- 910.008. Miró, Joan. De la guerra de España al destape: "con el espíritu de siempre" (entrevista). I, 4, 28
- 920.000. Cine y Fotografía
- 920.001. Anónimo. Punto de Vista señala. I, 2, 27
- 920.002. Los últimos magnates. I, 2, 29
- 920.003. Una cierta mirada: Hitler de Syberberg. I, 3, 32
- 920.004. Hollywood glorioso y desilusionante: de Grease al FBI. I, 4, 26
- 920.005. Beceyro, Raúl. Cine y narración. II, 6, 33
- 920.006. Sobre la fotografía: estética y sociología del arte. II, 7, 24
- 920.007. Cine e ironía. III, 8, 36
- 920.008. La verdad de la fotografía. IV, 13, 28
- 920.009. Fuentes, Carlos. El límpido deseo de Buñuel. I, 1, 30
- 920.010. Giordano, Jorge. Providence de Alain Resnais. I, 3, 31
- 920.011. Niccolini, Silvia. Fassbinder: por un cine de ideas. I, 3, 28
- 930.000. Información general
- 930.001. Andrade, José Ignacio. IV Sesión Mundial del Teatro de las Naciones, Caracas '78. Búsquedas y encuentros. I, 4, 24



M.S.: Es decir que habría sujetos distintos. El de Bourdieu, que podríamos quizás asimilar a lo que usted llama "sujeto empírico".

O.D.: De acuerdo.

M.S.: Y en el caso de lo construido por la orden, ese sujeto que usted llama, diferenciándolo, locutor. Y entonces, por seguir con mi pregunta, quizás habría una tercera construcción, un tercer tipo de sujeto. Porque en el momento del lapsus habría que hablar por ejemplo de dos locutores.

O.D.: Sí.

M.S.: Y si esto fuera cierto, si aunque fuera provisoriamente pudiéramos hablar de tres órdenes: el que interesa a Bourdieu, el que le interesa a usted y el que tendríamos que postular para el caso del lapsus, donde el diálogo parece exceder a dos interlocutores, ¿usted hablaría de una autonomía del orden lingüístico, del orden...

O.D.: ...construido en el enunciado.

M.S.: Este orden de la pragmática lingüística tal como usted la entiende, ¿sería autónomo? Porque así como para usted la pragmática no es un nivel más de descripción, que se suma a la sintaxis y a la semántica, sino que es indisoluble de la semántica, por ejemplo, y determinante,⁴ para muchos sociolingüistas cabe pensar, como dice Hymes, "la lingüística como sociolingüística, es decir, como una disciplina que acepta la constitución social de su materia temática y las bases sociales de su práctica y de su teoría".⁵

O.D.: Lo que yo digo es exactamente lo contrario de lo que dice Hymes en esa cita. Necesito, para aclarar un poco las cosas, volver sobre la noción de autonomía. ¿Qué quiero decir con que la descripción lingüística de un enunciado es autónoma? Entiendo que para la descripción del sentido de un enunciado no me hace falta hacer intervenir las restricciones (contraintes) sociales que han llevado a la producción de ese enunciado. En la descripción lingüística no tengo que hacer intervenir la situación social, empírica, de los interlocutores. Lo que me interesa es lo que en el sentido del enunciado se dice sobre esa situación de los interlocutores, la manera en que esa situación es construida, en que un interlocutor, por su enunciado, se construye como superior a su interlocutor, por ejemplo en un enunciado imperativo y no el hecho de que la sociedad haya conferido a uno la posibilidad de influir en el otro. En este sentido hablo de una descripción lingüística autónoma. Pero creo que también puede decirse que la descripción semántica no es autónoma, y esto en dos sentidos. Primero, porque para buscar el sentido de un enunciado preciso dicho por X a Y es necesario saber la situación social de uno y otro. Para tomar un ejemplo trivial, si X dijo a Y: "¿Puede alcanzarme la sal?", para saber que se trata de un pedido y no de una pregunta hay que saber que los dos están sentados en la mesa comiendo, y que X necesita la sal que Y le alcanzará. Distingo aquí

la descripción del sentido de los enunciados, de la búsqueda del sentido de los enunciados, de la actividad del analista tratando de determinar el sentido preciso de un enunciado donde es necesario por supuesto la consideración de la situación social. Sólo así podré determinar si determinado enunciado está cumpliendo un acto directo o indirecto, como señalaba usted. En segundo lugar, la semántica no es autónoma si se trata de explicar que un sujeto empírico haya decidido producir un enunciado con determinado sentido. Esto también hace intervenir evidentemente factores sociales y sería absurdo decir que si X produjo un enunciado cuyo sentido es que él es superior a Y y tiene derecho a imponerle obligaciones, era libre de elegir ese enunciado: es necesario saber, por ejemplo, si X tiene una posición social efectiva de superioridad o bien si trata de obtenerla o bien cuál es la relación entre X e Y en cierta cantidad de determinaciones interindividuales. Si X eligió ese enunciado es porque estuvo en cierta medida constreñido (constraint) a hacerlo. Que yo piense que haya que admitir un nivel en el cual el sentido es autónomo no impide de ninguna manera decir que para buscar, para descubrir ese sentido hay que tener en cuenta una realidad social y por otra parte que la explicación de la realidad de los enunciados con su respectivo sentido debe también hacer intervenir consideraciones sociales.

M.S.: El problema con el que quiero insistir concierne a las palabras "discurso" y "concreto". La palabra discurso tiene sentidos muy diversos, pero creo que es usada por muchos lingüistas, y por usted en particular, en relación con algo observable, concreto, en oposición a "abstracciones", "idealizaciones", "construcciones del lingüista" del campo de la lengua saussuriana o de la competencia chomskyana. Ahora bien, sus ejemplos de enunciados ("= segmentos de discurso") son casi siempre o bien textos escritos y literarios, o bien "ejemplos de lingüista" (o de lógico), muy prefabricados. Pero consideremos discurso por ejemplo esto, esta conversación.⁶ O salgamos como Labov, como Schegloff, a grabar el discurso cotidiano en la calle. Encuentro que entonces la materia respecto de la cual construir el objeto teórico, materia en sentido saussuriano, es algo distinta de aquella que usted toma en consideración. Y me parece que si ellos buscan otra empiria, otros géneros discursivos, si se quiere, es porque piensan que van a hallar allí otra ley, otros elementos lingüísticos que los que usted encuentra. En segundo lugar, quizás sea útil volver al ejemplo del psicoanálisis: cuando se habla de "discurso" y de "concreto" no se toman en cuenta fenómenos que aparecen "en superficie", muy concreta, material y observable como el del lapsus. No quiero decir que sea necesario tomar en cuenta esos fenómenos si no se quiere, pero el problema es la confusión en torno a la palabra "concreto" explícita o implícita tanto en sus definiciones como en otras y en las respectivas prácticas. Como que cuando la lingüística pasa a ocuparse del habla accedería a lo concreto, pero parece

entonces pasarse por alto la abstracción de ciertos rasgos y que "discurso" y "enunciado" son también objeto de cierta construcción.

O. D.: El serio problema que usted me hace aparecer es el de saber si tengo el derecho de decir cada vez que aparece un segmento de discurso que tengo un solo enunciado. ¿Debo decir, porque se produjo un segmento de discurso único, que se produjo un solo enunciado? O bien que hubo una multitud quizá infinita de enunciados: ese segmento tal como es comprendido por X, uno, tal como es comprendido por Y, otro, y así sucesivamente. Se podría decir que cada percepción de un segmento de discurso: la percepción del que lo produjo, la de aquel a quien estaba dirigido, la de las distintas personas que buscan interpretarlo constituye un enunciado. Me veo obligado a decir que cada vez que hay una interpretación, que cada vez que hay percepción de un segmento de discurso hay un enunciado. Luego era bastante inexacto decir que un enunciado es un segmento de discurso. Lo corregiría así: un enunciado es un segmento de discurso percibido por alguien que lo interpreta. De modo que estoy de acuerdo en que el segmento de discurso en sí mismo es algo abstracto: lo concreto y que constituye para mí lo observable para el lingüista son las distintas percepciones que se pueden tener de un segmento de discurso: tal segmento percibido por X, Y, Z, etc. Si quiere tratemos de aplicar lo dicho al problema del lapsus, un problema incoherente y sobre el que no creo tener demasiado para decir porque no he trabajado en particular al respecto. Pero veamos el ejemplo clásico de Freud del estudiante de medicina que va a hacer un brindis a la salud de su jefe y en vez de decir /1/ "Brindo a la salud de nuestro jefe" dice (en alemán los sustantivos son próximos) /2/ "Brindo a la destrucción de nuestro jefe". ¿Qué puede decir el lingüista ante tal fenómeno? Me parece que todo lo que puede hacer es por una parte analizar ese segmento de discurso percibido por los asistentes al brindis como /2/, y por otra analizarlo como lo percibió el que lo pronunció, al menos antes de pronunciarlo: /1/. Como lingüista sólo puedo analizar esos dos enunciados. Una vez que el lingüista entregó el análisis de esos enunciados es trabajo del psicoanalista, por ejemplo, por qué el señor X buscando decir /1/ con el sentido que tiene produjo /2/ con el sentido que tiene: es un problema distinto. Pero evidentemente se plantea una importante dificultad teórica para el lingüista: se pronunció un solo segmento, sin embargo me veo obligado a decir que ese segmento constituye dos enunciados según la manera en que es percibido.

M. S.: Parece claro, En un sentido la división de terrenos es similar a la que usted establece con el sociólogo.

O. D.: Es una respuesta que consiste en decir: esos problemas del psicoanalista y del sociólogo no me interesan, pero quisiera que las descripciones que hago de los enunciados, con la extensión que me vi obligado a hacer del término enunciado para responder a su pregunta, puedan servir al psicoanalista, al sociólogo para obtener explicaciones del comportamiento humano. Me parece que el psicoanalista y el sociólogo deben tener en cuenta mi descripción de lingüista.

M.S.: Creo que no es su caso, y sobre todo no en este momento, pero ¿por qué cree usted que la lingüística construye a veces objetos teóricos que parecen agotar las posibilidades de análisis? Creo que en sus ejemplos se puede percibir bien una diferencia de objeto en las diferentes disciplinas o ciencias. Pero a veces la lingüística tiene cierta tendencia a mostrarse como la única capaz de estudiar o la responsable, casi, del análisis del discurso concreto. Como si fuera asunto de ella agotar el sentido del discurso. Creo que usted en cambio ve a la lingüística como haciéndose cargo de un ámbito luego de lo cual corresponde hablar a la socio-

logía, por ejemplo, así como a la historia, la política, si fuera pertinente a la crítica literaria, al psicoanálisis. Me parece que la lingüística e incluso distintas lingüísticas han producido y producen, a veces, un efecto de borrado de la especificidad de los objetos de estas otras disciplinas.

O.D.: Estoy totalmente de acuerdo. Tal como yo la concibo, la lingüística debe ser *servidora* de las otras ciencias humanas. Cuando describe el sentido de un enunciado es para ofrecer un servicio a las otras ciencias que van a estudiar la producción real de ese enunciado y que se preguntarán por qué ese enunciado fue producido, qué implica su producción, qué tenía en la cabeza la persona que lo pronunció efectivamente. Es cierto que tiene tendencias a considerarse como patrona (*maitresse*) y creer que la descripción que ofrece del sentido de los enunciados agota el valor de la producción real de esos enunciados. Esa producción tiene un valor que el sociólogo y el psicólogo buscan determinar, para lo cual me parece que tienen que tener en cuenta el sentido que lingüísticamente tienen esos enunciados, pero ese sentido lingüístico no constituye el valor real de la producción de esos enunciados. Sería catastrófico y quisiera evitar a toda costa que se crea que lo que dice el lingüista da la verdad acerca de la actividad de producción efectiva de los enunciados; sin embargo, creo que da elementos para comprender ese valor de la producción efectiva. Freud explica el lapsus del estudiante por la rivalidad entre él y su jefe, pero si lo puede explicar así es porque admite en primer lugar que el enunciado, o los enunciados, tenían cierto sentido, para lo cual está obligado y sin duda se apoya en una descripción estrictamente lingüística de ellos.

Notas

¹ Una segunda noción promovida actualmente por Ducrot es la de *delocutividad*, basada en los verbos *delocutivos* de Benveniste (Cf. el artículo de ese nombre en *Problemas de lingüística general I*, Siglo XXI) y que él extiende a otras categorías gramaticales y como mecanismo esencial de la lengua en cuanto patentiza la polifonía. La tercera noción que centra sus investigaciones — de más años de elaboración y de la que no habló en Buenos Aires — es la de *argumentación*, entendida como mecanismo intrínseco de la lengua y constitutivo, antes que de las informaciones, del sentido de los enunciados.

Una buena visión general del camino emprendido por Ducrot desde sus primeros trabajos es la reciente recopilación en castellano *El decir y lo dicho* (Hachette, col. Lengua-Lingüística-Comunicación, Buenos Aires, 1984). Cf. en particular para este último momento de la teoría la última parte "Enunciación y argumentación", así como la próxima edición transcripta de su ciclo en UBA por parte de la Facultad de Filosofía y Letras.

² "El enunciado 'Santiago sigue haciendo tonterías' afirma a la vez a) que Santiago ha hecho tonterías en el pasado y b) que las hace en el presente... Las afirmaciones a) y b) tienen propiedades diferentes. Así a) sigue siendo afirmado cuando el enunciado es negado ('Es falso que Santiago siga haciendo tonterías') o cuando es objeto de una pregunta ('¿Santiago sigue haciendo tonterías?'). No ocurre lo mismo con b). Por otra parte, a) no es afirmado de la misma manera que b): a) se presenta como algo inobjetable, conocido ya e indudable; b), por el contrario, como algo nuevo y eventualmente discutible. Así a) se llama lo presupuesto y b) lo 'puesto' (*posé*).", O.D., "La organización semántica del enunciado", en O.D. y Todorov, T., *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Siglo XXI, 1974.

³ En *Ce que parler veut dire*, Fayard, 1982, p. 14.

⁴ Cf. la crítica a la pragmática según los neopositivistas en O.D. y Anscombe, Jean-Claude, "L'argumentation dans la langue", *Langages* 42, pp. 5-7.

⁵ En *Foundations in Sociolinguistics*, University of Pennsylvania Press, 1974, p. viii.

⁶ Aun cuando parezca perogrullo: aludía a la conversación concreta (a transcribir, si se quiere, directa, labovianamente), no a esta verosimilizada versión según las convenciones de este medio.

MODERNIDAD: UN PROYECTO INCOMPLETO

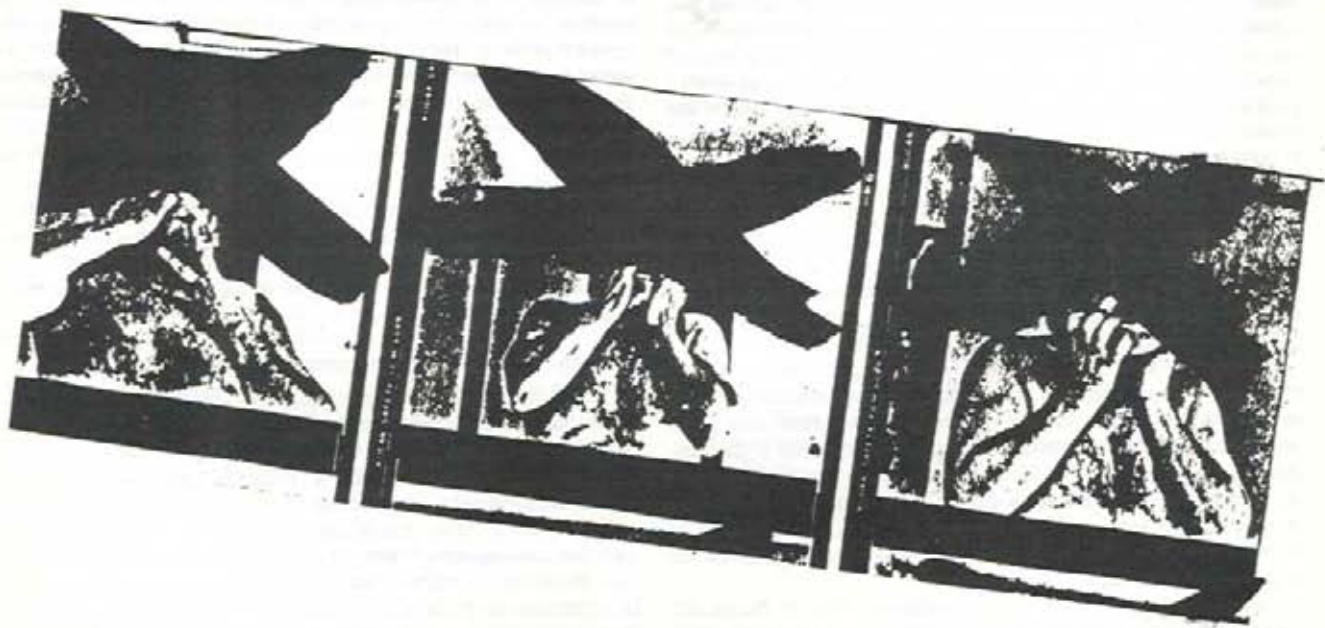
En 1980, la Bienal de Venecia incluyó arquitectos en la muestra. La nota dominante en esa primera bienal de Arquitectura fue la desilusión. Diría que los que estaban en Venecia formaban parte de una vanguardia que había invertido sus frentes, sacrificando la tradición de la modernidad en nombre de un nuevo historicismo. En esa ocasión, el crítico del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* esbozó una tesis cuya significación superaba el hecho mismo de la bienal para convertirse en un diagnóstico de nuestro tiempo: "La postmodernidad se presenta, sin duda, como Antimodernidad." Esta afirmación se aplica a una corriente emocional de nuestra época que ha penetrado todas las esferas de la vida intelectual. Y ha convertido en puntos prioritarios de reflexión a las teorías sobre el postluminismo, la postmodernidad e, incluso, la poshistoria.

De la historia nos llega una expresión: "Antiguos y modernos". Comencemos por definir estos conceptos. El término "moderno" ha realizado un largo camino, que Hans Robert Jauss investigó.¹ La palabra, bajo su forma latina "modernus", fue usada por primera vez a fines del siglo V, para distinguir el presente, ya oficialmente cristiano, del pasado romano pagano. Con diversos contenidos, el término "moderno" expresó una y otra vez la conciencia de una

época que se mira a sí misma en relación con el pasado, considerándose resultado de una transición desde lo viejo hacia lo nuevo.

Algunos restringen el concepto de "modernidad" al Renacimiento; esta perspectiva me parece demasiado estrecha. Hubo quien se consideraba moderno en pleno siglo XII o en la Francia del siglo XVII, cuando la querrela de Antiguos y Modernos. Esto significa que el término aparece en todos aquellos períodos en que se formó la conciencia de una nueva época, modificando su relación con la antigüedad y considerándose a un modelo que podía ser recuperado a través de imitaciones.

Este hecho que los clásicos de la antigüedad mantenían sobre el espíritu de épocas posteriores fue disuelto por los ideales del Iluminismo francés. La idea de ser "moderno" a través de una relación renovada con los clásicos, cambió a partir de la confianza, inspirada en la ciencia, en un progreso infinito del conocimiento y un infinito mejoramiento social y moral. Surgió así una nueva forma de la conciencia moderna. El modernismo romántico quiso oponerse a los viejos ideales de los clásicos; buscó una nueva era histórica y la encontró en la idealización de la Edad Media. Sin embargo, este nuevo período ideal, descubierto a principios del



siglo XIX, no se convirtió en un punto inmovible. En el curso del siglo XIX, el espíritu romántico, que había radicalizado su conciencia de la modernidad, se liberó de remisiones históricas específicas. Ese nuevo modernismo planteó una oposición abstracta entre tradición y presente. Todavía somos hoy, de algún modo, los contemporáneos de esa modernidad estética surgida a mediados del siglo XIX. Desde entonces, la marca distintiva de lo moderno es "lo nuevo", que es superado y condenado a la obsolescencia por la novedad del estilo que le sigue. Pero, mientras que lo que es meramente un "estilo" puede pasar de moda, lo moderno conserva un lazo secreto con lo clásico. Se sabe, por supuesto, que todo lo que sobrevive al tiempo llega a ser considerado clásico. Pero el testimonio verdaderamente moderno no extrae su clasicidad de la autoridad pretérita, sino que se convierte en clásico cuando ha logrado ser completa y auténticamente moderno. Nuestro sentido de la modernidad produce sus pautas autosuficientes. Y la relación entre "moderno" y "clásico" ha perdido así una referencia histórica fija.

Disciplina de la modernidad estética

El espíritu y la disciplina de la modernidad estética se diseñó claramente en la obra de Baudelaire. La modernidad se desplegó luego en varios movimientos de vanguardia y, finalmente, alcanzó su culminación en el Café Voltaire de los dadaístas y en el surrealismo. La modernidad estética se caracteriza por actitudes que tienen su eje común en una nueva conciencia del tiempo, expresada en las metáforas de la vanguardia. La vanguardia se ve a sí misma invadiendo territorios desconocidos, exponiéndose al peligro de encuentros inesperados, conquistando un futuro, trazando huellas en un paisaje que todavía nadie ha pisado.

Pero este volcarse hacia adelante, esta anticipación de un futuro indefinido y este culto de lo nuevo, significan, en realidad, la exaltación del presente. La nueva conciencia del tiempo, que penetra en la filosofía con los escritos de Bergson, expresa algo más que la experiencia de la movilidad en lo social, de la aceleración en la historia, de la discontinuidad en la vida. Este valor nuevo atribuido a la transitoriedad, a lo elusivo y efímero, la celebración misma del dinamismo, revela una nostalgia por un presente inmaculado y estable.

Todo esto explica el lenguaje bastante abstracto con el cual el moderno se refiere al "pasado". Las épocas pierden sus rasgos distintivos. La memoria histórica es reemplazada por la afinidad heroica del presente con los extremos de la historia: un sentido del tiempo en el cual la decadencia se reconoce a sí misma en la barbarie, lo salvaje y lo primitivo. Se detecta la intención anárquica de hacer explotar el *continuum* de la historia, a partir de la fuerza subversiva de esta nueva conciencia estética. La modernidad se rebela contra la función normalizadora de la tradición; en verdad, lo moderno se alimenta de la experiencia de su rebelión permanente contra toda normatividad. Esta rebelión es una manera de neutralizar las pautas de la moral y del utilitarismo. La conciencia estética pone constantemente en escena un juego dialéctico entre ocultamiento y escándalo público; se fascina con el horror que acompaña a toda profanación y, al mismo tiempo, siempre termina huyendo de los resultados triviales de la profanación.

Por otro lado, la conciencia del tiempo articulada por el arte de vanguardia no es simplemente ahistórica; se dirige más bien contra lo que podría denominarse una falsa normatividad de la historia. El espíritu moderno y de vanguardia ha tratado de utilizar el pasado de manera diferente; dispone de esos pasados que le son proporcionados por la erudición objetivante del historicismo, oponiéndose al mismo tiempo a la historia neutralizada que permanece en el encierro del museo historicista.

A partir del espíritu del surrealismo, Walter Benjamin construye la relación de la modernidad con la historia, desde una actitud que yo llamaría posthistoricista. Recuerda la

autocomprensión de la Revolución Francesa: "La Revolución citaba a la Roma antigua, del mismo modo que la moda cita un vestido viejo. La moda tiene el olfato de lo actual, incluso moviéndose en la espesura de lo que alguna vez lo fue". Este es el concepto de Benjamin del *Jetztzeit*, del presente como momento de revelación: un momento en que se mezclan destellos de actualidad mesiánica. En este sentido, la Roma antigua era, para Robespierre, un pasado cargado de revelaciones actuales.²

Ahora bien, este espíritu de la modernidad estética ha comenzado a envejecer. Citado nuevamente en los años sesenta, debemos reconocer que, después de los setenta, este modernismo origina respuestas mucho más débiles que hace quince años. Octavio Paz, un compañero de ruta de la modernidad, señalaba que ya a mediados de la década del sesenta "la vanguardia de 1967 repite los gestos de 1917. Estamos enfrentados a la idea del fin del arte moderno". La obra de Peter Bürger nos enseña hoy la idea de "post-vanguardia", término elegido para indicar el fracaso de la rebelión surrealista.³ Pero, ¿cuál es el significado de este fracaso? ¿Significa un adiós a la modernidad? ¿La existencia de la post-vanguardia marca una transición hacia ese fenómeno más amplio denominado postmodernidad?

Esta es, en realidad, la interpretación de Daniel Bell, el más brillante de los neoconservadores norteamericanos. En su libro, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Bell afirma que las crisis de las sociedades desarrolladas de Occidente deben remitirse a una escisión entre cultura y sociedad. La cultura moderna ha penetrado los valores de la vida cotidiana; el mundo está infestado de modernismo. A causa del modernismo, son hegemónicos el principio de autorrealización ilimitada, la exigencia de una autoexperiencia auténtica y el subjetivismo de una sensibilidad hiperestimulada. Estas tendencias liberan motivaciones hedonísticas, irreconciliables con la disciplina de la vida profesional en sociedad. Más aún, continúa Bell, la cultura modernista es totalmente incompatible con las bases morales de una conducta dirigida y racional. De este modo, Bell responsabiliza de la disolución de la "ética protestante" (fenómeno que ya había preocupado a Max Weber) a la "cultura enemiga". En su forma moderna, la cultura alimenta el odio por las convenciones y virtudes de la vida cotidiana, que había sido racionalizada bajo las presiones de imperativos económicos y administrativos.

Me gustaría llamar la atención sobre un pliegue particularmente complejo de este punto de vista. Se nos dice que el impulso de la vanguardia está agotado, que cualquiera que se considere de vanguardia puede ir leyendo su condena a muerte. Aunque la vanguardia siga expandiéndose, ya no es más creativa. El modernismo dominaría, pero muerto. Aquí surge la pregunta para el neoconservador: ¿cómo se originarán las normas en una sociedad que limitará los impulsos libertinos y reestablecerá la ética de la disciplina y el trabajo? ¿Qué normas frenarán la nivelación producida por el estado de bienestar, para que vuelvan a ser dominantes las virtudes de la competencia individual por el éxito? Bell cree que la única solución está en un resurgimiento religioso. La fe religiosa y la fe en la tradición podrían proporcionar a los hombres una identidad definida y seguridad existencial.

Modernidad cultural y modernización societal

Evidentemente, no hay magia que pueda conjurar y producir las creencias necesarias a este principio de autoridad. Análisis como los de Bell desembocan, entonces, en actitudes difundidas en Alemania y Estados Unidos: confrontaciones intelectuales y políticas con los cursos de la modernidad. Cito a Peter Steinfels, observador del nuevo estilo que los neoconservadores impusieron en la escena intelectual durante los años setenta: "La lucha toma la forma de la denuncia de toda manifestación que pueda ser considerada propia de una mentalidad de oposición, diseñando su lógica para vincularla con las diversas formas de extremis-

mo: la conexión entre modernismo y nihilismo; entre regulación estatal y autoritarismo, entre crítica del gasto militar y rendición al comunismo, entre la liberación femenina o los derechos homosexuales y la destrucción de la familia, entre la izquierda en general y el terrorismo, el antisemitismo y el fascismo...

El argumento *ad hominem* y estas ácidas acusaciones intelectuales se difundieron en Alemania. No deberían explicarse en los términos de la psicología de los ensayistas neoconservadores, sino que testimonian más bien la debilidad de la doctrina neoconservadora misma.

El neoconservatismo desplaza sobre el modernismo cultural las incómodas cargas de una más o menos exitosa modernización capitalista de la economía y la sociedad. La doctrina neoconservadora esfuma la relación entre el proceso de modernización societal, que aprueba, y el desarrollo cultural, del que se lamenta. Los neoconservadores no pueden abordar las causas económicas y sociales del cambio de actitudes hacia el trabajo, el consumo, el éxito y el ocio. En consecuencia, responsabilizan a la cultura del hedonismo, la ausencia de identificación social y de obediencia, el narcisismo, el abandono de la competencia por el *status* y el éxito. Pero, en realidad, la cultura interviene en el origen de todos estos problemas de modo sólo indirecto y mediado.

Desde el punto de vista neoconservador, los intelectuales que están todavía comprometidos con el proyecto de la modernidad ocupan el lugar de esas causas aún no analizadas. El estado de ánimo neoconservador no se origina, hoy, en el descontento frente a las consecuencias opuestas de un flujo de cultura que irrumpe en la sociedad desde los museos. Su descontento no ha nacido por obra de los intelectuales modernos. Está arraigado en reacciones muy profundas frente a los procesos de modernización societal. Bajo las presiones de la dinámica económica y de la organización de las tareas y logros del Estado, esta modernización social penetra cada vez más profundamente en formas previas de la existencia humana.

Así, por ejemplo, los neopopulistas expresan en sus protestas un difundido temor respecto de la destrucción del entorno urbano y natural y de las formas de relación entre los hombres. Los neoconservadores se permiten ironías sobre estas protestas. Las tareas de transmisión de una tradición cultural, de integración social y de socialización requieren una determinada adhesión a lo que yo denomino racionalidad comunicativa. Las situaciones de donde surgen la protesta y el descontento se originan precisamente cuando las esferas de la acción comunicativa, centradas sobre la reproducción y transmisión de valores y normas, son penetradas por una forma de modernización regida por estándares de racionalidad económica y administrativa, muy diferentes de los de la racionalidad comunicativa de la que dependen esas esferas. Justamente, las doctrinas neoconservadoras desvían su atención de esos procesos sociales, proyectando las causas, que no iluminan, hacia el plano de una cultura subversiva y sus defensores.

Sin duda, la modernidad cultural genera también sus propias aporías. Independientemente de las consecuencias de la modernización societal y dentro de una perspectiva de desarrollo cultural, se originan motivos que arrojan dudas sobre el proyecto de la modernidad. Después de haber abordado una crítica débil a la modernidad como la de los neoconservadores, permítaseme ahora pasar a la cuestión de las aporías de la modernidad cultural, cuestión que muchas veces sólo sirve como pretexto para las defensas del postmodernismo, para recomendar una vuelta a alguna forma premoderna o, por último, para rechazar de plano la modernidad.

El proyecto del Iluminismo

La idea de modernidad está íntimamente ligada al desarrollo del arte europeo, pero lo que llamo el "proyecto de la modernidad" sólo se pone a foco cuando se prescinde de la habitual focalización sobre el arte. Permiseme comenzar un análisis diferente, recordando una idea de Max We-

ber. El caracterizó la modernidad cultural como la separación de la razón sustantiva expresada en la religión y la metafísica en tres esferas autónomas: ciencia, moralidad y arte, que se diferenciaron porque las visiones del mundo unificadas de la religión y la metafísica se escindieron. Desde el siglo XVIII, los problemas heredados de estas viejas visiones del mundo pudieron organizarse según aspectos específicos de validez: verdad, derecho normativo, autenticidad y belleza. Pudieron entonces ser tratados como problemas de conocimiento, de justicia y moral o de gusto. A su vez pudieron institucionalizarse el discurso científico, las teorías morales, la jurisprudencia y la producción y crítica de arte. Cada dominio de la cultura correspondía a profesiones culturales, que enfocaban los problemas con perspectiva de especialistas. Este tratamiento profesional de la tradición cultural trae a primer plano las estructuras intrínsecas de cada una de las tres dimensiones de la cultura. Aparecen las estructuras de la racionalidad cognitivo-instrumental, de la moral-práctica y de la estético-expresiva, cada una de ellas sometida al control de especialistas, que parecen ser más proclives a estas lógicas particulares que el resto de los hombres. Como resultado, crece la distancia entre la cultura de los expertos y la de un público más amplio. Lo que se incorpora a la cultura a través de la reflexión y la práctica especializadas no se convierte necesaria ni inmediatamente en propiedad de la *praxis* cotidiana. Con una racionalización cultural de este tipo, crece la amenaza de que el mundo, cuya sustancia tradicional ya ha sido desvalorizada, se empobrezca aún más.

El proyecto de modernidad formulado por los filósofos del iluminismo en el siglo XVIII se basaba en el desarrollo de una ciencia objetiva, una moral universal, una ley y un arte autónomos y regulados por lógicas propias. Al mismo tiempo, este proyecto intentaba liberar el potencial cognitivo de cada una de estas esferas de toda forma esotérica. Deseaban emplear esta acumulación de cultura especializada en el enriquecimiento de la vida diaria, es decir en la organización racional de la cotidianidad social.

Los filósofos del iluminismo, como Condorcet por ejemplo, todavía tenían la extravagante esperanza de que las artes y las ciencias iban a promover no sólo el control de las fuerzas naturales sino también la comprensión del mundo y del individuo, el progreso moral, la justicia de las instituciones y la felicidad de los hombres. Nuestro siglo ha conmovido este optimismo. La diferenciación de la ciencia, la moral y el arte ha desembocado en la autonomía de segmentos manipulados por especialistas y escindidos de la hermenéutica de la comunicación diaria. Esta escisión está en la base de los intentos, que se le oponen, para rechazar la cultura de la especialización. Pero el problema no se disuelve: ¿deberíamos tratar de revivir las intenciones del iluminismo o reconocer que todo el proyecto de la modernidad es una

escrita

RELATOS DE

R. Bell
A. Oviedo
L. Gusman
R. Dorra
U. Guinazú
C. Martínez

POESIAS DE

D. Vera
C. Riccardo
M. Espejo
O. Zapata
C. Culleré

APARECE EN JULIO

causa perdida? Quiero volver ahora al problema de la cultura artística, después de haber señalado las razones por las que, desde un punto de vista histórico, la modernidad estética es sólo una parte de la modernidad cultural.

Los falsos programas de la negación de la cultura

Simplificando, diría que en la historia del arte moderno puede detectarse la tendencia hacia una autonomía aún mayor de sus definiciones y prácticas. La categoría de Belleza y la esfera de los objetos bellos se constituyeron en el Renacimiento. En el curso del siglo XVIII, la literatura, las bellas artes y la música fueron institucionalizadas como actividades independientes de lo sagrado y de la corte. Luego, a mediados del siglo XIX, emergió una concepción esteticista del arte, que impulsó a que el artista produjera sus obras de acuerdo con la conciencia diferenciada del arte por el arte. La autonomía de la esfera estética se convertía así en un proyecto consciente y el artista de talento podía entonces trabajar en la búsqueda de la expresión de sus experiencias, experiencias de una subjetividad descentralizada, liberada de las presiones del conocimiento rutinizado o de la acción cotidiana.

Hacia mediados del siglo XIX, comenzó un movimiento en la pintura y la literatura, que Octavio Paz piensa puede resumirse en los textos de crítica de arte de Baudelaire. Las líneas, el color, los sonidos, el movimiento dejaron de servir, en primer lugar, a la representación, en la medida en que los medios de expresión y las técnicas de producción se convirtieron, por sí mismos, en objeto estético. Por eso Theodor Adorno pudo comenzar su *Teoría estética* de este modo: "Ha llegado a ser evidente que nada referente al arte es evidente: ni en el él mismo, ni en su relación con la totalidad, ni siquiera en su derecho a la existencia". Y esto es precisamente lo que el surrealismo rechazó: *das Existenzrecht der Kunst als Kunst*. Seguramente, el surrealismo no hubiera cuestionado el derecho del arte a la existencia, si el arte moderno no hubiera prometido la felicidad de su propia relación "con la totalidad" de la vida. Para Schiller, esa promesa se basaba en la intuición estética, pero no se realizaba por ella. En sus *Cartas sobre la educación estética de los hombres* se refiere a una utopía colocada más allá del arte. Pero cuando llegamos a la época de Baudelaire, que repitió esta *promesse de bonheur* por el arte, la utopía de la reconciliación con la sociedad ya tenía un gusto amargo. Una relación de opuestos había surgido a la existencia; el arte se había convertido en un espejo crítico, que mostraba la naturaleza irreconciliable de los mundos estético y social. El costo doloroso de esta transformación moderna aumentaba cuanto más se alienaba el arte de la vida y se refugiaba en una intocable autonomía completa. De estas corrientes, finalmente, nacieron las energías explosivas que se descargaron en el intento del surrealismo de destruir la esfera autárquica del arte y forzar su reconciliación con la vida.

Pero todos estos intentos de poner en un mismo plano el arte y la vida, la ficción y la *praxis*; los intentos de disolver las diferencias entre artefacto y objeto de uso, entre puesta en escena consciente y excitación espontánea; los intentos por los cuales se declaraba que todo era arte y todos artistas, disolviendo los criterios de juicio y equiparando el juicio estético con la expresión de las experiencias subjetivas: todos estos programas se demostraron como experimentos sin sentido. Experimentos que sólo lograron revivir e iluminar con intensidad a exactamente las mismas estructuras artísticas que pretendían disolver. Otorgaron una nueva legitimidad, como fines en sí mismos, a la forma en la ficción, a la trascendencia del arte sobre la sociedad, al carácter concentrado y planificado de la producción artística y al especial estatuto cognoscitivo de los juicios de gusto. El proyecto radicalizado de negar el arte terminó, irónicamente, legitimando justamente aquellas categorías mediante las cuales el iluminismo había delimitado la esfera objetiva de lo estético. Los surrealistas protagonizaron

las batallas más extremas y encarnizadas, pero su rebelión se vio profundamente afectada por dos errores. En primer lugar, cuando los continentes de una esfera cultural autónoma se destruyen, sus contenidos se dispersan. Nada queda en pie después de la desublimación del sentido o la desestructuración de la forma. El efecto emancipatorio esperado no se produce.

El segundo error tuvo consecuencias más importantes. En la vida diaria, los significados cognoscitivos, las expectativas morales, las expresiones subjetivas y las valoraciones deben relacionarse unas con otras. El proceso de comunicación necesita de una tradición cultural que cubra todas las esferas. La existencia racionalizada no puede salvarse del empobrecimiento cultural sólo a través de la apertura de una de las esferas —en este caso, el arte— y, en consecuencia, abriendo los accesos a sólo uno de los conjuntos de conocimiento especializado. La rebelión surrealista reemplazaba a sólo una abstracción.

Pueden encontrarse otros ejemplos de intentos fallidos de lo que es una falsa negación de la cultura, también en las esferas del conocimiento teórico o de la moral. Pero son menos marcados. Desde la época de los jóvenes hegelianos se ha hablado de la negación de la filosofía. Desde Marx, es central la relación entre teoría y práctica. Sin embargo, los marxistas intentaron confluír en el movimiento social y sólo en sus márgenes se produjeron intentos sectarios de una negación de la filosofía similar a la del programa surrealista de la negación del arte. El paralelo con los errores de los surrealistas se hace visible cuando se observan las consecuencias del dogmatismo y el rigorismo moral.

Una práctica cotidiana reificada sólo puede modificarse por la creación de una interacción libre de presiones de los elementos cognitivos, morales, prácticos y estético-expresivos. La reificación no puede ser superada sólo mediante la apertura de una de estas esferas culturales, altamente estilizadas y especializadas. En determinadas circunstancias, nos fue dado descubrir una relación entre las actividades terroristas y la extensión extrema de cualquiera de las esferas sobre las otras. Abundan los ejemplos de una estetización de la política, o del reemplazo de la política por el rigorismo moral o su sumisión al dogmatismo de una doctrina. Estos fenómenos, sin embargo, no deben conducirnos a denunciar la tradición del iluminismo como arraigada en una "razón terrorista". Quienes juntan el proyecto de la modernidad con la conciencia y la acción espectacular del terrorismo son tan ciegos como quienes proclaman que el más persistente y extenso terror burocrático practicado en la oscuridad de las celdas militares y policiales, es la *raison d'être* del Estado moderno, por la sola razón de que el terror administrativo utiliza los medios proporcionados por las burocracias modernas.

Alternativas

Me parece que, en lugar de abandonar el proyecto de la modernidad como una causa perdida, deberíamos aprender de los errores de aquellos programas extravagantes que trataron de negar la modernidad. Quizás la recepción del arte ofrezca un ejemplo que, por lo menos, señale un camino de salida.

El arte burgués despertaba, al mismo tiempo, dos expectativas en su público. Por un lado, el lego que gozaba con el arte debía educarse hasta convertirse en un especialista. Por el otro, también debía comportarse como un consumidor competente que utiliza el arte y vincula sus experiencias estéticas a los problemas de su propia vida. Esta segunda modalidad, al parecer inocua, ha perdido sus implicaciones radicales porque mantuvo una relación confusa con las actitudes del experto y del profesional.

Sin duda, la producción artística se debilitaría, si no se la realizara según las modalidades de un abordaje especializado de problemas autónomos y si dejara de ser el objeto de especialistas que no prestan demasiada atención a cuestiones externas. Tanto estos críticos como estos artistas acep-

tan el hecho de que tales problemas están sometidos a la fuerza de lo que antes llamamos "lógica interna" de una esfera cultural. Sin embargo, esta delimitación clara, esta concentración exclusiva sobre un aspecto de validez, con exclusión de los aspectos concernientes a la verdad y la justicia, se deshace tan pronto como la experiencia estética se acerca a la vida individual y su historia y es absorbida por ella. La recepción del arte por parte del lego y del "experto común" tiene una dirección diferente de la del crítico profesional.

Albert Wellmer me señaló uno de los modos en que una experiencia estética, que no ha sido enmarcada por juicios críticos especializados, puede ver alterada su significación. En la medida en que esa experiencia es utilizada para iluminar una situación de vida y se relaciona con sus problemas, entra en un juego de lenguaje que ya no es el del crítico. Así la experiencia estética no sólo renueva la interpretación de las necesidades a cuya luz percibimos el mundo, sino que penetra todas nuestras significaciones cognitivas y nuestras esperanzas normativas cambiando el modo en que todos estos momentos se refieren entre sí. Vayamos a un ejemplo.

Esta modalidad de recepción está sugerida en el primer volumen de *Die Ästhetik des Widerstands* (La estética de la resistencia) de Peter Weiss. Weiss describe el proceso de reapropiación del arte a través de un grupo políticamente motivado, e integrado por obreros ávidos de conocimiento, en el Berlín de 1937.⁵ Gente joven que, a través de la educación secundaria nocturna, adquiere los medios intelectuales para sumergirse en la historia social general del arte europeo. Del resistente edificio del arte, y de las obras que visitaban una y otra vez en los museos de Berlín, comenzaron a extraer bloques de piedra, juntándolos y rearmándolos en su propio medio, lejano tanto al de la educación tradicional como al del régimen político imperante. Estos jóvenes obreros iban y venían entre el edificio del arte europeo y su propio mundo hasta llegar a iluminar a ambos.

En ejemplos como éste, que ilustran la reapropiación de la cultura de los expertos desde el punto de vista de la vida, puede descubrirse un elemento que hace justicia a las intenciones de las rebeliones surrealistas y, quizás más todavía, al interés de Benjamin y Brecht sobre cómo funciona el arte cuando, después de perdida su aura, todavía puede ser percibido de manera iluminadora. En una palabra: el proyecto de la modernidad todavía no se ha realizado. Y la recepción del arte es sólo uno de sus aspectos. El proyecto intenta volver a vincular diferenciadamente a la cultura moderna con la práctica cotidiana que todavía depende de sus herencias vitales, pero que se empobrece si se la limita al tradicionalismo. Este nuevo vínculo puede establecerse sólo si la modernización societal se desarrolla en una dirección diferente. El mundo vivido deberá ser capaz de desarrollar instituciones que pongan límites a la dinámica interna y a los imperativos de un sistema económico casi autónomo y a sus instrumentos administrativos.

Si no me equivoco, nuestras posibilidades actuales no son muy buenas. En casi todo el mundo occidental se impone un clima que impulsa los procesos de modernización capitalista y, al mismo tiempo, critica la modernidad cultural. La desilusión frente a los fracasos de los programas que abogaban por la negación del arte y la filosofía se ha convertido en un pretexto para posiciones conservadoras. Quisiera distinguir aquí el antimodernismo de los "jóvenes conservadores", del premodernismo de los "viejos conservadores" y del postmodernismo de los neoconservadores.

Los "jóvenes conservadores" recuperan la experiencia básica de la modernidad estética. Reclaman como propias las revelaciones de una subjetividad descentrada, emancipada de los imperativos del trabajo y la utilidad, y con esta experiencia dan un paso fuera del mundo moderno. Sobre la base de actitudes modernistas, justifican un irreconciliable antimodernismo. Colocan en la esfera de lo lejano y lo arcaico a las potencias espontáneas de la imaginación, la

experiencia de sí y la emoción. De manera maniquea, contraponen a la razón instrumental un principio sólo accesible a través de la evocación, sea éste la voluntad de Poder, el Ser o la fuerza dionisiaca de lo poético. En Francia esta línea va de Georges Bataille, vía Michel Foucault a Derrida.

Los "viejos conservadores" no se permiten la contaminación con el modernismo cultural. Observan con tristeza la declinación de la razón sustantiva, la especialización de la ciencia, la moral y el arte, la racionalidad de medios del mundo moderno. Y recomiendan retirarse hacia posiciones anteriores a la modernidad. De allí el relativo éxito actual del neorastotelismo. En esta línea, que se origina en Leo Strauss, pueden ubicarse obras interesantes como las de Hans Jonas y Robert Spaemann.

Finalmente, los neoconservadores saludan el desarrollo de la ciencia moderna, en la medida en que posibilite el progreso técnico, el crecimiento capitalista y la administración racional. Sin embargo, recomiendan, al mismo tiempo, una política que diluya el contenido explosivo de la modernidad cultural. Según una de sus tesis, la ciencia carece de significación en la orientación de la vida. Otra tesis es que la política debe estar tan escindida como sea posible de las justificaciones morales. Una tercera tesis afirma la inmanencia pura del arte, no le reconoce un contenido de utopía y subraya su carácter ilusorio para limitar la experiencia estética a la esfera privada. En esta línea podrían incluirse el primer Wittgenstein, Carl Schmitt en su segunda etapa y Gottfried Benn, en su última manera. Pero con el confinamiento definitivo de la ciencia, la moral y el arte en esferas autónomas, separadas de la vida y administradas por especialistas, lo que queda del proyecto de la modernidad cultural es irrisorio. Como reemplazo se apunta a tradiciones que, sin embargo, parecen ser inmunes a las demandas de justificación normativa y de validación.

Esta tipología es, como suelen serlo las tipologías, una simplificación, aunque no del todo inútil para el análisis de las confrontaciones intelectuales y políticas contemporáneas. Me temo que las ideas de la antimodernidad junto con un toque de premodernidad están teniendo amplia circulación en los círculos de la cultura alternativa. Cuando se observan las transformaciones de la conciencia en los partidos políticos alemanes, se hace visible un cambio de tendencia: la alianza de los postmodernistas con los premodernistas. De ninguno de los partidos puede decirse que monopolice el ataque a los intelectuales y las posiciones del neoconservatismo. Debo entonces agradecer al espíritu liberal de la ciudad de Frankfurt que me ha otorgado un premio que lleva el nombre de Theodor Adorno, uno de los significativos hijos de esta ciudad, quien como filósofo y escritor forjó una imagen de intelectual que se ha convertido en un modelo para intelectuales.⁶

NOTAS

¹ Jauss discute la concepción y las nociones de modernidad y moderno en: "La modernité dans la tradition littéraire et la conscience d'aujourd'hui", incluido en *Pour une esthétique de la réception*, París, Gallimard, 1978.

² Benjamin, *Tesis de filosofía de la historia*, en *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1973.

³ Peter Bürger es autor de *Theory of the Avant-garde*, Minneapolis, 1983.

⁴ Peter Steinfels, *The neoconservatives*, Nueva York, Simon and Schuster, 1969, pág. 65.

⁵ La novela de Peter Weiss, *Die Ästhetik des Widerstands*, fue publicada entre 1975 y 1978. La obra de arte que los obreros se reapropian es el altar de Pérgamo, emblema del poder, del clasicismo y de la racionalidad.

⁶ Este ensayo fue, en su origen, una conferencia pronunciada por Habermas, en septiembre de 1980, en ocasión de recibir el premio Theodor Adorno. Habermas la repitió en 1981 en el New York Institute of Humanities y fue publicada en *New German Critique*, en 1981.

Silvia Bonzini
Laura Klein

UN NO DE CLARIDAD

*"Una mirada desde la alcantarilla
puede ser una visión del mundo.
La rebelión consiste en mirar una
rosa
hasta pulverizarse los ojos."*

Alejandra Pizarnik

I. Introducción

Suaves, rectas, hirientes, protectoras, las definiciones acerca del ser, del deber ser y del no ser de la mujer, cubren un vasto y extravagante registro. "Dios y la naturaleza dieron a la mujer diversas labores que perfeccionan y complementan la obra encargada a los hombres",¹ nos predica delicada y ¿femeninamente? Juan XXIII, acaso inspirado en aquel viejo proverbio que apostara por la existencia de una buena fámula detrás de todo gran hombre. "La naturaleza quiso que las mujeres fuesen nuestras esclavas... son nuestra propiedad... nos pertenecen, tal como un árbol que pare frutas pertenece al granjero",² concluye ¿virilmente? y en sana coherencia ideológica Napoleón Bonaparte, pies y espada clavados sobre la tierra imperial. Afiebrado de pureza, con la ingenuidad que otorga al buen salvaje el vivir atorado en el civilizado capitalismo, Jean Jacques Rousseau se expide sobre la controvertida función femenina. "Toda la educación de la mujer debe referirse al hombre. Complacerlo, ser útil, hacerse amar y honrar por él, educarlo cuando joven, cuidarlo cuando adulto, aconsejarlo, consolarlo y hacerle la vida dulce y agradable. Estos son los deberes de las mujeres en todo momento y lo que debe caracterizarlas desde su más tierna infancia".³ Satélite perfecto —y por añadidura— humano, Silvina Bullrich no duda en indicarnos cuál

* De aquí no debe deducirse que la mera toma del poder político por el proletariado y el conjunto de los sectores oprimidos, libere automáticamente a los mismos y a la sociedad entera de la miseria social (sexual, cultural, etc.). La emancipación social —que implica también una revolución de las costumbres y de las prácticas cotidianas— no es una excrecencia de la emancipación política, no es su consecuencia inmediata, ni necesaria. Más bien, la resolución de estos problemas impondrá una larga lucha, que ha comenzado ya bajo el capitalismo, y que se profundizará como *revolución cultural* a lo largo de todo el proceso socialista regido por el principio de la libertad de cada uno como condición para el libre desarrollo de todos.

es el modelo a imitar: Margaret Thatcher, "la imagen verdadera de la mujer actual, la que tiene una capacidad ilimitada de adaptación y por lo tanto de eficiencia; la que después de haber puesto el pollo al horno, sigue leyendo el libro que le permite prepararse para afrontar la vida o para ganar las elecciones".⁴ "God bless you" concluye arrebatada la Sra. Bullrich, dirigiéndose en forma frontal, ¿viril?, a la Sra. Thatcher (¿muy femenina?). *God save us.*

En el extremo opuesto del péndulo, Baudrillard escribe "lo femenino es mucho más sutil: es precisamente, lo que no se opone a lo masculino, es lo que lo seduce... porque no es nada... En el plano político, en el ideológico, en el sexual, todo se plantea en términos de relaciones de fuerza, de relaciones de derechos. La seducción, en cambio, se sitúa fuera, precisamente, de ese campo de las relaciones de fuerza".⁵ Lo inefable, la marca increíble, última, de lo humano, inasible, incognoscible. Ahistórica. Femenina. Un misterio, sentenció Lacan.

La bella sin palabras recorre el mundo. Privada de razón, engendra vida.

Entre alabanzas, estatutos y maduras interpretaciones de la sabia Naturaleza, se dibuja frontal y crudamente (Napoleón, Silvina Bullrich), con ínfula divina o dulce comprensión (Juan XXIII, Rousseau), en cautivo éxtasis cuya premisa consiste en negar —eso sí, con seductor ademán y bala de seda— aquello que afirma admirar (Baudrillard, Lacan) —una figura: la mujer oprimida. Doméstica gratuita; educada en el oír y en el callar, asentir y obedecer; fuera y lejos del mundo del pensamiento creado, usufructuado y defendido por obligados Adanes; atada por las leyes al poder decisorio del jefe de familia, encadenada por la Iglesia al marido; mal paga si trabaja, mal mirada si goza; discriminada si piensa, sospechosa si escribe.

En tanto expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las ideas de la clase dominante no reflejan meramente la explotación de clase sino que la reproducen en la superestructura ideológica a través del ejercicio de la hegemonía sobre toda la sociedad, convirtiendo el punto de vista —y el interés— particular de una clase, en patrimonio natural de todas. El capitalismo, que lleva al máximo la separación entre productores y medios de producción, "no oprime a los trabajadores solamente con la desnuda violencia externa sino, además, a través de su influencia espiritual: la escuela, la Iglesia y la moral sexual" (Reich), paralizando la crítica, promoviendo la insatisfacción y la indecisión del hombre y la mujer, generando individuos sumisos a la autoridad que el Capital confiere, alienados afectiva y productivamente, víctimas y reproductores de los mecanismos de perpetuación y defensa del mismo sistema que los oprime.* Atrofiada la crítica, sólo resta de lo humano su potencialidad.

El Estado capitalista que mantiene las formas diversas de la opresión en los países atrasados no es libre ni soberano. Su dependencia económica y política, social y cultural, tiene en la familia patriarcal como constitutiva del mismo, uno de sus baluartes más vigorosos. A través de ésta, establece con la mujer una relación indirecta, que se manifiesta en el poder de dominación que confiere al hombre en su relación de autoridad asimétrica con la mujer, y en la desventajosa situación de ésta en el trabajo asalariado. Una democracia enlenque, una sociedad civil débil y fragmentada, productos de un desarrollo capitalista desigual que en los países atrasados no ha realizado la revolución democrático-burguesa, no habiendo concretado por tanto, la separación del la Iglesia del Estado ni ideológica ni institucionalmente. Liberales y demócratas de estos países no han cuestionado radicalmente la religión; ni las banderas de igualdad, fraternidad y libertad han sido levantadas por una fuerza social revolucionaria, sino incorporadas formalmente por las burguesías nacionales, base sobre la cual, por supuesto, tampoco ha sido cuestionada la desigualdad jurídica y social de la mujer. Esta permanece, por tanto, doblemente oprimida, al no plantearse —como en los países

centrales— la contradicción entre la democratización de la sociedad y su situación específica de opresión.

“Por analogía con el papel del pene en el coito (un coito previamente leído desde el sistema de dominación masculina) se ha venido identificando como masculino lo activo, horadante, erguido, desbrazador de caminos o agresivo. Así también se ha llegado a presumir que lo femenino consiste en, caso de no estar quietas, andar uterizándolo todo. Se trata de un abuso de la metáfora al servicio de una ideología. Disfrazar la cultura de naturaleza, hacer toxicología social, o mirarlo todo desde el precario observatorio del pene en erección. No es mucho más serio esto que ponderarle a los obreros las virtudes de la hormiga. En cualquier caso se trata de biologicismo, no de biología.”

La metáfora es abusiva. La naturalidad de Napoleón sería hoy poco interesante para la clase dominante, poco creíble, demasiado evidente. Más pertinentes, en cambio, son las formulaciones modernas al estilo de Baudrillard, que con espigada caricia, perpetúan el actual estado discriminatorio, dándole un carácter ya no peyorativo, sino de íntima y secreta superioridad. Curioso protagonismo el de la mujer. “De todo esto emerge un ser muy extraño, mixto. En el terreno de la imaginación tiene la mayor importancia; en la práctica, es totalmente insignificante. Reina en la poesía de punta a punta de libro; en la Historia casi no aparece. En la literatura domina la vida de reyes y conquistadores; de hecho, era la esclava de cualquier joven cuyos padres le ponían a la fuerza un anillo en el dedo. Algunas de las palabras más inspiradas, de los pensamientos más profundos salen en la literatura de sus labios; en la vida real, sabía apenas leer, apenas escribir y era propiedad de su marido. Era desde luego un monstruo extraño lo que resultaba de la literatura de los historiadores primero y de los poetas después: un gusano con alas de águila, el espíritu de la vida y la belleza en una cocina cortando cebos. Pero estos monstruos, por mucho que diviertan la imaginación, carecen de existencia real”. Amo y esclava, víctimas de una misma opresión, reproducen a su vez la relación de dominación, sufren (¿femeninos?) la crisis de los valores (¿masculinos?) y los roles tradicionales, aunque difieren tanto en su comprensión como en la urgencia de la necesidad de su resolución (¿hay algún sector dominante que ceda espontáneamente sus privilegios, así éstos vengan acompañados de miseria?).

Pero la Bella que ornaba el mundo comenzó a hablar. Asomando cabeza y corazón por la alcantarilla, desbrazando el camino para su constitución como sujeto de su propio discurso y de su propia práctica de lucha. En un principio (y hoy todavía encontramos resabios envejecidos de ello) la dificultad inherente a su lugar, y las limitaciones con que se enfrentaba a su lucha por la independencia a todos los niveles, produjeron no la abolición de lo masculino, sino su repartija por partes iguales; no la crítica del dominador, sino la apropiación de sus métodos e ideas (la abolición de su monopolio); con lo cual el problema, si bien no quedaba resuelto, sí permanecía —poco felizmente— encubierto. Adjudicado el rol revulsivo y revolucionario a la mujer, vuelve —por el lado inverso— la asimetría. Mujeres, homosexuales, adolescentes, poetas, marginados en general, irrumpen como fuerzas propulsoras de cambio; “¿y nosotros, los seglares heterosexuales?”, se pregunta Josep-Vincent Márquez, espantado ante la obligación ¿divina? de Cumplir. No temer. Saber. La servidumbre de las mujeres no es de ninguna manera una ventaja para los hombres. “¿Qué trampa para el sexo masculino el haberse forzado a llevar una cadena (el matrimonio) que para él resulta un fenómeno espantoso, y qué castigo padece el hombre, por las molestias de tal vínculo, por haber reducido a la mujer a ser una criada?”. La justeza de estas reflexiones provenientes del siglo XVIII, hacen de su autor, Charles Fourier, el genial precursor de la emancipación no sólo de la mujer, sino de los dos sexos alienados el uno en el otro, para la construcción de una sociedad en la cual, como decía Marx, “la libertad de cada uno sea la condición para el libre desarrollo de todos”.

II. Desde la alcantarilla

Historia de una rebelión

“Levanta contra el viento la cabeza oscura.”

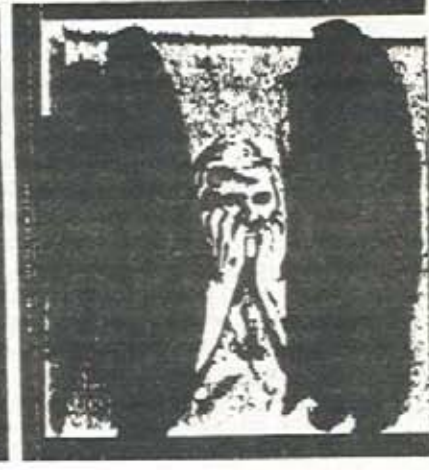
Miguel Goya

La labor del artista es para la sociedad de clases, problemática, al punto que, de acuerdo a las necesidades de la hora, puede ser marginado, y hasta hostigado, con los muy diversos medios que la situación requiera —desde la indiferencia, a la censura y persecución—. Pongamos por caso un poeta, un “soñador” que decide alzar su voz sobre la tersa superficie de los días. Trátemos de comprender cuál será su enfrentamiento con el estado de cosas, a través de la lente aumentada que puede ofrecernos la imagen de un hombre que, en un autobús repleto de gente que viaja para ir a su trabajo o para volver del mismo, irrumpe con pausada y vibrante voz, para decir un discurso sobre algún tema apasionante pero sólo indirectamente ligado a los quehaceres de la sobrevivencia. Imaginemos el estupor de sus obligados acompañantes, los gestos posibles, la irritación, la simpatía, la burla. Imaginemos ahora que el osado orador sufre durante todo el trayecto la presión, molesta para conformar un pensamiento coherente y una clara dicción, de otro pie sobre su pie. Emitirá su voz sonidos desiguales y cortados, perderá el rumbo, habrá de distraerse maquinando el modo de librarse de esa pisada que le oprime un poco más los dedos que el empuje, y dificulta su atención del tema elegido. Imaginemos sus nervios, sus resquemores al percibir cómplices miradas entre sus ocasionales compañeros de viaje, la necesidad de decir obstruida por la urgencia de librarse del peso que mantiene paralizados sus miembros inferiores, no permitiendo la sana circulación sanguínea ni el libre movimiento. Siendo de por sí la situación de ambos hombres harto dificultosa y arriesgada, es fácil ver que el segundo se halla en las peores condiciones para emprender la tarea. Valga la metáfora como aproximación sensible al estado previo —espiritual y material— al acto de escribir, en que se hallan hombre y mujer respectivamente. Nuestra intención al abordar la poesía femenina argentina apunta a dilucidar no sólo desde qué lugar ha escrito la mujer a lo largo del siglo XX, sino a palpar —a través de su obra poética— cómo ha actuado la determinación del “pisotón” (del diccionario: pisada fuerte, particularmente si se da sobre el pie de otro) sobre sus posibilidades, y qué es lo que la mujer ha hecho con lo que la sociedad hizo de ella.

El paso previo para el arte

La convicción que de las propiedades femeninas se albergaba en aquellos no tan lejanos años de comienzos de siglo en las profundidades de las conciencias, dejaba a las mujeres el estricto espacio suficiente como para coger una pluma sólo en función del intercambio epistolar. (Lamentamos no haber tenido acceso al mismo, con excepción de las cartas escritas por mujeres de próceres famosos.)

Con el proceso de relativa democratización de la sociedad civil, los ríspidos lazos que sofocaban la estructura social se relajaban también para la mujer. Apenas un ensancharse de pulmones, pero se siente. Y las pocas mujeres que escriben, intentan abandonar la muda expresión del sentimiento por una actitud más consciente ante la universalidad del hecho creativo. Sin embargo, este acceso a la literatura se realiza a través de la apropiación del tono, la problemática y el punto de vista imperantes en el momento: los de los hombres. Las promociones nunca son gratuitas, y estos primeros poemas nacen signados por la deferencia ante la autoridad. Un Saber que resbala sobre lo real, una corrección elusiva, Norah Lange, M. Abella Caprile, se despojan de su condición de mujeres en tanto presupuesto enajenado en el acto mismo de escribir. Se hacen débil eco de la pisada que sofoca, la palabra que domina. Con igual aceptación acrítica, aunque ubicadas en el rincón que la sociedad les



propinó, María Alicia Domínguez, Nydia Lamarque, también encauzan su decir en la dirección unívocamente señalada. El triunfo: la conquista de un espacio para escribir. El paso previo para el arte.

Una cuña en la oscuridad

En medio de este terreno todavía incierto, irrumpe, como un lapsus, Alfonsina Storni. Habrá sido muy duro, en época tan prieta, alzar la voz desde la alcantarilla a través de la cual la mujer entra al mundo de la cultura para poner una cuña en los modos estatuidos de comprensión. Este mundo ganadero y próspero que la niega en tanto mujer, madre soltera, amante, poeta. Podemos decir de Alfonsina lo que Virginia Woolf de Charlotte Brönte: "si uno la lee con cuidado, observando estas sacudidas, esta indignación, comprende que el genio de esta mujer nunca logrará manifestarse completo e intacto. En sus libros habrá deformaciones, desviaciones (...). Está en guerra con su suerte".⁸ Alfonsina habla bajo la sombra que se ciernen persistente sobre su boca y la subleva, contra el turbio ademán que la condena. "¿Qué diría la gente, recortada y vacía, / si en un día fortuito, por ultra fantasía, / me tiñera el cabello de plateado y violeta?". Como hubiera podido limpiar de alimañas cada verso y cada palabra bajo presión de un pie de plomo y de los ojos acusadores en derredor; quemar la cólera, el dolor, escribiendo cólera y dolor sin que floten entre ella y el papel hiriendo al poema? Cómo no comprender la furia hacia el "hombre pequeñito / qué jaula me das". Pero la poeta no sólo levanta el polvo de la opresión, sino que logra frecuentemente liberarse de todo obstáculo personal, de todo resentimiento, para constituirse en sujeto, convirtiendo lo singular en particular, el hecho íntimo en patrimonio universal. "Por su canal estrecho la mirilla / dejó filtrar minúscula una mano / del sol ardiente que sacude el sueño" ("Sol de América"). La mano dejó de ser minúscula y sin embargo rompió la oscuridad viscosa; el aire mudo vencido por la dúctil afirmación que del canal estrecho alcanza el sol. Dura y acerba con el hombre que la sociedad la llama a seguir ("Tú me quieres alba / me quieres de espumas / me quieres de nácar"), inaugura en la poesía femenina argentina un género que tendrá pocas seguidoras: el poema de amor. No del amor en general sino del amor hacia un hombre concreto que es, para Alfonsina, compañero; ese hombre de las multitudes que tan bien supo cantar nuestra hermana chilena Violeta Parra.

Un látigo que mal arrulla

Luego de Alfonsina la mujer retoma la senda que primorosamente se le había trazado. Sin embargo, a diferencia de la aséptica distancia en que las mujeres del '20 acallaron su condición, las del '30 y '40 la revelan. Hacen de ella el centro de su ser, la razón de su escribir y su mortal limitación. Síntomas de la época que les tocó vivir, víctimas de un piso-tón que no concede respiro ni jugarreta, botó que embota,

toman, temerosas o abruptas, tinta y papel. "Gozo del encierro, también como él".⁹ La mujer sólo atina a convertirse más que en testigo, en cómplice. Sus palabras se nublan de rencor, sus versos no logran soportar el peso del dolor. Bajo la poltrona de la queja late el odio. Su imaginación da vueltas alrededor de sí misma y las palabras giran como un perro tras su cola. Sólo por sí misma pregunta: espejo empañado. Apresada en los hilos de un látigo que mal arrulla, de un grito que sobresalta, pero convence, la mujer acusa recibo, frunce el ceño; la bonita boca acusa al hombre. "Y me anularon / y me envilecieron, / y se mofaron gozando en mi gozo".¹⁰ Mal apunta quien mira para adentro y mal puede crear quien no quema lo personal en personaje. ¿Y el goce? ¿Y la queja que se sabe pobre, suplicante, potencialmente poderosa? La ausencia de libertad no implica ausencia de poder. De la denuncia a la queja y de ésta al resentimiento; ya que ningún esclavo, como decía Hegel, está totalmente desprovisto de recursos para invertir la asimetría.¹¹

La cara oculta de esta relación asimétrica es genialmente expresada por Néstor Perlongher, poeta argentino contemporáneo: "Por qué seremos tan despatarradas, tan obesas / sorbiendo en lentas aspiraciones el zumo de las noches / peligrosas / tan entregadas, tan masoquistas, tan / —hedonísticamente hablando— / por qué seremos tan gozosas, tan gustosas / que no nos bastará el gesto airado del muchacho, / su curvada muñeca". El goce, hundido en la más fina articulación de la queja. El goce: sin revertir la situación, hurtarle los laureles. "Serenidad de amarte en mi regazo / sin que sepas siquiera de este lazo / que te ciñe a mi amor como a un objeto".¹² No se dignifica la oprimida: denigra al opresor. "Pero que muera amor sin conocerte"¹³; "y todo es tan perfecto, que ya ha sido".¹⁴ Lo que vemos, eso no es la vida. La perfección tiene su ámbito afuera. Más allá de la poesía, Villarino tomó por las astas el problema metafísico: "una duda me asalta... Dios mío ¿no habré muerto?".¹⁵ ("Por qué seremos tan superficiales, tan ligeras", Néstor Perlongher). Dijimos que no se dignificaba la oprimida: "Ah si quisieras ser como te amé, volvería la luz a ser como antes, no habría primaveras repugnantes ni fragmentos heridos en mi fe".¹⁶ ¿No le será difícil a El mantenerse en lugar tan heroico? De todos modos "a marido regalado / no se le mira el príncipe", les espeta Amelia Biagioni en los años '50, en alegre reacción frente a tamaña laxitud.

Las palabras tibias, amantes o guerreras

Cuestionando el lugar que les fue dado sobre la tierra, desoyen, unas pocas entre las poetisas —Biagioni, María Elena Walsh— las malas propuestas del pasado inmediato. No se puede caminar con un fardo tan pesado. Imposible escribir con una queja clavada en la mano; parecen decir sus voces. Imposible hablar, sólo para nombrarse. "Donde más digo menos digo, / Y si porfío sin cambiar de élan o polo o centro / enrosco hablando borro lo ya dicho. /



Porque decir es un rayo y su sombra.", define Biagioni en apretada síntesis el quehacer poético. El proceso que ha hecho la maniatada por desatar sus rencores, en discriminar el pie de lo pisado y correrse, la hizo dueña de su cuerpo y su palabra: "No importa que la pálida mujer / que en su torre escribe / amontona palabras tibias. // Cuando duerme / de un rojo salto / la arrebató y enciendo / la llevo a su selva / le infundo mi dinastía / y la obligo a reinar, a avanzar segura y espléndida / a apresar bravamente / las palabras amantes o guerreras / y a desdeñar las otras."¹⁷

La pálida mujer quedó atrás en la historia de la poesía argentina. Ello no es óbice para que muchas mujeres —y tantas— se apoltronen en esa "torre de palabras tibias", ahora sí, indiscutidas matronas de aquellas palabras que la historia desdeñó. El dolor que imprime queja en los dedos de la mujer, la sojuzga y reivindica sus derechos, se descubre poderoso. ¿En qué forma pueden someter los sometidos en tanto sometidos? Nunca abiertamente. La cólera se engalana, el rencor afina su expresión. ¿En qué forma dominaron los esclavos sin dejar de actuar, sentir y pensar como tales? Convirtiendo su impotencia en virtud moral. Ahora el resentimiento ha creado valor, la valla es plenitud. "Amé la soledad, heroica perduración de toda fe."¹⁸ La queja se oculta entonces bajo el velo orgulloso de la muerte. El llanto copioso, la furia que carcome, petrifican el lamento, otorgándole un espacio valioso. "¿Por qué seremos tan sirenas, tan reinas / abroqueladas por los infinitos marasmos del romanticismo", nos preguntamos con Perlongher. Es que el reducto se ha convertido en reino. Si toda fe que se precie es soledad, ya no sólo fuera de la vida está el sentido, sino que "indefensos viven los hombres en la dicha / y solamente entonces, / mientras muere a lo lejos su vana melodía, / recobran nuestros rostros una aureola invencible".¹⁹ Lo invencible es la desdicha. La impotencia ante la opresión es refugio, consumada la inversión que hace del amo, caricatura u omisión; del esclavo, esclavo con ínfulas de Sabio. Olga Orozco se nombra, se busca, se nutre de la íntima savia que brota de la fe fija a ras de tierra, de la fuerza que otorga el saberse reclusa en un lugar seguro, "invulnerable", genuinamente conquistado, altaneramente estéril. "Reina de las espadas / Dama de las desdichas / Señora de las lágrimas: en el sitio en que estás con dos ojos te miro / con tres nudos te ato / la sangre te bebo / y el corazón te parto." ¡Epa!, exclamó Borges, un tanto molesto.

Hay todavía otro recurso que consiste en creer que la impotencia no es tal, sino la mira más idónea para aprehender el huidizo perfil de la verdad, el discreto encanto que la vida encierra —muy hondo— para Ella y El. Este misterioso (en el más puro sentido lacaniano) don que tenemos las mujeres por gracia de apenas una costilla —la intuición femenina— nos vuelve sabia antorcha entre tanta oscuridad, y felizmente imprescindibles para el hombre, a quien con dulzura impreca Ester Pilone: "Sé que la soledad es tu medida verdadera". ("Tan gozosas, tan gustosas / que no nos bastará el gesto airado del muchacho / su curvada muñeca: /

pretenderemos deshollar su cuerpo / y extraer las secretas esponjas de la axila / tan denostadas, tan groseras.")²⁰ Enquistada la mortal limitación de las décadas anteriores en el centro mismo de la creación, el síntoma se erige en Saber, la barrera en Perspectiva, reforzando la estructura ideológica que las segregó.

Una mujer de cierto orden: una visión del mundo

La historia, sin embargo, ya había desdeñado los versos del resquemor, "una poesía para impresionar / con grandes imposibles olvidos que no llegan", para decirlo con Juana Bignozzi, poeta que en el efervescente '60, imprime un nuevo giro a las "palabras amantes o guerreras" de Biagioni y Walsh. Década urgente, esperanzada, signada por la Revolución Cubana y el Hombre Nuevo, sus jóvenes poetas proponen la integración de arte y vida, militancia y poesía. "Infundiéndole al poema mi soplo a medida que cada letra de cada palabra haya sido sacrificada en las ceremonias del vivir."²¹ Un programa de futuro y cielo abierto. Un riesgo para los poetas. Una tentación fugaz puede birlarles el poema, plagar de aberraciones su producción: la suficiencia de la Idea. El valor de la buena intención, la claridad ideológica, didáctica poética; sobre el chasquido de una imagen: la claridad poética hecha caridad (la limosna que el arte puede ofrendar a la política). Presas del vértigo, muchos bardos cayeron, en torpe envidia del panfleto. Juana Bignozzi, sin embargo, se mantiene en la cornisa, el delicado equilibrio a que denuncia y belleza obligan, quemando toda veleidad del escritor de hacer con versos la revolución, toda patraña de no hacer con versos la revolución. "Las mejores vidas que me rodean pierden la forma, a los rebeldes oficiales no les gustan ni las rabias ni las tristezas, / los muertos que no olvidamos los irritan en particular, / pero / (...) / nuestros huesos se mueven amparados por su furia / suelen decirse no estamos muertos."²² Un caerse los cimientos de la ideología dominante, sin odio, sin estridencia, Juana dice que "Juana se empeña en crear otra mujer de no sabe qué orden", Juana lo logra: una mujer que escribe y no se queja, que no se apaga bajo el pisotón cada vez más combatido y que tampoco puja por lograr un perfil masculino, bien parecido, respetablemente sabio. A la luz de la historia, esta "mujer de cierto orden" no es otra que la que por vez primera Alfonsina alzaría contra bárbaros obstáculos, la que más tarde Biagioni arrastrara a su selva roja. Sujeto de su condición sexual, en tanto que partícipe y forjadora de un sujeto social. Y las mujeres comenzaron a hacerse cargo de este mundo, ya no sólo de la pequeña parcela que las mantenía ciegas y presuntamente bellas, hechas para el amor del abandono y los quehaceres hogareños. "¿Noche de amor? ¿Qué es esto? / ¿Un diente para una boca? / ¡Oh, sácame de aquí!"²³ Una crudeza novedosa, saludable, acorde a la época. Una mirada dura o trémula, pero que no hace concesiones. Entonces "La vida es más lógica, no he dicho me-

jor, sino más lógica";²⁴ "ya que ninguna flor crecerá del milagro".²⁵ Una cuña hendida en la razón con que el mundo cuajado en fórmulas poco calientes se defiende y justifica. Pero una cuña también en el modo de mirar ese mundo, de quitarle el cascabel. El ojo de la mujer se detiene en algún objeto, cierta vivencia que le recuerda las borascosas aguas de esa alcantarilla que fuera su embotadora mordaza, conformando en su escritura una visión no mejor, sino más dúctil.

Alejandra Pizarnik, Juana Bignozzi, Beatriz Vallejo, ¿minimizaron el peso de aquello que las pisara? ¿O lo arrojaron lejos de sí con furia creadora? No es eso lo que constituye a un escritor como sujeto de su propio discurso. "Esperando que un mundo sea desenterrado por el lenguaje, alguien canta el lugar en que se forma el silencio. Luego comprobará que no porque se muestre furioso existe el mar, ni tampoco el mundo. Por eso cada palabra dice lo que dice y además más y otra cosa."²⁶

"Corría el año 1970 / y los jóvenes se preparaban para el amor y para la guerra. / Eran heladas las aguas / y un pájaro planeaba / sobre nuestras cabezas".²⁷ La crítica social cobra en esta década una más fina articulación con los leves movimientos a través de los cuales el poeta rastrea el sentido de lo real. Imbricados de tal modo que se convierten en condición unos de otros, destituyen toda unilateralidad a su endeble matriz de enajenada. "Yo no me saco mi manta. // No te la sacás Antonia // me repetía, entre los barquinazos del camión, / las latas de gasolina, las cabras; / no te la sacás, / no te vas de tu tierra, ni de tu raza."²⁸ Ya en los años '60 se había conquistado la inclusión de latas de gasolina: lo "no poético". Diana Bellessi hace de esta conquista un presupuesto y avanza por las carreteras de América, intentando plasmar el exacto lugar en que se fusionan (se dan vida) tierra y figura, historia y cotidianeidad. Las poetisas del '70 no se sacan la manta. Y el amor otra vez, después de aquel glorioso lapsus de Alfonsina. Ahora la pasión no se diluye entre mil imposibles, no derrama estériles miradas por doquier. Aquella distorsión que produjera en las poetisas del '30 y sucesivas esa malsana pasión de considerar al hombre el enemigo (embozado galán al más puro estilo Príncipe Valiente; o simplemente al descubierto, pero eso sí, el que siempre olvida la flor pura y nivea que lo espera en su hogar), desaparece casi totalmente de la poesía femenina actual. "Un decir se repite entre mujeres" (Della Passini). "El escribió cosas maravillosas esa noche. / ¿Por qué él? / ¿Por qué son ellos los que escriben, siempre? / Aunque el Women's Lib se me eche encima / ellos son los que escriben".²⁹ "y no me caso: la figura enfrente mío / que se haga y se desprenda", escribe Gloria Autino, vocera de los cambios profundos que conmovieron a la mujer en la sociedad argentina. Del pedestal que fuera soberbio suelo del hombre (¿harto ya?) y techo protector de la mujer, apenas quedan los desechos, nostalgia a veces, alguna despedida. "Nos creyeron marido y mujer. / Lástima / no haberlo sido".³⁰ No hay un desgarrarse las vestiduras, ni arrancarse los cabellos. Una constatación, en todo caso: el peso exacto de la pena. El hombre es entonces amado, odiado, deseado, mirado: "El primer poema del libro / el primer poema del libro de Blaise Cendrars / habla de un hombre solo. / Habla de un hombre solo y fuerte / esos hombres que van por la calle / ... / y saben que están solos. / Y se detienen frente a una vidriera / y se ven la cara común, los ojos brillantes, la ropa arrugada / y se dicen: Este soy yo. / Y luego preguntan: Y con eso qué? / Y siguen caminando. // El primer poema es el gemido de un animal desnudo / del hombre solo / en su cuarto / solo / con sus libros, / con sus ojos, / con su confesión de hombre; / la más dulce confesión, / la que más duele, / la que no debe ser escuchada / más que por otros hombres."³¹

El detalle se exaspera

Corte abrupto el del '76. No sólo en los planos de la libertad política y social, sino también en la mentalidad que

genera para comprenderlos. Ahora los poetas no sólo son poetas, sino además, sobrevivientes. Sus poemas, marcados por el terror, la incertidumbre, y el aislamiento progresivo de una sociedad militarizada, encuentran en la imagen sugerente o en la fragmentación del discurso, su más acabada expresión. "Era lo mejor que sabía hacer hasta ahora, / nombrar, y que las cosas / le estallaran en la mano";³² lo mejor que supieron hacer las poetisas del '70, tras una reja mucho menos sutil que los finos barrotes de una alcantarilla y que nos despiertan a una poesía hecha de silencios y mínimos gestos, donde el detalle se exaspera, se torna incierto. Cruel. Lo conocido es ajeno, amenazante, no se reconoce en la cotidianeidad. La no significación implica dolor. Una conciencia del lenguaje extrema, una tensión avara de sentido. "Manos tendidas / por si llueve / por si el sol / por si la ceguera. / Por si una da / que la otra quite."³³

Como el polo opuesto de estas poetisas que trabajan en los intersticios más disímiles de la vida cotidiana, surge un grupo de poetisas neorrománticas que, bajo el pisotón, no logran otra cosa que dispersarse hacia aquellos ámbitos que les concede la autoridad. En la firme convicción de que desoyen su voz sonora, imbuídas de un tono grandilocuente, pretenden dar cuenta de la vida, la muerte y algo más, no siendo otra cosa que la continuidad de aquellas mujeres del '30 que deshicieron la poesía con su tedio y queja.

III. Un no de claridad

Epílogo

"Toma de mí todo, bébetelo bien
hay que ayunar al filo del amanecer.
Toma de mí todo y todavía más
hay que esperar un largo no de claridad."
Silvio Rodríguez

Si hay o no otras diferencias entre hombres y mujeres que un papel distinto en la reproducción y algo así como dos propuestas diferentes de armonía corporal, es cosa que no sabemos. Si podemos decir, si damos crédito a lo que la historia, nuestros ojos y la razón nos dicen, que aquello que en el siglo IV a. de C. se planteaba como diferencia natural, ha sido traicionado por la experiencia —mal que les pese a muchos honrados caballeros—; que la jerarquía eclesiástico-sexista medieval, aun cuando persista en forma más o menos larvada, ya no podrá contar, sin inquietarse, el cuento de la manzana; y que la ancestral suavidad femenina ha encontrado su más cruda respuesta en la gestión de Margaret Thatcher. Si podemos decir, que, dado el carácter del actual revuelo de valores y supuestos de "lo masculino", contexto histórico en que se produce la reivindicación de "lo femenino", fecunda algarabía en que unos y otros se despojan —o son despojados— de ciertas dotes inherentes a su condición sexual; y ya que "lo que somos nunca será independiente de lo que nos hagan o de cómo nos hagamos, tiene, pues, más sentido saber si queremos o no ser iguales que si biológicamente lo somos".³⁴ Vale entonces, quizás, apostar por lo neutro, es decir, por la posibilidad futura de que todo valor y todo comportamiento pueden ser accesibles a unos y otras. Pero si el punto de llegada puede ser convergente, los respectivos caminos a recorrer, sin oponerse y, por el contrario, sustentándose el uno en el otro, se diferencian.

"Está oscuro y quiero entrar".³⁵ No una respuesta, sino más bien abrir una compuerta, la cuña de una pregunta, en ese oscuro —pero no misterioso— corpus heterogéneo que conforma la poesía escrita por mujeres, fue nuestra intención. Intentamos aquí esbozar, en líneas generales, desde qué lugar pudieron las mujeres escribir, qué obstáculos debieron enfrentar, y cómo éstos —si vencedores— plagaron de abrojos su producción; o cómo —de ser vencidos— determinaron ciertas características propias de la literatura femenina. ¿Cuáles son, entonces, sus rasgos específicos? ¿Qué es lo que las unifica —bajo los distintos estilos— en tanto lími-

te y motor, condición que puja por romperse?

"Una mirada desde la alcantarilla / puede ser una visión del mundo. // La rebelión consiste en mirar una rosa / hasta pulverizarse los ojos." (Alejandra Pizarnik). ¿Qué mundo puede ser visto desde una alcantarilla? ¿Agrega algo al mundo conocido? ¿Pone un sueño, quita; lo desbanda u organiza con nuevos bríos? ¿O es un mundo exclusivo, incomprensible desde la ventana grande del "sexo fuerte", una cualidad inútil para totalizar, una visión intransferible hacia la otra mitad de la humanidad?

Quedarse en la alcantarilla no alcanza para escribir. Sus oscuras paredes no son producto de ninguna elección, de ningún trabajo. Son sólo el lugar que le es dado a la mujer en esta sociedad. "Una mirada desde la alcantarilla puede ser una visión del mundo". Puede ser, pero no necesariamente. Quién sólo respira entre esas paredes húmedas —a buen resguardo apanada entre cadenas— vive en lo oscuro pero no quiere entrar. Nace y muere en esa brecha, no hay bruma que moleste si el ojo sabe adecuarse, y sin saberlo quizás contribuye —en suspiro gozoso o gemebundo— a taparla. "El que sólo mira habla de la muerte."³⁶

Cuando un imberbe adolescente porteño conoce una chica que a fuerza de calor, inteligencia y belleza logra alterar el ritmo cardíaco, transpirar frío y hacer más notorio el brillo de sus ojos, suele decir: "Esa chica me dio vuelta". Excelente metáfora para alcanzar, en un destello, la función que cumple el arte (masculino y femenino, claro). Ese salir de la mirada de un cuadro de Magritte, de las honduras de clave de Mozart, de la lectura de un poema de Emily Dickinson, con algo dado vuelta. Algo así como una ilusión, o un temblor, o incluso una convicción, conmovidos por la apertura que un ojo diferente hizo irrumpir; el matiz de una lámpara casi apagada perdurando en una imagen pavorosamente fija, unas ciruelas heladas tangibles en una carta de amor. Cuando esto ocurre, algo se ha roto. Algo se ha creado. De alguna manera (solapada, precaria, directa o casi ambigua) hay una visión del mundo que sostiene ese descolocamiento, que le da pie para surgir y no desmoronarse, para moverse en libertad. Cuando esto ocurre es que —como señala Virginia Woolf de Shakespeare y de Jane Austen— "las mentes de ambos habían quemado todos los obstáculos; y por este motivo no conocemos a Jane Austen ni conocemos a Shakespeare, y por este motivo Jane Austen está presente en cada palabra que escribe y Shakespeare también".³⁷ Y cuando esto ocurre en la poesía femenina es que la mujer ha logrado filtrar minúscula esa mano de que hablara Alfonsina por estrecho canal, convirtiendo el *puede ser* en *ser*.

¿Cómo pudo, entonces, la mirada desde la alcantarilla, conformar una visión del mundo? ¿Qué la diferencia del resto de las miradas, dónde se anuda a ellas, cómo las ubica o incluye? Quemados el rencor y la amargura —y la sublimación— generados por la molesta presión de otro pie sobre el más pequeño y femenino; quemado —no obviado ni sacralizado— ese hecho íntimo, secreto, que es la concreta opresión de cada una y todas las mujeres del mundo y convertido en hecho sin fronteras, en literatura universal, se consuma la rebelión. Algo se ha ganado para la humanidad.

La alcantarilla está oscura. El mundo que se ve desde la alcantarilla está oscuro. Pero las poetisas quieren entrar: la rebelión consiste en saltar desde la alcantarilla sin dejarla, sin negar su permanencia todavía constante, su determinación ineludible; haciendo también de ella el cuerpo del poema. Este cuerpo, ahora, no cesa —al saltar la valla que lo mantenía inmóvil— de reconocerse tras esas cílicas rejillas. Esas aguas turbias continúan bajo, aunque ya no puedan roer sus pies. El camino que media entre una mirada de alcantarilla a la visión que se tiene desde la cima de una montaña es zigzagueante. Recogiendo en cada recodo aquello que le es esencial, este zigzag se detiene en el detalle, lo resignifica en una visión del mundo original, cuyos elementos desestructuran lo que puede entenderse como una visión del mundo tradicional. A través de esta vía, que no por sinuosa es dispersa, se rasga la tela de un Saber institucional-

HISPANICA

Saúl Sosnowski
5 PUEBLO COURT
GAITHERSBURGH,
MD. 20878 - U. S. A.

TARIFAS DE SUSCRIPCIONES

Bibliotecas e instituciones: US\$ 21.00
Suscripciones individuales: US\$ 15.00
Patrocinadores: US\$ 30.00
(Excepción: Año I, nos. 1-2-3 US\$ 25.00)



DEBATES
en la sociedad y la cultura

redacción y administración
Pueyrredón 510 - 5o. piso

año I - número I
septiembre - octubre 1984

- Juan José Llovet, "Los días del Parlamento"
Liliana de Ritz, "La hora de los partidos"
Andrés Fontana (entrevista), "Corporativismo. Una conversación con Claus Offe y Philippe Schmitter"
María del Carmen Feijóo, "Mujeres: el derecho al cuerpo"
Alicia D'Amico, "Ensayo fotográfico: universitarios"
Jorge Balán, "Universidad: normalización y después"
Hugo Vezzetti, "Psicología: el áspero camino de la transición"
Tony Díaz, "Arquitectura: la realidad construida"
María del Carmen Feijóo y Elizabeth Jelín, "España: feminismo y política"
Edmundo Zimmerman, "Gardel, un mito"
Marcelo Cavarozzi, "Peronistas y radicales. Diez años después"
Beatriz Sarlo, "Política en el cine"

Director: Jorge Balán - Comité editorial: Beatriz Sarlo, Heriberto Muraro (directores asociados), José Aricó, Nelly Casas, Marcelo Cavarozzi, Roberto Cossa, Tony Díaz, Santiago Dubcovsky, Ricardo Ferraro, Roberto Frenkel, Oscar Landi, Oscar Oszlak, Enrique Tandeter.

zados, ampuloso. Entre montaña y alcantarilla, una ductilidad que determina progresivamente su objeto, enriqueciendo lo concreto paso a paso. "Si no vino es porque no vino. Pregunto. ¿A quién? Dice que pregunta, quiere saber a quién pregunta. Tú ya no hablas con nadie."³⁸

Eminente "femenino", el miedo no falta a la cita de una mujer que escribe y no se oculta tras la faz asexual de una malentendida "literatura universal". En cada curva de la senda zigzagueante algo —aún lo cotidiano— puede causar terror. Hinchido del poder que tantos siglos le otorgan, el miedo (¿un privilegio al fin, aunque de doble filo, para el "sexo protegido"?), es nombrado, descubierto: así como esa pisada opresiva, fue incorporada hasta pulverizar la rosa. "Si hacía miedo la rata era concreta, / metálica / articulada en mis pies se movía; / yo era su coartada, explicación / sin demasiada luz."³⁹ Vencido verso a verso, el miedo, en ese adentrarse en lo oscuro para encenderlo.

Al golpe que restalla en la alcantarilla, un no de claridad. A la sarta de "no" inútiles, desabridos, huecos, que producen las mujeres aferradas a la queja, escribiendo bajo la sombra del Gran Árbol del Saber: un no de claridad. Que escribiendo el temblor, lo acorrala contra un haz de luz hambrienta. Que alumbra el cerrojo hasta abrirlo. Un no de claridad que escribe "una mujer de cierto orden", que le da vida. Quizás este término que afirma claridad de la particular negativa por excelencia nos resulte tan expresivo para acercarnos al modo en que la mujer logra constituirse en sujeto a través de su literatura (alzada ya no sólo contra sus propias ligaduras, sino también, y en ese mismo movimiento, sobre la extrañeza que el mundo produce en hombres y mujeres), porque no existe otro modelo de mujer aceptado socialmente que el de la mujer negada. O bien porque se niegue a sí misma como tal, promocionando su ser al *status* dominante (masculino), o bien porque se someta y afirme en el lugar subalterno que le corresponde en la sociedad de clases, negándose a sí misma en tanto ser humano creador, independiente.

La negación de este modelo constituye una afirmación. Un no de claridad que ilumina, no una esencia oculta de "lo femenino", inmersa y viva bajo los valores de una opresión ingrata, sino un camino por hacer, pero que ya ha comenzado: los modos en que la mujer se convierte en sujeto de sí misma. Quizá también por ello, con una cualidad negativa podríamos aludir a un tono sostenido en la poesía femenina: no estridente. ¿Falta de fuerza, de profundidad, acaso fruto de omisiones reiteradas? ¿Deberá entonces la mujer conformar un tono de estridencias? ¿Nuevamente intentar el "ser todos iguales"? Ni superficialidad ni omisión. Por un lado, "una de las grandes ventajas del ser mujer —escribe Virginia Woolf, en 1928!— es el poder cruzarse en la calle hasta con una hermosa negra sin desear hacer de ella una inglesa".⁴⁰ Por otra parte, así como no existe un modelo de mujer en tanto sujeto, tampoco su producción literaria tiene larga data. No repercute en nuestros oídos como una marca, no nos remite a otras significaciones —en el restricto plano que hace a los rasgos específicos de la literatura escrita por mujeres— que avales su sentido. Un sentido que apenas comienza a respirar, fragmentado, tentativo, pleno de resabios de una historia que no cesa. Semicubierto por el velo que ya se descorre sobre miles de rostros que dejan de ser la anónima huella de otro ser humano, que ya no la prefiere esclava.

Sólo agregar, entonces, con María Elena Walsh, y de la mano de Alejandra, Alfonsina, Beatriz Vallejo, Juana Bignozzi, Delia Passini, Mirtha Deffilpo, Diana Bellessi, Alicia Genovese, Hilda Rais, Irene Gruss, tantas otras, que "en los rincones / más difíciles del planeta / están cantando las mujeres".⁴¹ Venimos a decir que cantan / y que el mundo no se pulveriza en una rosa.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ Bullrich, Silvina, "Dios la bendiga, señora Thatcher", en *Revista Gente*, 17/5/79, compilado completo por Eduardo Varela-Cid, *Los sofistas y la prensa canalla*, Bs. As., El Cid Editor, 1984, p. 96.

⁴⁰ Baudrillard, Jean, "La seducción, una estrategia diabólica", en *El Viejo Topo*, N° 49, Barcelona, oct. 1980, p. 44.

⁴¹ Márquez, Josep-Vicent, "Masculino, Femenino, Neutro", en *El Viejo Topo* extra, N° 10, Barcelona, 1976, p. 7.

⁴² Woolf, Virginia, *Una habitación propia*, Barcelona, Seix Barral, 1980, p. 62/3.

⁴³ *Ibid.*, p. 96.

⁴⁴ Krupkin, Ilka, *Al dormido mar*, en la antología de Isaacson, José; Urquía, Carlos Enrique, *40 años de Poesía Argentina*, Bs. As., Aldaba, 1963, t. II; p. 49.

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ Acerca de la dialéctica amo/esclavo en la relación hombre/mujer, ver el excelente ensayo al respecto de Schmaith, Nelly, "El fondo de la figura en la cuestión femenina", en *El Viejo Topo*, N° 41, Barcelona, feb. 1980, p. 23/27.

⁴⁷ Prihutzky Farny, Julia, *Antología del amor*, Bs. As., Plus Ultra, 1977, p. 20.

⁴⁸ Chouhy Aguirre, Ana María, "Soneto", en la antología de Veiravé, Alfredo, *Los poetas del 40*, Bs. As., Centro Editor América Latina, 1968, p. 54.

⁴⁹ Prihutzky Farny, Julia, *Op. Cit.*

⁵⁰ Villarino, María, "Insomnio", en la Antología Isaacson y Urquía, *Op. Cit.*, p. 86.

⁵¹ Ocampo, Silvina, "La abandonada", *Ibid.*, p. 63.

⁵² Bignozzi, Juana, *Las cacerías*, Bs. As., Sudamericana, 1976.

⁵³ Orozco, Olga, "Olga Orozco", Bs. As., *Poesía Argentina Contemporánea*, tomo I, parte segunda, Fundación Argentina para la Poesía, 1978, p. 567.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ Perlongher, Néstor, "Por qué seremos tan hermosas", *Austria - Hungría*, Bs. As., Tierra Baldía, 1980.

⁵⁶ Pizarnik, Alejandra, "El deseo de la palabra", *El Infierno Musical*, Bs. As., Siglo XXI, 1971, p. 24.

⁵⁷ Bignozzi, Juana, "El país mitológico", en *Mujer de cierto orden*, Bs. As., Falbo Librero Editor, 1967, p. 21.

⁵⁸ Vallejo, Beatriz, en *El compás*, inédito.

⁵⁹ Bignozzi, Juana, *Op. Cit.*

⁶⁰ Pizarnik, Alejandra, *Op. Cit.*

⁶¹ *Ibid.*, "La palabra que sana", p. 43.

⁶² Bellessi, Diana, *Crucero Ecuatorial*.

⁶³ Bellessi, Diana, *Crucero Ecuatorial*, Bs. As., Sirirí, 1983, p. 16.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 12/13.

⁶⁵ Passini, Delia, "Artificios del cuerpo", *Un decir se repite entre mujeres*, Bs. As., Calidón, 1979, p. 65.

⁶⁶ Bellessi, Diana, *Op. Cit.*, p. 16.

⁶⁷ Passini, Delia, *Op. Cit.*, p. 61.

⁶⁸ Gruss, Irene, "Era lo que Diana más temía...", *La luz en la ventana*, Bs. As., El escarabajo de oro, 1982.

⁶⁹ Zimnowicz, Perla, *Canto a boca quieta*, Bs. As.

⁷⁰ Márquez, Josep-Vicent, *Op. Cit.*, p. 25.

⁷¹ Pizarnik, Alejandra, "La palabra del deseo", *Op. Cit.*, p. 25.

⁷² Gaya, Miguel, *Levanta contra el viento la cabeza oscura*, Bs. As.

⁷³ Woolf, Virginia, *Op. Cit.*, p. 94.

⁷⁴ Pizarnik, Alejandra, "El deseo de la palabra", *Op. Cit.*, p. 23.

⁷⁵ Vallejo, Beatriz, *Op. Cit.*

⁷⁶ Woolf, Virginia, *Op. Cit.*, p. 72.

⁷⁷ Walsh, María Elena, "Las que cantan", *Hecho a Mano*, Bs. As., Luis Fariña, 1966, p. 109.

¹ Cit. por Largaia, Isabel; Dunoulin, John, *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer*, Barcelona, Anejana, 1976, p. 20.

² *Ibid.*

Daniel Samoilovich

GELMAN, EL SUEÑO Y LA TRAGEDIA

Juan Gelman, *Obra Poética* (1956-1973), segunda edición, Buenos Aires, Corregidor, 1984, 410 páginas.

Esta segunda edición de la *Obra Poética* de Gelman —la primera desapareció de las librerías durante el Proceso— viene, como se dice, a llenar un hueco: sólo que se trata del hueco que el propio Gelman había cavado en la literatura argentina. Esa literatura sin él no sería la misma, y ese hueco ningún otro puede ocuparlo: tiene su nombre, su preciso ritmo, su lengua desde el primer día en que empezó a publicar, hace ya 28 años y bajo el famoso sello editorial Gleizer.

Hay libros, dice Borges, que todos han leído, aun quienes no los leyeron: éste es uno de ellos. Leer así, reunidas y en secuencia, estas nueve obras de Gelman es asistir a la fundación de los mitos y los modos de toda una generación; es también ver crecer una gran poesía, que se levanta sobre esos mitos, y caer en un abismo, despeñándose desde lo alto de ellos. Trataré de dar cuenta de estos tres momentos, y de su articulación como tragedia.

El primero, finca en los primeros libros de esta obra. En ellos, Gelman recoge el lirismo bohemio de González Tuñón y el sencillismo de Baldomero Fernández Moreno para fijar una lengua que habla de "...las plazas. Y los pájaros. Y las muchachas y los perros y los árboles, la gente, los zaguanes". Estas enumeraciones, tan frecuentes en esas primeras obras, marcan el intento de fijar una nueva toponimia de los lugares poéticos: esos lugares ya no serán los *hauts lieux* de Poesía Buenos Aires, sino las preocupaciones del hombre común, con las que se contrasta la propia situación del escritor como hom-

bre que tiene un oficio y como miembro de un campo social —el intelectual— no tan común. Ni asimilación, ni contradicción: contraste asombrado, esperanza, fundado en la esperanza de que los propios conflictos tienen un sitio natural entre las preocupaciones de los otros, y que también es natural el sitio propio en el andar de un pueblo rumbo a un destino histórico ineluctable. No hay ingenuidad, pero tampoco fisuras en la visión de Gelman: no es tanto la sencillez del mundo lo que canta, sino, y sobre todo, la sencillez del propio propósito. El compromiso político es absoluto, pasional, remite a un compromiso con la vida, la gente, los propios gustos y preocupaciones: "Tal vez el mundo cabe en la cocina/ donde hablamos del hijo" (*El juego en que andamos*).

En este orden de ideas, en esta poderosa máquina integradora, puede fundarse y crecer una poética rica y convencida de su fuerza: su lirismo es tan fácilmente —y felizmente— cósmico como cotidiano, bohemio como militante, íntimo como histórico, y buena parte de la sal de estos primeros poemas está en esa ubicuidad y sincretismo. También es sincrética su lengua: en ella caben el lenguaje coloquial, el periodístico, las articulaciones más propias de la prosa. Sólo Gelman puede decir "o sea", "es decir" o "por lo cual" y dotar a esas muletillas prosaicas de un sonido inconfundiblemente poético. César Fernández Moreno lo había intentado un par de años antes en *Argentino hasta la muerte*, fundando una posibilidad, pero sacrificando a veces el ritmo en el que Gelman es siempre magistral, hasta en el abuso: abuso de los enclíticos, de los cortes de versos que contrapuntean los perío-

dos gramáticos, del paralelismo o de la enumeración caótica.

Uno de los momentos más atrevidos y felices de este sincretismo es el poema "Esta Oración" (de *Velorio del Solo*): allí, a la manera de San Juan de la Cruz escribiendo a Dios en términos de amor carnal, Gelman escribe un discurso pasional que se resuelve en amor a la revolución cubana. En esta plegaria ardorosa por la felicidad, la historia, la revolución, iba a reconocerse toda una generación, al igual que en el retrato melancólico del solitario muerto que da título al libro.

Toda la poesía del '60 cabe en unas líneas de *Velorio del solo*; toda, quizás, a excepción de la suya propia, que en 1965, con *Cólera Buey* marca una inflexión hacia otro rumbo. Dando por agotado un ciclo, Gelman se impone un alejamiento de los temas políticos y de la vida porteña: comienza la larga saga de las *Traducciones* (de *Los Poemas de John Wendell*, hasta los *Poemas de Sidney West*, y de 1965 a 1969). Traduciéndose imaginariamente del inglés, la poesía de Gelman crece; desnuda de apoyos circunstanciales, queda lanzada a su propio aire, a un ritmo que se vuelve más complejo y aun más eficaz. Gelman neologiza como Vallejo, melancoliza como Cortázar (su pariente más notorio en la prosa), narra como Pavese, exclama como Ginsberg: pero sobre todo alterna el verso desmesurado con el brevísimo como Gelman, enumera como Gelman, respira como Gelman. Con la seguridad de un creador en dominio de su propia lengua, aquella que había comenzado a construir desde sus primeros libros.

Esta prolífica aventura va a concluir en los calientes años '70: en el '71 publica *Fábulas*, donde retoma con exclusividad militante los temas políticos y actuales de algunos de sus primeros poemas. Pero ahora la esperanza es más urgente, exasperada, y la plegaria del joven intelectual cuya vida está iluminada por la visión revolucionaria ("Tómame/no me dejes/ya que me has hecho mayor que mi muerte") se transforma en apelación directa: "Oh sangre así caída condúcenos al triunfo". Entre una y otra oración median diez años: ahora, la revolución no es aquella isla lejana, sino siglas concretas. La línea, no se puede decir que no sea directa: ese integralismo revolucionario que piensa una historia de un solo sentido, atada a la marcha del cosmos y la naturaleza del hombre, ese mismo integralismo que había sido su fuente poética, ha trabajado la reali-

dad a lo largo de una década y ha engendrado estas siglas. El Gelman del '70 es heredero del Gelman del '60, tanto como la violencia del '70 lo es de las soñadoras utopías del '60.

Dije al principio que este libro hecho de muchos libros puede ser leído como tragedia, o sea como necesidad, como error humano y como destino. "...¿y qué/germinará de boca a mano? planta? monstruo? belleza/que andará por el mundo después? el dolor/dará belleza después? tanto dolor acá ¿dará belleza algún día...", se

pregunta el poeta en 1973. No lo sabemos. Sí sabemos que iba a dar mucho más dolor todavía.

Un poco antes de la reedición de esta obra poética se distribuyó aquí el último libro de Gelman (*Si dulcemente*, Lumen, 1982), cuyo sangrante corazón es el poema "Carta Abierta" dedicado a su hijo, secuestrado, junto a su esposa embarazada, por un comando militar en Buenos Aires en agosto de 1976. Me resulta imposible escribir acerca de un libro tan herido y terri-

ble: pero al leerlo, transido por la angustia, no he podido compartir la idea de que los caídos han sido sacrificados por el "delirio militarista de la conducción". Los locos no enloquecen solos: me pregunto si la locura no estaría contenida de algún modo en las dulces ilusiones de los tiempos de *Velorio del solo* y de *Gotán*, que Gelman cantó como ninguno y que tantos compartimos fervientemente. ¿Qué nos queda ahora, después de tanto dolor y ya sin esas ilusiones? Haría falta un poeta grande como Gelman para decirlo.



Beatriz Sarlo

LA NOVELA COMO VIAJE

Antonio Dal Masetto, *Fuego a discreción*, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1983, 187 págs.

Esta novela cuenta la historia de un deambulador, de un vago. El narrador en primera persona, despojado de cualquier seguridad, construye una perspectiva móvil, con pun-

tos de fuga que se multiplican a medida en que se desplaza alrededor de las cosas, al costado de los otros personajes. Desde esta perspectiva nada se muestra completo, precisamente porque este narrador ignora las pretensiones totalizantes: las cosas están ahí, con la inmediatez de un tronco o unos pastos, cuando se los mira acostado sobre la tierra, o con la vaga lejanía de

un potrero o una vereda contemplados desde un último piso, pero no hay presunción de explicarlas.

Este narrador deambulante es un ojo y un oído. Finge no estar interesado en casi nada y, sin embargo, escucha más de lo que habla, anota en su libreta de escritor, y mira más de lo que es visto. Lejos de esas primeras personas intrusivas que se piensan más sabias o más profundas que el resto de los personajes, este narrador no descubre saber, ni organización, ni claves casi en ninguna parte, pero mucho menos en sí mismo. Le sucede que no sólo escucha y mira más de lo que es escuchado y mirado, sino que también desea más de lo que lo desean: un largo episodio de la novela son los desplazamientos en un departamento, alrededor de una mujer que no quiere entregarse y la realización de ese deseo asimétrico está toda en la persecución por la mirada: "La miraba ir y venir con su camisón, seguía tomando y comenzaba a impacientarme. Le grité que se quedara quieta, que me estaba mareando con tanto dar vueltas, que no tenía sentido esa situación, yo persiguiéndola y ella esquivándose".

Para este narrador, los hombres, las mujeres, las cosas tienen siempre ese

carácter esquivo. Incluso el recuerdo aparece fragmentado en algunos nombres, lugares, cuentos que ha escrito, publicado y perdido. Frente al recuerdo, disputando su espacio, está siempre la posibilidad del olvido, que la escritura intenta, quizás vanamente, reparar: "Me sentí dueño de mi vida y recordé que no era la primera vez que ocurría. Pero también me asombró la facilidad con que siempre lo olvidaba".

Ojo, mirada, cuerpo no deseado, a este deambulante le basta con muy poco. Dice: "un par de ideas claras, un par de objetivos", pero sabe, al mismo tiempo que eso es lo más difícil, que se puede escribir toda una novela sin alcanzarlos. En esa búsqueda, va desplazando indefinidamente lo que debe hacer: la novela se abre con el anuncio de un llamado de teléfono, que nunca tiene lugar. Precisamente, la novela es ese desplazamiento indefinido hacia adelante, una huida de los pequeños deberes, un dejar que el tiempo se escurra, que los hechos mínimos no significativos se estiren pastosamente, a lo largo de un tiempo puntuado por los recorridos sin sentido evidente, por las estancias en bares, por las botellas que se vacían, por algunos almuerzos y algunos diálogos tan inmotivados y azarosos como los desplazamientos.

Toda la novela es un *viaje*: por el alcohol, consumido en cantidades deliberadamente increíbles, en una acumulación por completo literaria. Y un viaje por un Buenos Aires, que puede ser reconocido, pero despojado de todo pintoresquismo. Este es otro rasgo básico de la novela: la ausencia de lo pintoresco, la reticencia permanente frente al abismo de la representación costumbrista. Buenos Aires aparece como una ciudad despoblada, llena de ausentes, donde todo tiende a borrarse o a perderse: una ciudad donde se ha disparado *fuego a discreción*, una tierra baldía, donde todo se parece a una frontera, y el narrador mismo está siempre colocado en un borde, quizás un límite: "En ese avanzar y retroceder me había dejado atrapar por una especie de juego que me lanzaba permanentemente al borde de la realidad y donde se iba afirmando una certidumbre: la inutilidad de nuestros esfuerzos, la evidencia de que nunca llegaríamos a la clínica".

El narrador fragmentario, pasivo, desconfiado frente a las certidumbres (cada vez que tiene una certidumbre, la olvida), elige la oscuridad para el desenlace: refugiado en un tanque de agua, en medio de una inundación, en

un suburbio de Buenos Aires que no conoce, encuentra una frase que podría ser pensada como un mensaje. Y entonces la escribe, con sangre de pólomo, en las paredes interiores del tanque, allí donde jamás podrá ser leída, donde ni él mismo puede verla escrita.

Fuego a discreción puede sintetizarse en este gesto de su narrador, precisamente porque su calidad de escritura está basada en la ausencia de todo movimiento ampuloso. Ni el narrador explica a los otros ni se explica a sí mismo. El registro de sus experiencias, de sus pensamientos es invariablemente fragmentario, como también son fragmentarias las historias de quienes entran y salen del foco del relato. Pero a esta perspectiva vaga y deambulante se la coteja con otros tres textos, compuestos en bastardilla, donde se funda algo así como una versión cifrada del horror. Son también textos en primera persona, pero sus narradores no son el narrador deambulante del resto de la novela. Más bien parecen narradores mitológicos, voces que cuentan que han nacido, atravesado los siglos, luchado en campos de batalla cuyos nombres mentan lo fabuloso y lo desconocido. Se habla de una guerra y de las posibilidades del amor en los intersticios de la guerra: "urgencia asesina y carga de amor".

En estos capítulos intencional y pesadamente simbólicos, se funda también una mitología del horror, la tortura, el juicio y la canibalización del enemigo. Cruels hasta la fantasía más increíble, sobre todo el segundo, nunca se proponen una representación realista: víboras, templos, grandes espacios donde se escenifican crucifixiones y banquetes con la carne del enemigo hacen improbable una identificación simple. En el tercero y último de estos textos, se invierte la parábola kafkiana: el viajero puede trasponer la puerta, entrar en el jardín que lo estaba esperando. Este viajero usa la misma primera persona del resto del relato, y une este final al final del viaje con el que se cierra la novela: "Hice un rápido balance de mis posesiones: apenas esa oscura obstinación sin nombre que me había mantenido atento, en sospecha, durante todo el viaje". Subrayo en mi lectura la palabra *viaje*: ésta parece la forma que descubrió Dal Masetto para convertir en literatura a un conjunto de obsesiones fundamentales. La novela como viaje, ya lo sabía Kerouac, es probablemente una de las propuestas clásicas de la literatura de las últimas décadas. En *Fuego a discreción* el viaje es figurado en un ir y venir ince-

sante y, aparentemente, despojado de sentido. Sin embargo, la novela conserva una estructura perfecta, aunque despojada de toda exhibición formal, y, trabajando sobre los fragmentos inseguros de la experiencia y el recuerdo, logra producir, a partir de esas líneas fracturadas, la convicción de que tanto la escritura como la vida son nuevamente posibles.

REVISTA IBEROAMERICANA

Órgano del Instituto
Internacional de Literatura
Iberoamericana

Director-editor:

Alfredo A. Roggiano

Secretario-tesorero:

Bruce Stiehm

Dirección:

1312 C.L. Universidad de
Pittsburgh, PA 15260 USA

Suscripción anual:

Latinoamérica: 20 dls.

Otros países: 25 dls.

Socios regulares: 30 dls.

Suscripciones y ventas:

Gloria Jiménez Yamal

Canje: Lilian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura de Latinoamérica, la **Revista Iberoamericana** publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de autores de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

MINIMA

José Carlos Chiaramonte,
Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica, México, Grijalbo, 1984, 279 págs.

La caracterización de las sociedades hispanoamericanas como feudales o capitalistas fue uno de los temas de debate que agitó los círculos de la izquierda intelectual durante la década de 1960. En buena medida inspirados por la revolución cubana, aquellos que afirmaban el carácter capitalista de América Latina no aceptaban otra alternativa que el socialismo como solución para los problemas del subcontinente. Los partidarios de la "tesis feudal", por su parte, entendían que para alcanzar esa etapa era necesario primero avanzar en el desarrollo capitalista y agotar las soluciones "democrático-burguesas".

Dos décadas más tarde el debate ha languidecido sin que se hallara una solución convincente para el problema de la caracterización del modo de producción latinoamericano. Chiaramonte examina críticamente diversos temas relacionados con la polémica en los cuatro ensayos que componen su trabajo. Este examen permite entender las dificultades de la discusión en la medida en que a los problemas derivados de su anclaje en el contexto político, se sumaban los provenientes de los supuestos en ella implícitos: la concepción de un desarrollo histórico lineal en el cual capitalismo y socialismo conformaban los estadios finales de las cinco etapas por las que debía atravesar toda sociedad.

En el primero de estos ensayos Chiaramonte historia el uso que del término feudal han hecho los intelectuales latinoamericanos desde la época de la independencia hasta la década del '60. Ello le permite indagar en las concepciones que, durante el siglo XIX, enfatizaban el contenido político del concepto y mostrar la

incorporación de un sentido más específico, referido al ámbito económico, en las obras correspondientes al siglo XX.

En la segunda parte del trabajo el autor apunta a la reconstrucción del contenido de conceptos como modo de producción, fuerzas productivas, relaciones de producción y formación económica de la sociedad a partir de la obra de Marx. En este apartado Chiaramonte intenta despojar a estos conceptos, y especialmente al de modo de producción, de la rigidez que adquirieron a partir de la conocida obra de Stalin y de la posterior adopción de la teoría de los "cinco estadios" por el VI Congreso de la Internacional Comunista de 1928. El autor muestra que estas concepciones, al igual que intentos más contemporáneos de sistematización, no surgen necesariamente de los trabajos de Marx. El tercer ensayo se apoya en la rica historiografía reciente sobre la sociedad y economía novohispana de los XVII y XVIII para examinar el carácter de esa sociedad. Estos estudios le permiten afirmar la importancia del capital comercial y del sector mercantil en esa economía. Sin desconocer la fuerza de la tesis feudal cuando se la circunscribe al sector agrario mexicano, Chiaramonte señala las inconsecuencias que el predominio de los sectores mercantiles de la sociedad supone para una categorización que busca priorizar la producción sobre la circulación de mercancías.

La cuarta parte del trabajo está dedicada a analizar los problemas que se plantean en la investigación histórica a partir de algunos de los estudios existentes sobre América Latina y Europa. A partir de ellos distingue un procedimiento que actúa por analogía, en el que se buscan las semejanzas de América Latina con la sociedad europea, de aquel otro que parte de una definición o de un modelo de feudalismo para tratar luego de rastrear esos rasgos en la sociedad en estudio. Los límites de ambos procedimientos provienen de las dificultades para distinguir entre las va-

riantes del feudalismo europeo por una parte, y por otra de la imposibilidad de precisar un concepto unívoco de feudalismo a partir del desarrollo teórico.

Si el libro, en las palabras de su autor, no tiene "un final feliz", es decir que no intenta resolver la polémica, es porque esto no puede hacerse en los términos planteados originalmente. Por ello, el trabajo de Chiaramonte constituye una refrescante crítica de conceptos que no siempre han facilitado la reconstrucción histórica. Esa crítica debe ser el primer paso hacia el replanteo de las más complejas relaciones entre la investigación de la realidad social, la teoría y la acción política.

Juan Carlos Korol

Carlos Correás, *Los reportajes de Félix Chañeton, Buenos Aires, Celtia, 1984, 344 páginas.*

Convocado inteligentemente, el clima de reflexión y cuestionamiento que promovieron las revistas *Centro* y *Contorno* (de las que Correás fue colaborador) se filtra a través de los fragmentos autobiográficos de Félix Chañeton. El rigor sartreanamente ético para encuadrar la vida, ciertas preguntas nucleares sobre la existencia y los fines, y el cruce de discursos que replantean e interpretan el ejercicio de la literatura (en el cual el filósofo se advierte hegemónico) organizan la novela.

Desde el prólogo, el texto establece sus claves: habrá de ser leído como un cuestionamiento renovado sobre el hombre y el acto estético, sobre la posibilidad de la escritura como método de interrogación y de declaración de la vida misma.

La poética que sustenta toda la novela se explicita en las primeras páginas: "los autorretratos novelados de Félix Chañeton serán construcción de literatura si son aniquilación de la realidad dada; por lo que tendremos calidad literaria en la medida en que la literatura sea destructiva". Corroer e inquietar, suscitar preguntas, anular la engañosa comodidad de cualquier certeza: tales los puntos de partida que

los apócrifos Chañeton y Levinas (firmante del prólogo) señalan al lector, varias veces apelado en el texto, como exigencia de una recepción nada complaciente.

Con temáticas distintas, los tres episodios que configuran los *raccontos* autobiográficos del protagonista se funden en los semas de la pasividad y la dependencia. La primera historia, centrada en la experiencia de la homosexualidad, no abandona la tensión —tanto de argumento como discursiva— que parece ser el rasgo determinante de un mundo marcado por la opresión y el sometimiento. El segundo capítulo dramatiza el límite de la adaptación, el conflicto que nace del hacerse partícipe de un ambiente y una circunstancia, el poder integrarse sin ser obligadamente modificado, sin acatar las mutilaciones irreversibles; "mantener la continuidad de mi propósito de crítica intelectual, y enraizarme, medios para enraizarme" es la intención que se manifiesta impracticable dentro de un contexto estructurado para exigir siempre la adaptación dependiente y la defecación.

"El último recurso", finalmente, permite que el relato de Chañeton —profesor de filosofía de la universidad de los años '70— se permea de un fuerte componente ideológico que reactualiza lo enunciado en el prólogo: interrogar al hombre, descubrir la razón de sus decisiones, evaluar sus responsabilidades, intentar desterrarlo de la pasividad y la dependencia e instalarlo en la lucidez de sus actos conscientes.

Analia Roffo

Jean Franco, *César Vallejo, la dialéctica de la poesía y el silencio, Buenos Aires, Sudamericana, 1984, 413 págs. Traducción de Luis Justo de la edición original, Cambridge University Press, 1976.*

La obra poética de César Vallejo alcanza, por la presión sostenida, la casi violencia a que es sometida la materia verbal en los poemas, el indiscutible estatuto de

modelo de ruptura y espejo de vanguardias. Junto a esa intensidad de la forma constructiva, e indisolublemente soldada a ella, opera la intensidad exasperada de los núcleos afectivos e ideológicos en que se va condensando la experiencia vital de Vallejo. Este múltiple enclave de torsiones y distorsiones, que confiere a la obra su crispación y su hermetismo a veces irritantes, pero también su inagotable esplendor, no siempre ha sido apresado en toda su complejidad.

En su estudio Jean Franco trata, justamente, de eludir cualquier reduccionismo formalista o sentimental, y, sobre todo, de criticar la *mitología Vallejo* que suele erigirse como un obstáculo para la lectura. Para ello, recorre los textos sometidos a sus propias hipótesis, que subrayan como constitutivo el momento de crisis de las primeras concepciones románticas y cristianas de Vallejo, sacudidas, respectivamente, por la verificación de la verdadera situación del escritor en la sociedad peruana de su tiempo y por la lectura de algunos divulgadores de las teorías evolucionistas.

La ruptura con el logos cristiano y el descubrimiento de la ideología como falsa conciencia son, para Franco, el sustrato conceptual que alimenta la desconstrucción de los discursos establecidos a que procede Vallejo, como una manera de dramatizar la lucha contra el determinismo biológico; el conflicto entre el individuo y la especie, matriz productiva que atraviesa toda la obra de Vallejo, se reformula permanentemente como dialéctica entre cultura y naturaleza, entre las ruidosas palabras y el cuerpo silencioso.

Franco asigna un peso excesivo a estos choques conceptuales, superior al de las tensiones afectivas y culturales que suponen el mestizaje y los trasplantes a Lima y después a París. En abierta oposición a la hipótesis de Mariátegui, para quien el pesimismo de Vallejo, como el del indio, es más un sentimiento que un pensamiento, encuentra que el intertexto de Vallejo (no sólo los divul-

gadores aludidos, sino también Schopenhauer, Spinoza, Kant, Rousseau, cuyas huellas lee en los poemas) lo convierte claramente en un representante del nihilismo y de "la conciencia dividida del mundo occidental".

M.T.G.

Tamara Kamenszain, *El texto silencioso. Tradición y vanguardia en la poesía sudamericana*, México, UNAM, 1983, 92 pág.

Reduplicando el trabajo de esos cinco "silenciosos escritores sureños" que componen su Pentateuco personal, Kamenszain se convierte a su vez en una talmudista. En una operación especular, podríamos leerla como ella lee a Gironde, a Juan L. Ortiz, a Macedonio Fernández, a Lihn, a Madariaga; más aún, por su condensación alquímica y vanguardista, estos textos piden ser leídos como formando parte de la misma telaraña en que se teje este Talmud criollo. Textos chicos y apretados, silenciosos en su brevedad casi púdica, se resisten al comentario y presentan la superficie de un enjambre de interpretaciones pequeñas que eluden la gran violación interpretativa, entrando por los bordes y rumiando obsesivamente algunos detalles: los versos adelgazados de Gironde y de Ortiz, que remiten a la línea de la llanura y a "una fina geografía de ríos litorales", las comillas y dudas también de Ortiz, las tesis lunáticas y siesteras de Macedonio, un diminutivo de Madariaga.

Bordes y márgenes: desde allí, dice Kamenszain, estos cinco escritores escriben el corpus de una vanguardia doméstica y provinciana que funda, paradójicamente, la tradición de la vanguardia; silenciosos y secretos, cercanos al cuchicheo, prefiguran la aparición de Borges (¿nuestro Spinoza o nuestro lenguaz?), el vanguardista público y central, locuaz y cosmopolita, el que accede a la traducción; el que a su vez funda, para la literatura argentina, la universalidad.

Bordes y bordados: escritura y silencio enlazados por el punto cadena de la plática, esa parla de mujeres que no dice nada. Como ella, afirma Kamenszain, tampoco la escritura quiere decir nada; reverso de lo claro y distinto, sólo admite ser transmitida por una oralidad que introduce la figura femenina por excelencia: la madre. Así, escritura y condición femenina se tocan en el punto de convergencia de lo doméstico y lo obsesivo: en lo artesanal de un trabajo. Desde Virginia Woolf hasta Alfonsina Storni, desde Proust hasta Lezama Lima, Kamenszain hilvana una inteligente aproximación a la escritura femenina y a lo femenino de la escritura. Y concluye: "Esta posibilidad femenina de espiar en las costuras para ver las construcciones por su reverso abre a la mujer, en su relación con la escritura, el camino de la vanguardia". Las sutiles asociaciones y desplazamientos que remata con esta puntada nos tientan a parafrasear (en versión rioplatense) la pregunta a Lacan con que cierra su libro: "¿por qué decís que hablás de la vanguardia y de las mujeres, cuando en realidad vos también estás hablando de la escritura?".

M.T.G.

Rodolfo Alonso (palabras), Libero Baadi (diagramación), *Las hojas cantan con el viento*, Buenos Aires, Imprenta Anzilotti, 1984, 55 pág.

El lenguaje visual y el lenguaje poético suelen encontrar la manera de poner en escena sus afinidades en la realización de un libro de artistas. Viejo frecuentador de estas experiencias, Baadi diseñó ahora una versión popular (es un decir: son trescientos ejemplares contra los veinte de la primera, que eran totalmente dibujados y compuestos a mano) para *Las hojas cantan con el viento*. Y las hojas del mundo vegetal de Alonso cantan ahora en estas hojas cuadradas y pequeñas, donde poesía y gráfica se reúnen en el espacio de la página y, como dicen los autores, "del amor en la labor artesanal". Un

gesto que los poetas aman: trabajosas caligrafías y pasiones imprentas forman un capítulo no desdeñable y casi folklórico del oficio: ahí tenemos, para atestiguarlo, a Gironde y a Juan L., o a algunos excéntricos minervistas como Gandolfo y Miljévic.

A lo largo de los años —los poemas están fechados entre 1958 y 1983— Alonso se pasea por su jardín imaginario, poblado de flores y frutos, hojas y ramas: recatada botánica poética que enumera una flora nacional nada tropical ni barroca, no salvaje sino cultivada, casi urbana, convocada por naranjas y achiras, glicinas, lapacho, jazmines, romero. Convocada, sobre todo, por una simplicidad del decir lograda a fuerza de despojo, y por una entonación cordial y afectiva que clude, como estas plantas, la exuberancia.

Una voz poética —una primera persona— dialoga casi amorosamente con el mundo vegetal ("Ustedes me dan la gana del verano..."). Se detiene, sosegada, ante la fulguración súbita de un color ("El fresco relucir de tanto verde/muestra a la primavera consumada"), de una forma ("La santarrita insiste en derramarse..."), de un sabor ("Cuando digo limón/el limón vive/en mi aliento/y mi boca se alimenta..."). Placer de la contemplación, deslumbramiento con la naturaleza: "el reino vegetal es de este mundo", leemos en el prólogo. Si las elecciones de Alonso permiten situar estos rasgos y otorgarles una filiación (el cruce Poesía Buenos Aires / Pavese, para decirlo abusando de la elipsis), hay allí un tono propio, una inflexión personal que hallan su raíz en una confianza casi humanística en la persistencia de la forma como elemento ordenador e indestructible que abraza a lo natural y a lo humano, y establece entre ambos "reinos" una continuidad. Idea poética que condensa de modo ejemplar *La forma Sonata*: "El ciprés mal podado/se irá en ramas// Pero la forma/ciprés sigue latente/mientras crecen las hojas/a colmarla".

M.T.G.

CARTAS DE EXILIADOS

A partir de 1974, centenares de miles de argentinos se fueron del país, a Méjico, Venezuela, España, Francia. Allí, y durante todos estos años, recibieron millones de cartas de amigos que se habían quedado, o que se habían ido a otros lugares. A su vez escribieron otros millones de cartas que enviaron a esos amigos.

Esas cartas quedan como documentos de la manera en que las diferentes etapas de la evolución histórica reciente de la Argentina, eran reflejadas o refractadas por quienes, inmersos en situaciones personales variadas, cambiantes, resultaban testigos involuntarios de los procesos históricos.

Alguna circunstancia dramática (pienso, por ejemplo, en la invasión de las Malvinas el 2 de abril de 1982) era para amigos lejanos y que no se veían desde hace mucho tiempo, una especie de obstáculo que debía sortearse para ver si aquella posición común, si aquellos elementos compartidos que habían estado en la base de la amistad, seguían existiendo, o si algo se había quebrado. A veces la situación histórica aparecía indirecta, oblicuamente, y el humor o el pudor resultaba la defensa elegida por el autor de la carta para protegerse de una realidad devastadora.

El estéril debate entre "los que se fueron" y "los que se quedaron" es desenmascarado por esta tentativa colectiva por construir un tejido (un texto) capaz de superar la fractura argentina. Porque tanto para los unos como para los otros, existió, omnipresente, la terrible doble perspectiva que ya Adorno había advertido: la amenaza de muerte por inanición o la locura.

Raúl Beceyro

[De España a Francia]

Querido A:

Tu hipótesis acerca de la epidemia de mutismo epistolar parece verdadera. Digo, por cuanto he sido también alcanzado por ella, y sé de otros casos parecidos por aquí. A casa hace ya tres meses que no escribo, aunque hemos mandado una cinta con un pibe que viajaba para aquellos pagos.

Las razones de este silencio, en lo que a mí respecta, son varias y de distinto carácter:

- 1) Nunca fui muy propenso a escribir;
- 2) Los problemas cotidianos no me dejan ni tiempo ni ganas;

3) Especie de negación inconsciente (que el hecho de escribir pondría en evidencia) de reconocer y enfrentar la actual situación: corte definitivo en las relaciones con personajes y lugares y la carencia de las mismas en el presente en que te hallás sin parámetros vitales (palabra sospechosa) donde agarrarte.

Sin embargo tal vez una carta, en su materialidad textual y como lugar del deseo (¡Barthes viejo y peludo nomás!) permita una salida decorosa y eficiente para combatir la soledad.

Pero en fin, pasemos a cosas concretas.

G está embarazada. Imposibilidad material (económica) de solucionar la cosa. Habría que viajar a Londres ya que aquí no hay manera, al menos barata. De todas maneras, G no quiere el aborto por razones que yo no entiendo ni me esfuerzo en hacerlo. Discusiones jodidas acerca del asunto y la imposibilidad de solución. Creo la culpable de todo este asunto es ella. Resultado: agresión o negación de su persona. G me lo recrimina; yo no puedo evitarlo.

Ahora H se despierta (son las 17) y me obliga a suspender.

1,30 de la mañana: con un vino medio regularón, y después de haber visto "Tener o no tener" continúo.

Recibí tu trabajo. Me llegó hace ya más de un mes. Me parece interesante y cierta tu idea de encuadrar el proyecto de Adorno (su "ensayística") bajo los presupuestos explicitados en el "Ensayo como forma". A propósito de esta parte, y después de otra lectura, espero mandarte algunas ideas mías.

En cuanto a tus dudas de seguir trabajando en esto espero sean pasajeras o "irónicas". Hay que darle pa'delante: "de frente march", como decía el chanta de I.

Por mi parte leo muy poco y esporádicamente. Algo de epistemología y un libro de semiología del cine, con artículos de Eisenstein, Metz, Mitry, Pasolini, etc. Si te interesa el título es "Contribuciones al análisis semiológico del film" y está editado por Fernando Torres editor, Valencia. Por otro lado algo de narrativa livianonga: Chesterton, R. Chandler, que me resultan realmente placenteros.

De cine, gracias a una programación interesante de la filmoteca, he visto cosas interesantes: Buster Keaton, Hawks, Renoir, etc. Además en un ciclo de H. Bogart vi: "Tener o no tener", "Cayo largo", "El halcón maltés" y "El sueño eterno".

De "Cayo largo" tenía un buen recuerdo que no fue confirmado (está vieja). "El halcón maltés", lo mejor. Luego viene "El sueño eterno", y "Tener..." que se puede ver hasta por ahí nomás.



En resumen, cine sigo viendo lo suficiente a pesar del poco tiempo que tengo y la escasez de gaita.

Otras lecturas (pueden llamarse así) que me procuran placer son las partidas de A. Karpov en un librito que me compré. Te mando una (comentada por mí) que es sensacional y clara como el agua. Todo el asunto gira en no permitir P4R del negro.

Torneo Budapest (1973).

(Francesa) Blancos: Karpov. Negras: Hort.

- 1) P4R - P3R
- 2) P4D - P4D
- 3) C2D - C3AR
- 4) P5R - CR2D
- 5) P3AD - P4AD. La cuestión en esta línea de la Francesa es saber si el blanco puede mantener el P5R que comprime el juego negro o si éste puede romper la cadena de peones blancos.
- 6) A3D - C3AD. Atacando el PD que defiende el PR.
- 7) C2R - D3C (otra vez)
- 8) C3A - PxP
- 9) PxP - P3A. Como el blanco defiende bien su cadena el negro busca eliminarla de otro modo.
- 10) PxP - CxP. Lo consiguió pero ahora su PR está retrasado y el enroque debilitado. Si el blanco evita P4R tiene ventaja ya que domina 5R y además el alfil negro no tiene juego.
- 11) 0-0 - A3D
- 12) C3A - 0-0 (no P4R porque después de los cambios en 5R sigue D5T+ ganando el peón).
- 13) A3R - D1D (no DxPC por C5C - A2R - T1C DxPT - T1T D7C - T4T con la amenaza A1A).
- 14) A5CR - A2D (no P4R por CxPD).
- 15) T1R (hacia la casilla crítica 5R) - D1C (saliendo de la clavada y apuntando a 5R).
- 16) A4T - P3TD (si P4R, PxP - CxP, CxC - AxC, AxC - AxA, CxPD - AxP, AxP+ - RxA, D2A+ y DxA ganando peón).
- 17) T1A - P4CD

- 18) A1C - A5A
- 19) A3C - AxA
- 20) PTxA - D3C
- 21) C2R - TD1R
- 22) C4A (para jugar C3D y dominar definitivamente 5R) - CxP (el negro cree liberarse con esta pequeña combinación).
- 23) DxC - DxD
- 24) CxD - P4R (al fin, pero...)
- 25) C4A6R - AxC
- 26) TxP - A2D
- 27) TxT - TxT (no tiene más el PR retrasado pero el blanco tiene mejor alfil y el negro el PD aislado).
- 28) P3AR (impide C5R) - T1AD (si no el blanco penetra con su torre por la columna AD).
- 29) TxT - AxT
- 30) R2A - R2A
- 31) R3R - R2R
- 32) P4CD (fija los peones negros en casillas blancas donde entorpecen su propio alfil) - P3CR
- 33) P4CR - C2D
- 34) P4A - C1A
- 35) P5C - R3D
- 36) R3A - C3R
- 37) CxC - AxC (las blancas ganan ahora gracias a su mejor alfil y la debilidad de casillas negras de las negras).
- 38) R3R - A5C
- 39) A3D - A3R
- 40) R4D - A5C (el negro no puede hacer nada, si mueve el rey el blanco penetra con el suyo por 5R o 5AD).
- 41) A2A - A3R
- 42) A3C - A2A
- 43) A1D - A3R
- 44) A3A - A2A
- 45) A4C - Abandona porque al tocarle jugar pierde. Si Rey mueve entra el Rey blanco. Si A1C A8A. Si A3R AxA - RxA, P4C - R3D, P3TD y el rey blanco entra y gana.

Bueno, A, aquí termino. Besos y saludos para J y E.

Jueves 9 de febrero de 1978.

29/4/78.

Querido amigo, anoche me dieron tu carta. La estaba esperando porque leí la que le enviaste a C. Por suerte ya se te pasó, conmigo al menos, ese asunto de tomarnos como "modelos" de no sé qué. No te imaginás el susto que me pegué. Me alegró tanto el tono afectuoso de esas líneas, las de mi carta, que hasta me puse melancólico y no sabía cómo hacer para empezar a contestar. Pero me mandé unos tragos de whisky y aquí voy.

Efectivamente, A, me estoy yendo a España. Mejor dicho, nos estamos yendo S y yo. Pensamos vivir en Madrid. Mi único proyecto: trabajar con alegría en algo que valga la pena. Laburaré lo justo para comer; tengo un ofrecimiento de PP para trabajar con él en su productora de audiovisuales durante este año. Lo que espero valdrá la pena, será por fin vivir en lo que nos gusta. La semana que viene cumpliré 37 años y todavía no consigo vivir como quiero. Pero por lo menos me voy animando a pegar saltos enormes que tal vez me estén acercando a eso. Los matices y variables de esto, si es que hay, los hablaremos personalmente. Pero la idea que quisiera que tengas es que me voy sin demasiados, mejor dicho sin casi ningún plan. Todos me empujan para que me vaya de esta mierda petrolera y yo encantado. Eso es todo. Insisto en que lo demás ya lo veremos y hablaremos, exactamente como vos me lo proponés en la carta.

Aproximadamente para la segunda semana de marzo, tal vez antes, no sé; volaré desde Barbados a Luxemburgo, de ahí a París inmediatamente. Para S y para mí sería extraordinario encontrarte en el aeropuerto. Pero eso ya lo ajustaremos. Descuento que caminaremos juntos por París, y parece una novela. Lo que no sé es si lo haremos antes o después de ir a Rennes. Porque no creerás que no pensamos ver a E, a J, a T y a R. (Lo dejo para lo último por puro placer de fastidiar.) Hasta que no nos hayamos visto bien las caras y recién cuando la conversación se haya redondeado, seguiremos a Madrid. Todo sin perturbar demasiado vuestra vida normal. Y tampoco por demasiado tiempo, está claro. Bordo la tentación de andar sin plazos, pero no conozco ese lugar. ¿Cómo será? En fin, vendrá e irá otra carta que precisará las cosas.

S está gestionando una beca para estudiar cine en Madrid. Eso es lo único que nos retiene en Caracas. Concluido ese trámite nos vamos. Como verás, con el rebusque ofrecido por PP y la beca, estaremos a flote. Los primeros días viviremos en casa de D, quien generosamente me respondió afirmativamente a mi pedido. Lo demás es ansiedad, a veces tremenda exaltación. Por suerte, escaso miedo. Como corresponde a estos casos, me dedico a ver cine español. Anoche vimos "La Caza" de Saura y recordé, o por lo menos asocié, que vos dijiste que había una analogía en la dura búsqueda de un lenguaje propio en esa película y [la mía]. La de Saura aguanta a pesar de los tanteos; la mía empalidece velozmente. Salvamos siempre las distancias, eso es obvio, pero hace una semana proyectamos mi corto (1/2 hora) y la sensación que tuve es que pareciera que no me sirvió de nada, no sé distinguir qué pude haber aprendido allí. Para colmo tiene 5 años de antigüedad. O sea que en España habremos de empezar casi de cero. ¡Al cabo de 16 años de proyecto cinematográfico! Me doy cuenta de que lo que a mí me duele, te duele a vos también. Estamos pues justo para caminar por ahí hombro con hombro.

En plena "candela" te dejo. Contestame enseguida y ajustaremos todo.

NOS VAMOS, VALE. NO TE ACHANTES CABALLO, ¡UNOS PALITOS Y AQUELLO SERA UNA PENDEJADA, CHICO! ¿QUE HUBO PUES? ¡AGUANTE AHI Y MAS NADA CHAMO! O sea "chau pinela".

Los abrazo muy fuerte.

Querido A:

Esta carta estuvo esperándome como un mes, yo quería ampliar un poco las impresiones sobre tu ensayo, estimuladas por tu carta; pero esta vida es un desbole y la hoja en blanco ya me estaba poniendo febril. Ocurre que en este último mes y medio anduvimos enredados con la venta del departamento donde vivíamos (donde malvivíamos, para ser preciso) y la compra simultánea de una casa. Hoy hace diez días que estamos instalados en la nueva (y espero poder llegar a decir dentro de un tiempo nuestra-no-tan-nueva) casa. Está en Florida, casi pegada a la General Paz (a diez cuadras) y a cuatro cuadras de la Panamericana, sobre una calle cortada por donde pasan muy pocos autos. Es amplia, no muy joven y muy agradable. A nosotros, después del departamento de Barrio Norte (El Nicho, como lo llamaba U) con el quilombo perpetuo del Automóvil Club pegado a la ventana del dormitorio, esta amplitud, claridad y silencio nos parecen un beso de los dioses. Compramos barato; tenemos teléfono; tengo Escritorio; hay Dos Baños; hay un gran garage-futuro laboratorio (al menos hasta terminar el trabajo de los murales).

30/4.

Ayer interrumpí para buscar con U a TT y su novia, que vinieron en el TATA; aprovecharán estos tres días corridos. Pero sucedió algo más en el interín: a las 10.30 hs. llegó un colacionado donde rajan a U de su laburo. Es un laburo de mierda (era, mejor dicho), con un sueldo de mierda. Un centro de asistencia médica privado, ubicado en barrio Norte. La jefa directa de U era una hija dilecta de Luzbel. Debe ser una traficante de sangre, riñones, ojos, qué sé yo. Debe ser empleada de Barnard... En realidad ésta es una metáfora casi obvia: ¿de dónde sale la guita de todos esos médicos si no es de la salud de la gente? Pero la hipocresía de esta tipa y la habilidad para cagar a la gente y terminar haciéndoles creer que les hizo un favor, dice U que es terrible. Por otra parte U es cada vez menos capaz de aguantar relaciones de trabajo más o menos dificultosas. Como no hay laburos donde no haya relaciones de este tipo (jefes de mierda, alcahuetes, etc.) mi mujer se siente cada vez menos capaz de salir a laburar. Habíamos pensado poner un quiosco en ese garage del que venía hablando cuando corté ayer. Cositas de librería y esas huevaditas. Sobraron unos pesos, no muchos, pero creo que suficientes. Ya veremos. Sería un laburo al menos sin tensiones de esas que a ella le mofan el hígado.

Por mi parte creo que seré un desocupado más de aquí a dos meses. Los guitudos dueños de la fábrica en que laburo no quieren bancar más las pérdidas que da. Cierran o venden. Por lo tanto ya comencé yo también a tirar las redes. El panorama mejoró por el lado de la casa y empeoró por el otro. Debemos considerarnos afortunados: en este país, hoy en día, no son muchos los que compensan así (hablo de los plúsvalos, claro); todos están en baja. No sé si seré yo, pero me parece que la atmósfera de desesperación que hay en el ambiente se puede mascar. Es un acoso incesante, una amenaza incesante. Y acompañando a esto, como una especie de coro, discursos y declaraciones, que además se publican en diarios prácticamente ilegibles; no dicen nada, y lo que dicen da asco.

Noto en mí — y creo que es algo más o menos general; no sólo entre amigos y conocidos lo he detectado — un ablandamiento, un reblandecimiento, mejor dicho. La verdad de un relato, o un poema — y la consecuente justificación de esfuerzo y angustia — se me hace cada vez más abstracta. Debo apelar a principios. Debo ser dogmático y sobre todo un despota dogmático conmigo mismo para sentarme a trabajar.

En otra gente este reblandecimiento tiene las manifestaciones en el propio terreno de su actividad, desde luego. Y

en los que no hay una actividad "libre", como la del arte, sólo van quedando los ojitos abiertos y los sacudimientos de cabeza buscando para dónde rajar.

De la juventud ni hablar: en la facultad de medicina rindieron 10.000 tipos para cubrir un cupo de 300 alumnos (quizá no sean cifras exactas pero es más o menos así). Algunas actividades como el cine — e incluso la fotografía — ya son alternativas directamente vedadas para enormes sectores de clase media que cuatro años atrás se lo podía plantear como proyecto.

De los negritos más vale ni hablar. En los barrios hay gente que manda a comprar pan a los gurises con 4000 mangos, el precio de una flautita.

Y detrás de todo, lo que se sabe a medias o menos que a medias; lo que se corre — malamente — boca a boca: datos terribles, anécdotas casi increíbles.

Para mí, sería menos dificultoso, creo, si los tuviera a ustedes cerca. C tiene pensado volver para la primavera. Veremos. Será una gran mano. Es evidente que se nos vienen días peores y, consecuentemente, mucho más duros de bancar. En yunta creo que será distinto.

En una carta que recibí hace cuatro o cinco días, B me dice que él se siente todavía en el útero de Santa Fe, y que no quiere salir de allí... Lo dice, entre otras cosas, en el sentido de la imprescindibilidad de la cercanía de los amigos de allá. Para mí también es así. Aquí en Buenos Aires pude hacer pie con los V, y paré de contar. Está W, pero él no es alguien con el cual yo "me hice", y esa es la carencia, la de un tipo — al menos — con el cual estar suponga exponer no sólo parcialidades de uno, sino la totalidad, lo que se fue siendo, o haciendo, con todas sus resonancias y supuestos. En un ámbito así una misma idea se masca diferente, las palabras se potencian de otro modo, y sobre todo, la propia vida, ya más o menos jugada en una dirección, se reconoce y justifica. Esto quizás ocurra en momentos de baja (este sentimiento de carencia, digo) profunda, como el de ahora, en un contexto verdaderamente desolador, y en un tipo sin mucha formación (desde el punto de vista del oficio de escribir y del oficio del conocimiento en general), y sin muchos *apremios* interiores; obligado por lo tanto a cierto voluntarismo, y obligado, por lo tanto, todavía, a contar con referencias inmediatas: amigos que alienten y lean tus cosas, maestros que aprueben... Adolescencia, dice B, es cierto, y sobre todo, adolescencia en un contexto de vacío, por lo tanto peligroso.

Esta se había plantado como una cartita de hoja y media, y terminé agarrando la máquina porque no me alcanzaba con la birome.

Fijate: ayer estuve con SS. Tomamos una botella de vino que nos esperaba desde hacía dos años. SS ha cambiado bastante. Su período de trabajo en Chile y estos años aquí lo han hecho madurar bastante. Podemos conversar bien, aunque hay aspectos donde sigue siendo dogmático y casi inocente (esa inocencia que se puede volver medio terrible...). El todavía usa las viejas palabras: élite, compromiso, etc. Dicho así parecería imposible que se pueda conversar con él, ¿verdad?; pero no, es posible, pero como es natural, no es suficiente. Están las otras cosas, las tareas (no consigne laburo, está sacando fotos para una tipa que hace el negocio; va a casas particulares previamente contactadas y les saca fotos a los pibes, que luego entrega a su patrona sin revelar), discutimos sobre la situación general del país. Hablamos de cine; pero me falta lo otro, el útero — diría B —, siempre dejo a SS con una sensación más o menos angustiosa de carencia. Y también a W.

Creo que esta etapa puede ser interesante si logramos superar estos dolores de provincia — no necesariamente provincianos —, aprovechando lo bueno de las rupturas, que es el extrañamiento y la distancia. Superar este estar partido, esto es: escribir. Pegar pedazos escribiendo y mirando a toda conciencia las cosas del pasado, las ideas y los proyectos, lo hecho, desde la perspectiva ciertamente angustiosa

de la ruptura, pero potencialmente fructífera y activadora. En su artículo sobre las experiencias norteamericanas, Adorno cita no recuerdo a quién, y dice que los EE.UU. sirven a los europeos para "desprovincializarse". Esto tiene en Adorno un sentido concreto que él desarrolla; para él significó ampliar el criterio insular de "cultura", que el capitalismo desarrollado norteamericano integra al aparato productivo. Adorno escribió ensayos brillantes y extraordinarios, yo pretendo escribir relatos digeribles. Desprovincializarse supone hacerme claro el pasado en una unidad de relato o de poema. Veremos. Por hoy basta. Si me da el cuero para seguir más tarde la siga, si no corto aquí.

14 hs.

Todavía no morfamos. Estamos esperando unos chorizos asados de TT. Para asar una docena de chorizos ha prendido una fogata infernal. Todos estamos con baldes en las manos, palas, matafuegos de espuma... pobre TT, si se entera de esta joda me tira con una brasa. TT anda bien. Comenzó a laburar y eso lo ha serenado mucho. Este mes cumple 19 años, ganarse sus pesos era ya imprescindible. (Si escribo torcido disculpá, pero el humo de los chorizos de TT ya no me deja ver ni el marco de los anteojos.)

19 hs.

Comimos, bebimos, dormimos; ahora iremos al Centro. No sé si al cine. Recorreremos librerías, tal vez compremos una reproducción de Renoir para regalarle a TT. Todo normal, ¡pero quién me saca el sentimiento de catástrofe que me cueiga del cogote!

Esta sí es la última página. Un abrazo grande hermano.

E: a vos quiero escribirte tranquilo. Tus poemas me gustaron mucho. Tocás bien en todo el teclado. Tus poemas largos son de un aliento estupendo. Quiero leerlos varias veces más; me parece que tengo algo que decir pero todavía no lo tengo claro (bueno... estoy hablando de tus poemas pero a esto último podés darle un sentido más general...). Un fuerte abrazo queridísima amiga. Saludos y cariños para J, T y R.

Hasta pronto.

LL

[De Argentina a Francia]

Setiembre 5 de 1978.

Querido A:

El que un hombre, a las 12 del día, tome mate y prepare flanes, escapa a mi razón, pero nada conozco de los bretones. La semana pasada me sorprendió leer sobre una ceremonia druida celebrada a escasos 50 km. de Rennes. ¿Todavía? ¿Roma no había terminado ya con todo eso?

Llegué a casa ayer lunes 4, a las 8 de la noche (ya no estoy más a la hermosa hora de los carteros) y encontré tu carta. Veo que es el resultado de la prédica de LL, de quien también recibí instrucciones en ese sentido. Cuando le confesé que yo ya no escribía cartas, me miró severamente y me planteó las cosas, naturalmente, en términos de una cruzada. La vía epistolar, única salida.

El domingo, estando en un velorio, salgo a comprar "La Opinión", y me entero que el día anterior (sábado 2, a las 6 de la mañana), había muerto Juan L. Ortiz. Tenía 82 años, lo habían internado con un edema pulmonar, lo cual no impidió que pocas horas antes del fin se fumara un medio cigarrillo. Lo había estado acompañando XX, pero el viejo la urgió mucho para que lo dejara solo. M fue al velorio. Me dijo que no había mucha gente, nadie de Santa Fe, algunos jóvenes y señoras paquetas. Todo fue compensado por la grandiosa presencia de Sábado, nuestro segundo en Notoriedad Literaria, que fue especialmente enviado por la SADE. A Juan L. lo enterraron en Guallegruy.

En este momento escucho a NN (no, no lo recibo en mi casa, es por radio), que tiene un micro llamado "La veta



cultural" (!). Empezó diciendo: "Hoy, nuestra veleta cultural está enfurruñada, y me cuenta que su enojo se debe al uso de epítetos fuertes en el teatro... etc., etc.". Y termina: "Nuestra veleta cultural se despide hasta mañana, en esta misma rayita del dial..."

¡Qué tal!

Cambiando de tema, un resumen de mi vida laboral sería el siguiente:

En 1976 cierra el diario, me las veo negras, pero me empiezo a organizar con algunas contabilidades. El 10 de enero de 1977 abandono la contabilidad que me proporcionaba el principal ingreso. Me las veo negras.

28 de febrero de 1977. No me queda más remedio que incorporarme a una pequeña empresa de ingeniería. Hay gentes que le temen al cáncer, otras al comunismo. Particularmente, mi fantasma siempre fue el horario de comercio. Bueno, mi pesadilla al fin era realidad.

15 de setiembre de 1977. Renuncio, cansado. Intento mantenerme con algunas contabilidades, pero me las veo negras, muy negras.

20 de noviembre de 1977, hasta hoy. Entro en la empresa de un muchacho amigo. Horario 9 a 18, una delicia. El plantel contable administrativo: M y N, un equipo formidable. A veces, mientras analizamos una cuenta corriente, nos miramos el uno al otro, incrédulos, después de tantos años. Se paga más o menos bien, es una empresa un poco especial, pero se trabaja, y te juro que nunca amé el trabajo. Volvemos a poder comer normalmente y algo más (no sé si te dije que las pasamos negras). N tiene unas horas en Helvecia y otras en la Católica, que actualmente constituye uno de los pocos ambientes más o menos respirables. O estudia Letras allí, ahora convertido en un joven Tórrès. Lo veo esporádicamente, y parece sentirse bien, con su nueva vida de estudiante.

Cada tanto toco con algún grupo de música progresiva, que viene a ser algo así como instalarse a pasar una temporada entre los zulúes: es un ambiente donde no me conocen, que yo no conozco, en el que mis referencias y contraseñas carecen de sentido y sólo sirve para tocar un poco. Allí, si bien las heridas no cicatrizan, al menos dejan de sangrar por un rato. Es terapéutico, diríase.

Este verano me rebusqué unos mangos tocando con un grupo en un sofisticado local nocturno no bailable, y después fuimos descendiendo en la escala musical (no te pierdas el juego de palabras), pues continuamos en "Bambina", Unión Santo Tomás, hasta llegar a los carnavales en una pista de baile de San Javier, con gauchos auténticos.

Me parece auspiciosa tu idea de enviarme los 25 libros, pues creo poder distribuirlos entre varias buenas manos. Por ejemplo, un flamante grupo de cine donde están P y Q, así como algunos ex kinemas. En la lista hasta podría incluirlo

al propio MM, ¿por qué no? Han pasado tantas, tantas cosas, que a veces me alegro de encontrarlo. Es inevitable, para mí está asociado a las cosas buenas, aunque estuviera del lado malo. El sentimiento que te describo es auténtico, y acepto que no lo comprendas. Pero no le daría tu libro por una sola razón: creo que el cine realmente no le interesa. Me inspira cierta pena, él, que se bebía los vientos del cine, la poesía, la cultura, etc., terminó ejerciendo la abogacía. Sus sueños de figuración se acabaron, y su fracaso se fue a mezclar en la fosa común de los fracasos, y su marginación es la marginación de tantos. Pero por las cosas que me enteré hace poco, te puedo asegurar que sigue siendo la misma bosta de siempre, afortunadamente para nuestra visión maniquea del universo.

Los poemas de E aún no llegaron a mí, aunque sí los comentarios exaltados que despiertan a su paso, hasta ahora triunfal. En cuanto al libro que vos publicaste en Venezuela, no lo he visto. Veo a poca gente, ya sean nuevos o viejos amigos, y todo queda librado a la casualidad. No hago vida social, yo que brillé en los mejores salones. Aquí todo sigue siendo desagradable, sin variantes, aunque no se note. Pero no quiero traicionarlo a LL, ese tábano optimista que Dios colocó en nuestro noble lomo: no se trata de convertir la comunicación epistolar en un intercambio de lágrimas y quejidos a través del Atlántico. Un abrazo grande y voluntarista.

N

Supe que R se fue a París. Si te acordás, mandame la dirección, que soy capaz de escribirle.

[De México a Francia]

[1978]

Querido A:

Más de tres meses sin una línea. No sólo a vos sino a nadie. Una especie de clausura involuntaria. Realmente no podía escribir. Muchas cosas me pasaron. Algunas buenas, otras no tanto. Pero el saldo es asombrosamente positivo. He logrado sentirme bien en México. He dejado de extrañar lo pasado. Siento aquello que quedó allá como un pasado vivido, que permanece fulgurante, pero que no me reclama. Aquello no necesita de mí. Yo tampoco necesito de aquello. Lo mejor de allá lo llevo conmigo. Además ustedes mis viejos amigos, no están allá. Quedan algunos que quiero, pero también a ellos los sustraje del espacio y me rodean siempre. Son mi referencia, mis interlocutores permanentes. Entonces, como te dije, A, empecé a sentirme muy bien, sin que haya cambiado casi nada de lo externo. Peleo duramente para vivir;



traduzco, doy clases, en fin, vendo malamente mi mercancía. A pesar de ello llegué a sentir que estos años no son provisorios. Que se me descontarán del total asignado. ¡Y no es cuestión! Esa convicción se elaboró sola. De pronto, un día me sentí tan bien como podía sentirme en el lugar elegido. Todo empezaba a hablarme, árboles, mujeres, autos y hasta las montañas, antes tan ajenas. Me sentí otra vez vivo y cargado de energía y capacidad de goce. Pasé el límite de dolor y descubrí el placer. Ya no tengo apuro por regresar y asumo el destierro como una situación de disonancia. Disonaría allá, como disonábamos antes de salir. Mereceríamos el odio de casi todos. Nuestros pocos amigos viven allá arrinconados, no tanto por la política de turno, sino porque ellos no transan. En cualquier situación política (posible) estarían igual. Nosotros somos marginales en todas partes. Y está bien que así sea. Cuando aceptamos esa marginalidad dejamos de añorar países, lugares y sólo aspiramos a tener dos o tres amigos con quienes compartir la disidencia y a preservar la amistad de los que, próximos o lejanos, vibran con nosotros ante las mismas cosas. ¿Francia, el destierro? ¿México, el destierro? El destierro está en nuestro corazón. Seríamos, como fuimos, desterrados en Argentina (...) si estuviéramos allá. No lo somos más estando afuera.

Trabajar en lo que nos gusta es nuestra única aspiración. En paz, sin ruidos. Alimentar nuestro silencio, enriquecer nuestra experiencia. ¿Cuándo trabajaste más, A, que en Francia? Además ahora B, C, D, todos allá. ¿Se puede pedir más? Han reconstruido el circo, la carpa otra vez en alto.

Gracias, A, por todas las noticias que regularmente me mandaste. Tus cartas me sirvieron siempre, entre otras cosas, para sentirme más próximo a ustedes, más unido a los que quiero.

No te escribí sobre la posible publicación [del libro] porque el asunto fracasó. Ya había pasado todas las pruebas victoriosamente. Tenía el informe favorable para su publicación en la Secretaría de Educación Pública, una editorial estatal que iba a editar 50.000 ejemplares del libro. Vos ibas a cobrar \$ 50.000, aproximadamente 2500 dólares. Cuando sucedió lo imprevisto: un cambio de ministro de Educación y una modificación total de los planes editoriales. Mi padre diría: "Si me pongo a fabricar sombreros los chicos nacen sin cabeza".

La batalla no está totalmente perdida. Pero ahora es muy difícil.

De B no sé nada salvo por tus cartas. Decile que me escriba. Tampoco sé de E. Vamos E, dos líneas, ¡por favor! Yo pensaba que de editarse el libro ustedes podrían viajar a México. También pensé que B pasaría por aquí antes de su viaje. Puras fantasías. Entre nosotros queda sólo el afecto que no decae, escasas cartas pero pocas posibilidades de compartir sentados a una misma mesa una botella de Chateaufort du Pape.

Perdón por mi silencio A. Gracias por no tomarlo en cuenta. Un grandísimo abrazo permanente.

F

[De Argentina a Francia]

Buenos Aires, 21 de abril de 1982.

Querido A:

Aquí estamos en el medio de la ciénaga del espíritu de los pueblos (como la menta, con expresión no demasiado populista, Lucio Coletti, refiriéndose al *Volkgeist* ruso, que queda hecho un poroto frente al alma argentina). Te puedo asegurar que el sábado 10 de abril, día de la manifestación en Plaza de Mayo con Galtieri en el balcón, creí que había llegado al límite del aguante: como mi vieja me había regalado para mi cumpleaños un equipo de audio (esas son madres) agarré la novena de Beethoven y la puse con el volumen en el punto 7 de los controles (que quiere decir sonido catástrofe). La novena era la *universalitas* que nos estaba faltando. Luego me senté a un metro de los parlantes y con el espacio que la música dejaba en mi cerebro pensaba cómo mierda se habían sentido Brecht, Adorno, Benjamin y ¿por qué no? Mann, cuando vieron que la Alemania civilizada a la que creían pertenecer críticamente, se iba convirtiendo en la bestia parda.

Después pensé también lo difícil que es ser un intelectual de izquierda en este país; pensé qué me hubiera pasado en 1945 o en 1940, cuando desde Montevideo los del '37 hacían fuerza en el bloqueo. Pensé las dos preguntas que articulan a mi modo de ver el último número de [la revista]: ¿por qué la cuestión nacional aparece separada de la cuestión democrática (...)? ¿qué debe hacer y pensar la gente que todavía se piensa socialista frente a la "monarquía obrera" del socialismo real (...)? Porque yo pretendo, me resisto a ser pura negatividad y, al mismo tiempo, hay momentos, como éstos, que padezco el horror de lo real. Tenemos que poder lograr una fórmula, ya que no estoy dispuesta (no puedo, te diría temperamentalmente) retirarme. Este es el peor momento de estos últimos seis años.

A, estoy en la oficina de [la revista]. Miro por la ventana el cielo y las cúpulas franco-italianas de esta ciudad que quiero mucho, pienso en los amigos de acá y de afuera, pienso en la gente más joven que conozco, me pregunto cuándo terminará esta orgía patriótica. Todo está como empañado.

Un abrazo fuerte y por que alguna vez podamos dámoslo en este país habitable para vos y para mí.

L

SUMARIO

Una alucinación dispersa en agonía, *por Beatriz Sarlo*
 Imágenes de la izquierda, *por Carlos Altamirano*
 Orígenes del comunismo: para construir una historia
 no sacra, *por José Aricó*
 Crisis social y pacto democrático, *por Emilio de
 Ipola y Juan Carlos Portantiero*
 Michel Foucault: una genealogía de la modernidad,
por Oscar Terán
 Lingüística, enunciación, discurso. Conversación con
 Oswald Ducrot, *por Marcelo Sztrum*
 Modernidad: un proyecto incompleto, *por
 Jürgen Habermas*
 Un no de claridad, *por Laura Klein y Silvia Bonzini*
 Gelman, el sueño y la tragedia, *por Daniel
 Samoilovich*
 La novela como viaje, sobre "Fuego a discreción"
 de A. Dal Masetto, *por B. Sarlo*

1	Mínima	
5	José Carlos Chiaramonte "Formas de Sociedad y Economía en Hispanoamérica" <i>por</i>	
9	Juan Carlos Korol	42
13	Correas "Los reportajes de Félix Chaneton" <i>por Analía Roffo</i>	42
21	Jean Franco "César Vallejo, la dialéctica de la poesía y el silencio" <i>por M. T. Gramuglio</i>	43
23	Tamara Kamenszain "El texto silencioso. Tradición y vanguardia en la poesía sudamericana" <i>por M. T. Gramuglio</i>	43
32	Rodolfo Alonso y Libero Baadi "Las hojas cantan con el viento" <i>por M. T.G.</i>	43
39		
40	Cartas de exiliados	44

Todos los libros y revistas están en

Librería
PREMIER

Avenida Corrientes 1583
 Teléfono 46-6116
 Buenos Aires

revista de
**crítica
 literaria
 latinoamericana**

Dirección:
 ANTONIO CORNEJO POLAR

Avenida Benavides 3074
 Urbanización La Castellana
 Teléfono 456353
 Lima - 18
 PERU